



Alicia Ordiz

LAS MANOS

DE

VERA

RADOS

Las manos de Vera

Alicia Ordiz

Copyright © 2014 Alicia Ordiz

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Contacto: aliciaordiz@gmail.com

All rights reserved.

ISBN: 1508658455
ISBN-13: 978-1508658450

A ti, por escoger esta lectura

Agradecimientos

A mi familia, por todo.

I

Mi nombre es Vera, y nací en la granja de humanos de Silopos. Soy hija de Nala y Sater, criadores clase uno y padres de trece hijos, seis varones y siete hembras. Yo ocupo el puesto número trece y, siguiendo las normas del gobierno de Rados, comparto calificativo con mis hermanas, pero soy la última versión de las mismas. Oficialmente me llamo Vera7, y esta es mi historia.

II

Silopos es la granja de humanos más grande de Rados, dispone de los sistemas más avanzados para la cría y selección de trabajadores especializados para la organización establecida por el gobierno.

Está compuesto por cincuenta criadoras, o madres, y cinco sementales, o padres, que deben cubrir a todas las hembras de la granja destinadas a la procreación, y asegurarse de que tras el periodo de descanso tras el parto se quedan embarazadas de nuevo lo antes posible.

El edificio de los padres es azul y blanco, tiene grandes ventanales de espejo, para que desde fuera no pueda verse su interior, pero desde el interior se pueden contemplar los extensos jardines de la granja, el edificio de criadoras y el parque de juegos de los pequeños. Disfrutan de habitaciones individuales de gran tamaño decoradas todas en tonalidades claras, con una enorme cama circular suspendida en el aire, sofás de piel de Kur y alfombras de un nuevo tejido sintético que no precisa limpieza. El baño, al igual que la habitación, supera en dimensiones a cualquiera de los servicios comunes de los otros edificios. Está equipado con una cápsula desinfectante y una camilla de supervisión, donde una máquina chequea cada mañana el estado físico de los sementales, extrayéndoles distintas muestras y escaneando cada parte de su cuerpo. Todo debe estar controlado para que las uniones den como resultado los especímenes más perfectos de la especie.

Una piscina climatizada de agua salada y con chorros laterales ocupa la mayor parte de la estancia, a su lado una zona de relax que puede quedar descubierta en los días de sol, o cubierta en los de lluvia. Dispone de un sistema artificial de ambientación que permite adquirir la suficiente cantidad de vitamina D aunque el día sea completamente gris.

Ellos son los elegidos, los cinco hombres con la genética más perfecta de la zona 3, y disfrutan de esos privilegios a cambio de surtir al gobierno de miembros imprescindibles para las tareas más importantes. Todos son altos, con una estructura corporal fuerte y armónica. Cada uno, en su estilo, goza de una gran belleza y de una inteligencia muy superior a la de los sementales de otras granjas. En Silopos sólo se admite la clase uno.

Las criadoras viven en otro gran edificio, pero su vida es muy distinta. Comparten amplias habitaciones con otras madres y con los hijos más pequeños. Hasta los cinco años los niños pueden permanecer con ellas, luego pasan a la zona de observación y formación de la granja, donde cada uno será evaluado minuciosamente para ser dirigido hacia una función específica.

Las habitaciones, aunque desprovistas de tabiques de separación, son como pequeños hogares dentro de la gran sala. Cada familia tiene sus camas agrupadas, una zona de juego y reunión, donde los niños pueden divertirse con sus hermanos, o con los niños de otras familias, y una cápsula desinfectante, por la que hay que pasar cada mañana al despertar y cada noche antes de acostarse.

Los comedores se encuentran en otro edificio, y son utilizados por todos los habitantes de la

granja según el turno que corresponda a cada uno. Es el único momento del día en que puedes encontrarte a especímenes de todas las edades y sexos juntos.

La comida es preparada mecánicamente por el sistema de alimentación. Todo está medido y estudiado para que cada miembro reciba la cantidad y variedad apropiada para su edad, peso y funciones. El gran salón gris está provisto de mesas de colores, para facilitar la asignación de sitios. Cada jornada uno diferente, con unos acompañantes distintos, para que no se formen los grupos que tan poco gustan a los vigilantes.

Los vigilantes no son del todo humanos, nacieron como tales, pero al infringir las normas, sus órganos fueron sustituyéndose por piezas robotizadas y programadas según las exigencias del gobierno. Ellos obedecen al programa, y no permiten que nadie se salte las normas ni el esquema establecido. A la primera falta, y sin un juicio previo, cualquiera de los habitantes de Silopos puede ser condenado a convertirse en un nonen: un humano con maquinaria robótica.

La ley de Rados establece que al ladrón le sustituirán las manos por otras mecanizadas, al curioso serán los ojos, el que difiera con el gobierno verá su cerebro reprogramado con múltiples chips, y así con todas las partes del cuerpo imaginables.

Los vigilantes son nonen con más de un 75% de su cuerpo robotizado, sólo les queda de humano su aspecto exterior, por dentro son máquinas de precisión preparadas para obedecer.

Las granjas de humanos son el único sitio donde está permitida la procreación. Fuera de ellas, sólo los miembros del gobierno y la familia real pueden permitirse tener hijos. Para el resto resulta imposible, las mujeres son esterilizadas al llegar su tercera menstruación, exceptuando a las elegidas para criadoras.

III

Mi madre fue seleccionada para criadora cuando sólo era una niña. Su gran belleza, sus medidas proporcionadas, su piel perfecta, y sus grandes ojos azules llamaron rápidamente la atención de los selectores. Nala era la versión tres de las hembras engendradas por Kira y Aarón, y la única que pudo permanecer en la granja para cumplir el objetivo que le habían asignado. En los test de inteligencia había sido superada por una de sus hermanas, pero en capacidades manuales, artísticas y creativas había obtenido las mayores puntuaciones de toda la granja, lo que le sirvió para posicionarse en el número uno para el equipo de selectores y librarse de los temidos centros de reciclaje a los que fueron enviadas todas sus hermanas. De sus hermanos, sólo la versión dos logró alcanzar el nivel en todas las pruebas y salir de la granja para trabajar como arquitecto al servicio del gobierno, el resto también fueron derivados a reciclaje.

Nadie sabía muy bien qué pasaba en esos centros. Según nos informaban los boletines, allí se formaba a los especímenes para desarrollar otras funciones en puestos de menor categoría. Pero lo cierto es que una vez que las balas de transporte se los llevaban, nunca se volvía a saber nada de ellos.

Nala comenzó a ejercer como criadora a los dieciocho años, sustituyendo a Kira en su labor. Los sementales y las madres, cuando terminaban sus años de servicio eran premiados con una vida tranquila y sin preocupaciones en los centros de descanso. Grandes complejos al lado del mar con todo tipo de comodidades, en los que no tenían que preocuparse más que por disfrutar de largos paseos por la playa y de asistir, si lo deseaban, a las actividades de entretenimiento programadas para sus habitantes.

Cuando llegó el momento de la despedida tuvo que hacer enormes esfuerzos por no llorar, las demostraciones de afecto no estaban bien vistas por el régimen, suponían una señal de debilidad que no estaban dispuestos a consentir. Así que se limitó a decir adiós con la mano viendo a aquella mujer que la había parido y cuidado de ella, y de sus hermanos, durante todos aquellos años.

Pronto tuvo que ponerse a trabajar. Los padres podían elegir a su compañera cada noche, las elegidas pasaban al edificio azul y blanco donde permanecían hasta la mañana siguiente. Las mujeres embarazadas o en cuarentena quedaban fuera de la elección posible, así que el resto esperaban en la sala verde que se encontraba en el centro de las grandes habitaciones comunitarias y si su nombre salía en la pantalla ponían rumbo a la planta indicada.

La primera vez esperó nerviosa sentada en aquellos sillones junto al resto de las mujeres. Su nombre fue el primero en aparecer. Estrenar a una criadora era un motivo de euforia para aquellos hombres que noche tras noche veían pasar por sus camas a las mismas hembras, aquellas que no habían sido elegidas por ellos, sino que eran las más compatibles genéticamente.

De allí pasó a una sala donde un nonen la mandó cambiarse de ropa, facilitándole unas

prendas íntimas de colores chillones, seguramente elegidas por el ocupante de la habitación a la que sería destinada. La perfumaron, arreglaron su cabello y la acompañaron al gran edificio azul y blanco.

Allí un ascensor la llevó a una de las plantas superiores, lo que indicaba que pasaría la noche con uno de los sementales de mayor edad. Cuando se abrió la puerta la recibió un hombre moreno, aunque algunas canas ya se dejaban ver por sus sienes, vestido únicamente por un pañuelo atado a su cintura y con el torso completamente descubierto. Su cuerpo era atlético, y al igual que el resto de los habitantes de la granja, no tenía ni un gramo de grasa sobrante.

Al verla asustada la cogió en brazos y la tumbó en la cama. Al rato comenzó a hacer su trabajo, ella apenas pudo moverse, aquello no le gustaba, pero sabía que si se negaba la castigarían.

Los análisis a los que fue sometida durante los días siguientes arrojaron resultados negativos. No estaba embarazada, y casi prefería no estarlo, aún no se sentía preparada para ello. Por otra parte, sabía que si tardaba más de seis meses en conseguir el embarazo sería sustituida. La reproducción era una de las pocas cosas que los avances tecnológicos no habían conseguido imitar, y la única manera de llenar el país de trabajadores era aquel sistema creado, en el que todo estaba estudiado. Cada individuo tenía asignada una labor, y así se verían cubiertas las necesidades de Ígrada, la capital, donde vivía la familia real y los miembros del gobierno con sus familias, además de los trabajadores de clase uno altamente cualificados para que la maquinaria del sistema no parase nunca.

Al segundo mes y tras varios intentos, los test seguían siendo negativos. El nerviosismo de Nala empezó a hacerse presente. Las otras criadoras la miraban apenadas, sabían que el destino de la muchacha no resultaría muy prometedor si no conseguía poblar su vientre cuanto antes. Debía relajarse y dejarse llevar, la cabeza era la peor consejera en estos casos, porque estéril no era, de eso se habían asegurado los selectores con numerosos estudios antes de darle el puesto.

IV

Sater llegó a Silopos desde la granja de Zen, en el área 5. Era habitual que los especímenes superiores conseguidos en otras granjas fueran destinados a la principal, con ello también se evitaban problemas de consanguinidad.

Observó el entorno a su llegada, realmente aquello parecía mucho mejor que el sitio del que venía, donde la mayor parte de los individuos eran destinados a tareas de limpieza, construcción y recogida de fruta en las plantaciones. Sus 1,90 metros de estatura y sus profundos ojos verdes enseguida llamaron la atención de los vigilantes, que enviaron los informes correspondientes a los selectores, y éstos no tardaron en hacerle los test pertinentes cuyos resultados le habían llevado hasta allí.

Le mostraron su habitación, en una de las plantas más bajas, pero aquello, comparado con la destartada sala comunitaria de la que venía le pareció una maravilla.

Estudió con detenimiento la cápsula de desinfección, en Zen aún les desinfectaban con aquel vapor con productos químicos por el que tenían que ponerse una mascarilla y cubrirse los ojos. Aquello sí que era moderno, unas ondas imperceptibles a los sentidos hacían todo el trabajo en cuestión de segundos.

Se le antojó probar la piscina, pero el sistema de megafonía le hizo desistir de ello cuando anunció que se acercaba el momento de elegir compañera.

Se aproximó a la gran pantalla que había en una de las paredes de la habitación y que ahora se encontraba encendida. Y en ella vio la imagen de una sala verde con varios sillones en los que se encontraban sentadas más de veinte mujeres. La cámara iba pasando de una a otra, a la vez que se superponían los datos con el nombre, edad, y número de hijos de la hembra correspondiente.

Aquello le recordaba a su granja, cuando le había tocado ayudar a los cuidadores de cerdos, llevaban al macho a cruzarse con la cerda según su antojo, dejando que él se guiara por sus instintos.

Las miró a todas, y ninguna despertó en él aquellos instintos, todas le daban pena, le recordaban a su madre, continuamente embarazada, pariendo y criando hijos. Hijos que luego le serían arrebatados poco a poco para satisfacer las necesidades de un país sin escrúpulos.

De pronto la cámara pasó por delante de una joven de largos cabellos dorados. Su mirada azul era triste, y apenas miraba a la cámara. Se fijó en ella, y en sus datos: Nala, 18 años, sin hijos.

Parecía que aquella jovencita aún no había conseguido engendrar, y sabía lo que aquello suponía. Él tampoco se había estrenado aún, así que ¿Por qué no elegirla a ella y tratar de superar así el problema que tenían los dos?

Esperó a que llegara su turno, al ser el más joven sería el último en elegir. Ya eran tres mujeres las que se habían levantado en dirección a la habitación correspondiente, el número cuatro debía estar eligiendo. Entonces vio levantarse a Nala y salir de la habitación. Se le habían

adelantado.

Dudó un momento antes de decidirse por otra, realmente no quería estar con ninguna, sólo con la chica de los ojos tristes.

Finalmente y apremiado por los nonen se decidió por una mujer morena de grandes pechos, se llamaba Lua, y ya era madre de cuatro criaturas.

Lua se mostró paciente y complaciente, agradeció que fuera todo rápido y le pidió al terminar si podía volver a su habitación, uno de sus hijos estaba un poco enfermo. Sater asintió, y ella se marchó dejándole solo en aquella inmensa cama en la que consiguió dormir a ratos esa primera noche en Silopos.

Al día siguiente se levantó en cuanto empezó a sonar la alarma musical que indicaba el comienzo de la jornada para todos los habitantes. Pasó por la cápsula de desinfección tal y como exigía la normativa, y después se dirigió al comedor. Le tocó sentarse en una mesa con dos niños y una niña que debían tener entre los cinco y los siete años. Comían callados, sus caras aún denotaban que necesitaban unas horas más de sueño.

Luego llegó una adolescente de pelo rojizo que se presentó como Clara, aquella muchacha era muy habladora, enseguida le informó de que estaba formándose en sistemas, si todo salía bien, en unos años estaría viviendo en Ígrada trabajando para la cúpula. Estaba absorto escuchándola, hablaba de sus anhelos con tanta intensidad que parecía que iba a comerse el mundo, así que no se dio cuenta de que en la mesa de al lado se había sentado Nala, que callada comía de su bandeja. La vio cuando se levantó para marcharse y la siguió con la mirada, pero ella ni se dio cuenta.

El resto de la mañana lo pasó entre el gimnasio y la piscina, moldeando su cuerpo, tal como le exigía la normativa. Por la tarde uno de los nonen le acompañó para mostrarle las instalaciones de la granja, las zonas permitidas claro está. Pudo conocer las aulas, las zonas de juego, los paritorios, y le mostraron el gran auditorio, donde todos debían reunirse si había un mensaje del gobernador o si algún miembro de la familia real tenía algo que anunciar. Le mostraron la zona deportiva, las aulas de test, los laboratorios, y la sala Delta, donde un gran panel mostraba las puntuaciones conseguidas por cada niño o adolescente en cada una de sus pruebas. Esa tabla era la que finalmente decidía el rumbo que tomaba la vida de cada uno.

Tras la cena, al llegar la noche se preparó delante de la pantalla de su habitación para elegir acompañante de nuevo. Esta vez sí tuvo suerte, y fue a Nala a quien llamó a su habitación.

Cuando se abrió la puerta allí estaba, hermosa, radiante, con un corto vestido blanco casi transparente. Se acercó a buscarla.

—Hola, me llamo Sater.

Ella levantó la mirada y vio aquellos penetrantes ojos verdes que acompañaban a su expresión sincera.

—Yo soy Nala.

—Lo sé, pasa y charlemos un rato.

Ella miró a ambos lados de la puerta antes de pasar, luego se dirigió con él hasta la terraza, donde se acomodaron en las tumbonas.

—Bonita noche ¿verdad? El cielo está despejado y desde aquí pueden verse perfectamente las estrellas.

Ella le miraba expectante. ¿Cuánto iba a tardar en ponerse sobre ella para tratar de preñarla? Pero él siguió hablando.

—Llegué ayer, vengo de la granja de Zen, en el área 5.

—¿Qué especímenes crean allí?

—Normalmente para los peores trabajos, aunque a veces alguien destaca y consigue una buena formación y un trabajo en jerarquías superiores.

—Como en tu caso ¿no? —le miró culpándole por la tarea que le tocaba hacer.

—Ellos me eligieron y por eso estoy aquí, pero sería igual de feliz en una cantera que en este lugar teniendo que acostarme con quien no me apetece.

—¿Eso lo dices por mí? Sabes que no estás obligado.

—No, no va por ti —dándose cuenta del mensaje equivocado que había hecho llegar a Nala trató de arreglarlo cuanto antes—. Si te elegí es porque me pareciste bonita.

—Aquí todas somos bonitas, es una de las cosas que más puntúan.

—Sí, pero tu belleza es especial, sólo hay que mirar tus ojos para saber que tienen alma —cogió suavemente su barbilla para levantarle la cara hacia él.

—No hace falta que me cortejes, estoy preparada, cuanto antes acabemos mejor para los dos. Sater se sintió dolido.

—No voy a hacer contigo nada que no quieras. Es un trabajo, y es igual de importante para ti que para mí, pero no me sentiría bien si tú no te sintieses bien.

—¿En Zen qué es lo que os enseñan? ¿A qué vienen esos sentimentalismos?

—No son sentimentalismos pero, como comprenderás, no me apetece meterme en la cama con una mujer que lo vive como un mal momento —se levantó de allí contrariado.

Nala tardó un rato, pero luego le siguió hasta la habitación.

—Lo siento, no quería decir eso, llevo poco tiempo como criadora, y aún no he conseguido quedarme embarazada, y eso me está poniendo un poco nerviosa. Me da pánico que me sustituyan y que me manden a un centro de reciclaje o, lo que es peor, que me castiguen y me conviertan en nonen —le miró con sus ojos tristes.

—Ven aquí —ella se acercó y la abrazó con fuerza—. Ese miedo lo tenemos todos, pero no permitiré que te pase nada.

Se despertaron pasadas unas horas, abrazados aún, sólo necesitaron mirarse a los ojos para saber que ya estaban preparados para hacer su trabajo.

A los pocos días los análisis de Nala daban un resultado positivo.

V

El embarazo no fue agradable, los vómitos matinales y los mareos hacían que la muchacha tuviera un aspecto enfermizo. Al menos, durante la gestación no estaría obligada a visitar la habitación de ninguno de los sementales, es más, no se les permitía hacerlo.

Sater la veía en los ratos de comedor, y algunas veces conseguía acompañarla a pasear por los jardines.

—Ya se te nota —le decía sonriente a la mujer que llevaba a su hijo en su seno.

—Ahora lo notáis el resto, yo llevo notándolo meses.

—Siento no poder ayudarte en eso.

—Aunque pudieras no lo harías, no es agradable.

—Es hijo de los dos, no deberías pasarlo tú sola.

Ella se paró y le miró con dureza.

—No es hijo nuestro, es hijo de Rados y al país pertenece.

—Vaya, parece que por aquí os tienen bien adoctrinados.

—No quiero problemas.

—No tienes por qué tener problemas, nadie te pide que no sigas el sistema, pero otra cosa muy distinta es lo que puedes pensar.

—¿Y en qué piensas tú?

—Pienso en que me gustaría tener mi propia casa, como los del gobierno, en ella viviría contigo y con nuestros hijos, y no tendría que pasar cada noche con una mujer distinta, sólo tendría que hacerlo con la que quiero. Me gustaría que mis hijos pudieran elegir su futuro, no que lo elijan por ellos, hay tantas cosas que me gustarían... —dijo con rabia.

—Sabes que nada de eso puede ser. Ahora trabajaremos para el sistema, y después ellos nos compensarán, en unos años estaremos en un centro de reposo donde no será necesario que trabajes más.

Sater la miró apenado.

—¿También te has tragado eso? —y negando con la cabeza se marchó camino de su habitación, no quería hablar más de la cuenta.

Tras nadar un rato se tumbó en una de las hamacas de la terraza, necesitaba relajarse un poco, relajarse le ayudaba a olvidar, y olvidar era lo que necesitaba. Cualquier conversación sobre el sistema le hacía acordarse de ella, de Jordana, su hermana mayor, la que se había ocupado de él cuando a su madre tras un parto complicado le informaron de que no podía tener más hijos. La enviaron a un centro de reposo y todos la despidieron apenados, aunque sabiendo que se iba a un sitio donde viviría mejor. Esperaron durante meses para tener noticias suyas, pero nunca llegaron, y aquellos niños, todos de distinto padre, ansiaban el vínculo de unión que la madre creaba entre ellos. La muchacha era quien peor lo llevaba, no entendía como una mujer podía olvidarse de sus

hijos tan pronto, algunos eran muy pequeños y la necesitaban, habrían bastado unas palabras en algún mensaje de vez en cuando, que les dijera que estaba bien, que hiciera una videoconferencia desde aquel lugar paradisíaco al que la habían mandado, mientras ellos vivían en aquella fortaleza de cemento y hierros.

Un día habló con uno de los vigilantes, le pidió que por favor informase a su madre de que los pequeños la echaban de menos y necesitaban tener noticias suyas.

Al día siguiente llegaron las noticias en forma de texto en la pantalla de la habitación comunitaria.

“Queridos hijos,

Perdonad que no os escribiera antes, pero aquí hay tanto que hacer que el tiempo se pasa volando. La playa es maravillosa, y las instalaciones de ensueño. Soy muy feliz, os escribiré pronto, hoy no tengo mucho tiempo, va a comenzar la clase de baile y no quiero perdérme la. Vuestra madre que os recuerda a cada momento.”

Los niños se quedaron encantados con las noticias, se imaginaban a su madre bronceada, radiante y descansada en aquel paraíso, pero Jordana puso una mueca de dolor en cuanto leyó el mensaje. Sabía que era imposible que fuera de su madre. El último parto le había dejado un dolor en la pelvis insoportable, que no había comentado a los nonen por miedo, y que si andar ya se le hacía difícil como para hablar de bailar. Algo no cuadraba en todo aquello y ella iba a descubrirlo.

Tuvo que esperar unas semanas hasta que la bala de transporte de Zen estuviera preparada para llevar a uno de los padres al centro de reposo. Las balas eran grandes cabinas que tenían unos asientos para pasajeros y una parte trasera también cubierta en la que se transportaban mercancías y alimentos de unos sitios a otros. Sabía que harían el viaje de ida y vuelta en pocas horas, los combustibles utilizados conseguían que aquellos aparatos alcanzaran una velocidad en el aire que permitía recorrer grandes distancias en un breve espacio de tiempo. Ella se estaba formando para construir aquellos aparatos, los conocía de sobra.

Consiguió escaparse de los vigilantes tras salir de la piscina, nadó durante mucho rato y luego comentó en alto que iba a correr para terminar de hacer el ejercicio que le correspondía ese día. Con la ropa de deporte puesta y el pelo aún mojado salió hacia las pistas, y en cuanto notó que el nonen más cercano dirigía su objetivo hacia otro individuo salió disparada hacia la bala de transporte. Aún no había nadie, pudo ocultarse entre la mercancía. Cuando la bala despegó se acercó todo lo posible al habitáculo delantero, desde allí atrás no podía ver qué pasaba fuera, no había ventanas. No escuchó nada, sólo había silencio, pero se quedó a la espera de algún sonido.

Al cabo de un rato notó que la bala descendía a toda velocidad. Todavía habían llegado más rápido de lo que se había imaginado. Cuando ya estaban en el suelo las compuertas se abrieron, la trasera también, por lo que tuvo que volver a ocultarse para no ser vista.

Pudo ver un edificio gris custodiado por un gran número de vigilantes. Sintió miedo. Si la pillaban allí no podría dar una explicación lógica, sería castigada.

Dos nonen armados se acercaron a buscar al pasajero, que extrañado preguntó dónde estaban y por qué aún no habían llegado al centro de reposo.

Nadie contestó. El hombre se puso a gritar cuando miró hacia arriba y vio la gran chimenea humeante que coronaba el edificio. Ese era el centro de reposo, cuando un humano ya no servía

para producir le llevaban a aquel sitio gris, donde tras darle muerte quemaban su cuerpo para deshacerse de él.

Jordana sintió ganas de gritar tan alto como aquel humano, quiso salir de su escondite y enfrentarse a todos, pero sabía que eso sería firmar su sentencia de muerte. Siguió escondida, y llorando volvió a Zen.

Su comportamiento cambió en los siguientes días, Sater la notó triste y alicaída. Primero pensó en que no había conseguido buena puntuación en alguno de los test, pero tras comprobar la tabla y ver que seguía de las primeras se atrevió a preguntarle.

—¿Qué ocurre? Estás como ausente ¿algo va mal?

—Todo va mal —contestó ella mirándole con tristeza.

—Las cosas siempre se arreglan, al menos eso decía mamá.

A escuchar aquello la muchacha no pudo evitar ponerse a llorar.

—Todo es mentira hermano ¡Todo! No trabajamos para asegurarnos una vida placentera en un centro de reposo. ¿Sabes que hacen cuando ya no les servimos? —Sater la miraba extrañado— ¡Nos matan, y luego nos queman como rastros, para que no dejemos huella!

—¿Qué estás diciendo?

—Lo he visto.

—¿Dónde?

Le contó su escapada en la bala y lo que había podido comprobar. Él no daba crédito a sus palabras ¿Acaso habían acabado así con su madre después de haberles dado tantos trabajadores? ¿Eso es lo que debían esperar todos ellos del sistema?

—No cuentes esto a nadie más ¿Me oyes? Te pondrías en peligro.

—Lo sé, aunque me gustaría que se supiera la verdad.

—No digas nada, será lo mejor para todos.

Y los dos guardaron ese secreto, que muy pronto les separaría.

Pasaron varios días, y la tristeza de ella se volvió enfermedad. Los médicos de la granja enseguida se ocuparon de cuidarla, era una de sus alumnas más brillantes, y seguramente conseguiría un trabajo en Ígrada, lo que daría puntos suficientes para que la granja subiese de categoría.

Permaneció ingresada, tumbada en una cama sin hablar con nadie. Permitieron a sus hermanos ir a verla una sola vez, no querían que el estado de ella influyera en la formación de los demás.

Jordana empezó a tener fiebre, primero unas décimas, después los suficientes grados para que empezaran a temer por su vida. Y con la fiebre llegaron las pesadillas, y con las pesadillas las alucinaciones, y con las alucinaciones los gritos pidiendo que la sacaran de aquel crematorio, pidiendo que le devolviesen a su madre.

Cuando Sater volvió a ver a su hermana fue subiendo a una bala, se acercó para decirle adiós, y cuando miró a sus ojos se dio cuenta de que no le reconocía, aquellos ojos no eran los suyos, la habían convertido en un nonen.

VI

Nala dio a luz a Tano el día exacto en que se cumplían las cuarenta semanas de gestación. Al padre no le permitieron estar allí, no querían que los sementales estrecharan sus vínculos demasiado con alguna de las criadoras, ellos estaban para cubrir a varias mujeres. El parto no fue doloroso, las anestésicas que utilizaban eran del todo eficaces y ellas no sufrían nada. Simplemente se colocaban en el paritorio y esperaban a recibir las indicaciones de los médicos.

El niño nació sano, con el peso y la medida adecuados. Nala no podía ser más feliz cuando se lo pusieron en brazos.

Pudo dedicarse a cuidarlo durante las siguientes semanas, sin tener que preocuparse de nada más. Las instrucciones para el cuidado de los bebés estaban claramente establecidas, y ninguna de las madres podía salirse del protocolo, hacerlo conllevaba una sanción importante, que podía consistir desde darle el bebé a otra criadora para que lo cuidara y lo criara como suyo, hasta la expulsión de la granja.

Ella siguió todas las normas, no quería que nada la separase de su hijo.

Sater tardó unos días en ver al bebé, tuvo que esperar a que ella saliese a pasearlo por los jardines. Se hizo el encontradizo y se paró delante de ella, que llevaba al niño pegado a su cuerpo sujeto con una tela.

—¿Puedo verle? —le pidió.

—Por supuesto —y apartando un poco la tela dejó al descubierto la cara del bebé que dormía plácidamente sintiendo los latidos del corazón de su madre.

—Es hermoso —sonrió, y notó como se le humedecían los ojos.

—Lo es —le devolvió la sonrisa y por primera vez pensó en lo que tendría que estar pasando él viviendo alejado del niño.

A partir de ese día ambos hicieron por que los encuentros fueran más habituales. Ella le contaba los progresos del niño, si había dormido muchas horas seguidas o si había llorado durante la noche. Aquello era lo más cercano a una familia que podían conseguir tener.

Y mientras, cada noche, él tenía que seguir haciendo su trabajo, y para conseguirlo tenía que cerrar los ojos y pensar que estaba con Nala.

En cuanto terminó la cuarentena tuvo que ponerse a trabajar de nuevo, separarse de su bebé para ir a cumplir con su cometido le resultaba tremendamente doloroso. Tuvo suerte y los primeros días se libró de ser elegida, después le bajó el periodo por lo que pudo descansar un poco más, y al final fue a la habitación de Sater a la que tuvo que acudir, él no la tocaba, se limitaba a abrazarla y dejarla dormir.

El tiempo fue pasando y se esperaba un nuevo embarazo de ella. La historia se repitió, no consiguió engendrar con ninguno de los padres, tan sólo con el que lo era del primero de sus hijos.

Los médicos volvieron a estudiar compatibilidades, pero no encontraron nada anómalo que

impidiese su fecundación por parte de los otros varones. No obstante eran tantas las destrezas que el primer bebé tenía con tan sólo unos meses que dejaron que la pareja pudiese yacer junta siempre que quisiera.

Tano empezó a balbucear sus primeras palabras a los cinco meses, con siete ya andaba, y antes de cumplir el año era capaz de leer frases cortas. Los vigilantes estaban entusiasmados con aquel cruce que habían conseguido, aquel niño estaba llamado a ser uno de los grandes.

El segundo hijo de Nala y Sater fue otro varón, que repitió los mismos avances que su hermano, con aquello quedaba claro que habían conseguido una unión que les dotaría de humanos extraordinarios que lograrían grandes cosas.

La tercera fue una niña, la llamaron Vera, su belleza quedó patente en el mismo momento en que las enfermeras la bañaron y la pusieron en una cuna, aquella niña atraía todas las miradas. Tras ella nació Vera², también hermosa, pero sin las cualidades de sus hermanos en cuanto a inteligencia. El quinto hijo fue otro varón, pero a aquel no le vieron crecer.

Un transporte bala con un secretario del gobierno llegó una mañana a Silopos, tras reunirse con los vigilantes se acercó a la cama donde Nala amamantaba al recién nacido. Observó al niño, a la madre, y también hizo llamar al padre y a los otros hermanos. Extrañados por la situación todos acudieron, y callaron mientras eran estudiados minuciosamente por aquel hombre.

Antes de acabar el día, se llevaba al pequeño Tano³, su vida desde aquel momento cambiaría. Sería adoptado por una familia pudiente de Ígrada, que le daría un nuevo nombre y la libertad y calidad de vida que todos en la granja desconocían.

La madre lloró durante días, no le habían permitido ni destetarle. Sater la consoló, le hizo ver que al menos aquel hijo no tendría que competir con sus hermanos por asegurarse un futuro. Al menos él no terminaría en un centro de reciclaje.

Tras aquellos tormentosos días siguió la rutina, y el tiempo fue pasando. El acuerdo al que habían llegado con los vigilantes les permitía pasar la noche juntos siempre que quisieran. Nala no tenía que mantener relaciones con ninguno de los otros padres, pero él si estaba obligado a cubrir a otras mujeres, por lo que tuvo otros hijos, hasta un total de treinta niños en la granja llevarían sus genes.

Con ella había tenido doce, seis varones y seis hembras, y ahora estaba en su último embarazo, que al contrario de los otros no le produjo ninguna molestia y que vivió con normalidad. Tenía treinta y dos años cuando vino al mundo Vera⁷, la que sería la última versión de todas sus hijas.

VII

Me contaron que nació un día de tormenta. Los rayos y los truenos de aquella tarde consiguieron tirar abajo todo el sistema eléctrico de la granja, por lo que los generadores tuvieron que hacer su trabajo. El parto se presentó sin complicaciones, pero los nonen notaban sus circuitos alterados y daban instrucciones extrañas que hicieron que todo se demorase mucho más de lo previsto.

A mi padre le dejaron asistir al parto, aquello fue toda una excepción a las normas, pero sirvió como gratificación a todos los años al servicio de Silopos y del gobierno de Rados, por una descendencia que sobresalía en inteligencia y belleza del resto de los habitantes.

Mis hermanos ya destacaban por entonces por su capacidad matemática, su dominio de la ingeniería de sistemas y por su conocimiento de la maquinaria básica que regía la vida de los habitantes de nuestra nación. Ninguno superaba los trece años, por lo que eran estudiados continuamente como un ejemplo de superación de la raza.

Sus calificaciones siempre eran las primeras en la tabla, y mis padres no podían sentirse más orgullosos y tranquilos por aquello.

No recuerdo mis primeros meses de vida, quizá algunos flashes de otras criadoras haciéndome carantoñas y de las niñas de la granja pidiendo a mi madre que las dejara sacarme a pasear al parque con ellas, decían que era como una muñeca, y les encantaba peinarme y presumir de mí delante del resto.

Era una niña rubia, como mi madre, pero había heredado los grandes ojos verdes de mi padre, era lo único que me diferenciaba de las otras Veras, y lo que me hacía especial de cara al resto.

Mis avances no fueron al ritmo que los de mis hermanos. Mis primeros pasos y mis primeras palabras fueron después de cumplir el año, lo que me alejaba bastante de ser considerada una niña precoz, y desconcertaba a los que nos rodeaban, que esperaban de mí la misma genialidad que demostraban los que me precedían.

Tras mi nacimiento mi madre no logró volver a quedarse embarazada, aunque el número máximo de hijos por criadora estaba fijado en quince no pudo concebir más, quizá su cuerpo ya estaba cansado de tanto albergar a pequeñas criaturas y, después, cuidarlas cada noche, dándoles de comer cada pocas horas y manteniendo un sueño intermitente.

Aunque en un principio pensó que iba a ser expulsada de la granja, le permitieron seguir allí, su presencia era necesaria para la estabilidad emocional de aquellos pequeños genios a los que había parido. Mi padre siguió haciendo su trabajo habitual, a él no le dejaron descansar.

Recuerdo cuando empecé a recibir la formación. Lloré durante días, aquellas aulas monocromáticas no eran un lugar adecuado para los juegos a los que estaba acostumbrada, allí no tenía a adolescentes y adultos que me contemplaran constantemente, y no conseguía adaptarme a las rígidas normas y a la rutina establecida por el sistema.

Mi padre consiguió sacarme del aula en alguna ocasión, y me llevaba a pasear por los

jardines, donde me enseñaba las nubes y me hacía descubrir nuevas formas en ellas. Aquello sí me gustaba, dejar volar la imaginación y aparecer en un mundo de enormes animales esponjosos que flotaban en el aire. En aquellos paseos me explicaba lo importante que era mi formación, de lo que hiciera allí dependería el resto de mi vida. Si lo hacía bien podría vivir en un palacio, y si lo hacía mal me dedicaría a realizar las labores que nadie quería hacer. Creo que en aquel momento él no era consciente de toda la razón que tenía.

Mis inicios en la lectura y en la escritura fueron nefastos, no era capaz de mantener la atención más de dos minutos seguidos, en mi cabeza aquellas letras adquirían volúmenes y formas, al igual que las nubes, y los números se armaban con ojos, brazos y boca, y comenzaban batallas entre ellos que acababan con la derrota de los más débiles. Aquella ensoñación sólo me sirvió para tener que pasar más horas en las aulas recuperando las materias que no aprendía a la vez que el resto.

Lo único que me gustaba de aquellas clases era cuando nos daban una masa moldeable, que manejaba hábilmente entre mis dedos, y de la que salían Kurs, aves y otros animales que tan solo conocía por fotografías. Las reproducciones eran tan exactas que la formadora se las llevaba a los vigilantes para que hicieran un informe sobre ellas. Por fin habían descubierto cual era mi habilidad, las manos.

Las actividades deportivas tampoco se me daban mal, los aparatos de gimnasia no me motivaban mucho, pero a la hora de correr o de nadar disfrutaba de la libertad que me faltaba allí dentro. En mi imaginación cuando corría lo hacía por verdes montañas pobladas de árboles, y cuando nadaba soñaba que lo hacía en el mar, rodeada de peces que hasta el momento sólo conocía fileteados en mi plato.

Mi madre nunca me reprochaba mi falta de atención durante la formación, ella creía que yo sola encontraría mi camino y, si no lo hacía, mi belleza me daría bastantes puntos para sustituirla cuando ella se fuese al centro de reposo. Cuando decía esto delante de mi padre a él se le ponía una expresión gris y angustiada, como si temiese el momento de aquella separación.

La relación con mis hermanos era buena, en mí no veían a una competidora, como podían verse entre ellos. Por todos era sabido que de cada uno de nosotros sólo uno de cada sexo llegaría a trabajar en Ígrada, o se quedaría en la granja, solamente una versión de cada uno estaba permitida. El resto, acabarían en el centro de reciclaje, donde tras una formación distinta adquirirían una nueva identidad que les serviría para continuar su vida. Una vida no tan prometedora como la de Ígrada o Silopos, pero al menos una vida.

Recuerdo una tarde en la que había llovido, apenas había niños en el parque, pero a mí el olor a tierra mojada me gustaba y por eso salí a jugar. Me encontré sola, entre un montón de columpios vacíos, pisando los charcos que se habían formado. Me agaché junto a uno de ellos y con las manos empecé a reunir el barro suficiente para poder moldear alguna figura. Ayudada por unos palos y unas piedras, conseguí crear una pequeña maqueta de la granja. Con sus edificios, sus jardines, los pequeños árboles, incluso pude reproducir una de las balas de transporte con una piedra ovalada a la que añadí los detalles con un palito mojado en barro. No sé el tiempo que pasé allí, pero cuando levanté la mirada uno de los vigilantes estaba registrando todo mi trabajo. Aquel día no le di importancia, sabía que controlaban mis movimientos, pero en aquel momento empezó a escribirse mi futuro.

Pasado un tiempo me llamaron a una de las aulas de formación, en una de las mesas había una caja, que abrí según las instrucciones que me habían dado. Dentro encontré un pequeño punzón, y cuchillas de diferentes tamaños. Metida en un cofre perfectamente protegida había una piedra

transparente de color rojo. Parecía cristal, pero tras cogerla pude comprobar que aquel material era blando, sólo necesitaría una pequeña presión para convertirse en polvo. Cogí la piedra y empecé a tallarla con la ayuda de las herramientas que me habían facilitado. Cuando terminé un prisma perfecto reflejaba la luz que le llegaba desde todos los ángulos. Quería quedarme con mi pequeña obra, pero no tardaron en llamarme para que abandonara la sala, dejando en su sitio todo con lo que había trabajado.

Cuando tenía cinco años llegó la evaluación final de mi hermano mayor. Sus puntuaciones no podían ser más altas, pero aún así los seleccionadores pensaron en apostar por versiones posteriores y le mandaron a un centro de reciclaje. Aquella noticia hizo que mi padre enloqueciera, gritó a los vigilantes, les dijo que ningún hijo suyo se iría de allí, que antes se lo llevarían a él. Y eso hicieron, se lo llevaron aquel mismo día, y nunca más volvimos a saber de él. A los dos días le sustituyeron.

Las preguntas que hice por entonces a mi madre no obtuvieron respuesta alguna, ella me dijo que tenía que aprender a callar, que quien no seguía el sistema acababa teniendo problemas.

Lloró durante largas noches la marcha de mi padre, podía oírlo silenciar sus sollozos contra los almohadones de la cama, pero durante el día bajaba la cabeza para tratar de ocultar el hinchazón de sus ojos y no trataba el tema de su desgracia con nadie, en el fondo sabía que si demostraba su pena terminaría corriendo la misma suerte. Así vivíamos en Silopos, con tanto miedo a ser castigados por mostrar sentimientos que muchos, como yo, ni tan siquiera sabíamos sentir.

El resto de mis hermanos varones no corrieron mejor suerte, a pesar de destacar sobre los demás fueron llevados al centro de reciclaje, más tarde entendería que no querían que ninguno de ellos llegara a la capital y allí encontrarse con una versión de ellos mismos, con el bebé que se habían llevado para dar en adopción. En cuanto a las hembras, no tuvieron oportunidad ninguna, los resultados de los test fueron trucados para que ninguna tuviese la mínima posibilidad. Ellos ya tenían sus planes hechos, me querían a mí.

Lo supe en cuanto tuve mi primera menstruación y tras varios meses no vinieron a buscarme los médicos para esterilizarme, como al resto de las hembras. Supe que aunque siguiera allí haciendo la pantomima, ya había sido elegida.

VIII

Poco antes de llegar la evaluación final, mi madre vino a verme entre dos de las clases de formación.

—Vera, mañana me iré al centro de descanso, me lo acaban de comunicar.

—Mamá, eso es estupendo, sé que muy pronto me tocará marcharme y no quería que te quedaras aquí sola.

Me miró entristecida.

—Me gustaría tanto ir contigo, eres lo único que me queda.

—Estarás feliz disfrutando de la vida, harás nuevos amigos y no tendrás que trabajar nunca más.

—Lo que hice aquí no lo denomino trabajo, para mí fue crear una familia. Tuve una serie de privilegios que para otras criadoras serían impensables. Si no fuera porque no pudimos permanecer juntos todo habría sido perfecto.

Quería abrazarla, pero los vigilantes nos observaban de lejos.

—No sé cuál será mi destino, pero en cuanto pueda haré por visitarte.

—Vera, no podrás, esta será nuestra despedida.

—No digas eso.

—Sé por qué lo digo —y su mirada se empañó de tristeza.

—Supongo que si realizo bien las tareas que me encomienden tendrán alguna cortesía conmigo, volveremos a vernos.

—No nos veremos, y no intentes ponerte en contacto conmigo, es lo mejor para ti, y sabes que nunca te diría que hicieras algo que te perjudicara.

—¿Hay algo que debo saber?

—Debes saber muchas cosas, pero irás descubriéndolas por ti misma. Sé prudente, y fuerte. Mira a quien tienes a tu alrededor, y no confíes en nadie.

Sus palabras me asustaron, hablaba como si mi futuro fuera un camino lleno de peligros. Más tarde entendería muchas de las cosas que me había dicho, pero en aquel momento me desconcertó.

—Haré lo que me dices, pero ten por seguro que si puedo volver a verte lo haré.

—Cuidate mucho Vera, espero que puedas tener una larga vida —y rozando mi mano con la yema de sus dedos me dedicó la última mirada que vería de ella.

Al día siguiente no pude despedirla, nadie me informó de la hora de su marcha, vi despegar la bala de transporte cuando estaba en una de mis clases, me había quedado sola.

La vida en Silopos se volvió monótona y rutinaria para mí, las clases y las pruebas se habían multiplicado, no disponía de ningún tiempo libre. Diferentes equipos de evaluadores controlaban hasta el último de mis movimientos. No iba a formación con los otros equipos, sino que me

dejaban en un aula sola y me enfrentaban a múltiples puzzles y problemas que debía resolver. La mayor parte del tiempo me facilitaban distintos materiales que debía moldear o tallar para crear las formas que solicitaban. Aquello hacía que se me pasara el tiempo deprisa, me recordaba a las esculturas de barro que hacía bajo la atenta mirada de mi padre cuando él aún estaba en la granja.

No precisé una evaluación final. Una mañana me dijeron que me preparase, que una bala de transporte me estaba esperando, alguien quería hablar conmigo. No tenía nada que llevarme, así que no tardé demasiado en estar lista. Paseé un rato por la granja, aunque ahora no estaba allí nadie de mi familia era el único lugar que conocía, me daba pena irme. Recorrí el parque, los jardines, la zona deportiva, y me di cuenta de que toda mi existencia se había limitado a aquellos espacios ¿Qué es lo que me esperaba fuera de Silopos?

Antes de la partida me llevaron a una sala donde me tatuaron un código en la muñeca. Ese código, leído por cualquier lector del sistema, daría una información exacta de mis orígenes, mis progenitores, mi evolución... Una marca que delataría cualquiera de mis actividades para quien quisiera conocerlas. Un historial completo de Vera 7.

La bala despegó a medio día, no pude ni acudir al comedor para el almuerzo, aunque tampoco me importaba demasiado, estaba nerviosa por conocer qué me esperaba en el lugar al que íbamos. Viajé sola, ni siquiera había carga en la parte trasera, y teniendo en cuenta que cada viaje se aprovechaba al máximo aquello me extrañó demasiado.

Por las ventanillas de la nave pude ver parte de la extensión de Rados, era increíble que perteneciendo a un país tan extenso sólo conociera una parte tan pequeña. Apenas podía percibir desde la altura las construcciones que íbamos pasando, solamente los cambios en el color de los terrenos, y las montañas que separaban unas zonas de otras. Me habría gustado hacer aquel camino a pie, para poder ver cada tramo de tierra, pero aquello aún no me estaba permitido.

Cuando la bala comenzó a descender pude ver una ciudad repleta de edificios altísimos, donde pequeñas naves circulaban a menor altura y a una velocidad vertiginosa. Aquello me asustó, no tenía nada que ver con la tranquilidad que se respiraba en Silopos. Había llegado a la gran urbe, estábamos aterrizando en Ígrada.

IX

Al aterrizar sólo vi unas paredes oscuras. De repente unas luces cegadoras iluminaron aquella enorme sala. Las compuertas se abrieron, no me moví hasta que alguien se acercó a la compuerta de salida.

—¿Vera?

—Sí, soy yo.

Un hombre con un uniforme azul oscuro esperaba expectante. No pude reprimir el instinto de mirarle varias veces, era muy distinto a todos los humanos que yo había conocido hasta entonces. Su tamaño no excedía de la altura de mi hombro, siendo varón, y su cuerpo era grande, pero no fuerte como el de los habitantes de la granja, sino desproporcionado. Ancho por la zona de la cintura y las caderas. No sabía de qué granja había salido aquel humano, pero su apariencia me resultaba realmente pintoresca.

—Acompáñeme por favor —me dijo.

Le seguí por largos pasillos custodiados por nonen, a su paso éstos se cuadraban rígidamente en una especie de saludo que denotaba que aquel ser que me guiaba era de escala superior.

—¿A dónde vamos? —me atreví a preguntar.

—Lo sabrás en cuanto llegemos —esa es toda la información que pude obtener de él.

El aire olía extraño, como los talleres de las balas de transporte, donde se mezclaba el combustible con las piezas de recambio. No había ventanas, sino cristaleras iluminadas en tonalidades azules que querían imitar el cielo. No se escuchaba ningún sonido, excepto el de nuestras pisadas y un zumbido de fondo que debía provenir del equipo de acondicionamiento.

Llegamos a una sala donde aquel individuo me mandó parar, y me indicó un círculo luminoso en el cual debía colocarme. Una vez allí esperé un momento que me resultó interminable, entonces se abrieron unas compuertas y oí pasos que se acercaban.

Varias personas me observaban, escaneaban zonas de mi cuerpo e iban tomando notas de lo que veían. Me sentí como una pieza de exposición. Siguieron así durante bastante tiempo.

Después el círculo luminoso se apagó y un hombre alto con el pelo blanco se acercó a mí.

—Bienvenida Vera, estás en el área norte de la ciudad de Ígrada, capital de Rados. Esperamos que el viaje haya sido de tu agrado.

No contesté, me sentía insegura, tenía miedo que cualquier palabra fuera de lugar desatase alguna especie de descarga en aquella sala impersonal en la que me encontraba.

Aquel hombre siguió dando vueltas a mi alrededor observándome. Volvió a hablar:

—El equipo de evaluación de Silopos nos ha dado unos excelentes informes sobre ti, creen que podrás ser de gran utilidad aquí ¿Qué tienes que decirnos a eso?

—Sólo espero poder servir al reino de Rados, para eso he sido creada.

Mi respuesta pareció complacerle.

—Sígueme —me ordenó, y comencé a andar tras él como una autómatas.

Atravesamos nuevos pasillos, y subimos varias plantas en un ascensor pequeño al que se accedía mediante un código de seguridad. Llegamos ante una gran puerta metalizada. Se apartó y me dijo que a partir de ahí debía continuar sola.

La puerta se abrió y entré en una gran sala, llena de espejos, e iluminada de una forma tenue.

La luz desapareció por completo y en los espejos empezaron a reflejarse diferentes imágenes, algunas de mi vida pasada, otras de la actividad en la capital. Entonces una voz comenzó a hablar por los altavoces.

—Bienvenida a Ígrada. A partir de hoy pasarás a formar parte del equipo al servicio del gobierno de Rados. En breve te serán presentadas las personas con las que trabajarás y que serán las encargadas de mostrarte las funciones a realizar y facilitar tu integración en la vida de la ciudad. También se te asignará un responsable, que será a quien debes dirigirte ante cualquier duda o problema.

Tu identidad desde ya y para todos los ámbitos será la de Vera, como versión superior de las existentes. Deberás guardar fidelidad al gobierno, manteniendo secreto absoluto sobre todo lo que veas u oigas. No podrás salir de Ígrada sin permiso de las autoridades, y si lo haces será para cumplir con tus obligaciones como trabajadora de clase uno.

El incumplimiento de la normativa será sancionado con el castigo correspondiente.

La voz dejó de sonar, y las imágenes de las pantallas desaparecieron. No sé por dónde entró, pero de repente encontré ante mí a una chica con el pelo rojo. Era un poco más alta que yo, y con un color de ojos que nunca había visto, su mirada era violeta. Vestía un uniforme plateado, compuesto por una blusa entallada de cuello redondeado y unos pantalones, por cuyos laterales bajaba una línea negra.

—Hola Vera, me llamo Lea, y seré tu responsable hasta que te adaptes a todo esto.

—Hola Lea, gracias por ocuparte de mí.

—Supongo que estarás cansada, acompáñame, en primer lugar te enseñaré el sitio en el que te alojarás.

Salimos hacia un nuevo pasillo, en el que tomamos un ascensor que nos llevó a la planta más alta del edificio. Allí encontramos una azotea repleta de pequeños vehículos parecidos a las balas. Lea accionó un mando y vi cómo se abrían las compuertas de uno de ellos.

—Vamos, tenemos que atravesar toda la ciudad.

—¿Quién conducirá?

—Las rutas a seguir por cada nave se programan. Ese programa se envía automáticamente al centro de tráfico de Ígrada, desde donde un gran ordenador coordina todos y cada uno de los trayectos. Es decir, yo me ocupo de introducir el destino al que queremos llegar y ellos se encargarán de llevarnos a allí sanas y salvas.

—Vaya, nunca había visto algo así, sólo conocía el funcionamiento de las balas de transporte.

—Supongo que en Ígrada no tienen que vigilar tanto a los habitantes.

—¿Todo el mundo cumple las normas?

—No, hay castigos, como en todos los sitios, pero saben que nadie puede salir de la ciudad si ellos no quieren.

—¿Hay vigilantes?

—Hay vigilantes, y puntos de control en todos los accesos e instalaciones. Este código —me mostró el tatuaje de su muñeca— es escaneado en cada uno de esos puntos, y te permitirá acceder a unas zonas u otras según tus funciones y las autorizaciones que te hayan dado.

Mientras hablábamos la nave se había elevado del suelo y había iniciado el trayecto hacia la zona sur de la ciudad, donde se encontraban los complejos residenciales de los trabajadores.

—¿Has salido alguna vez de aquí desde que has llegado?

—No conozco a nadie que lo haya hecho. Las supervisiones a las granjas están centralizadas en un solo departamento, con el cual no tenemos contacto. Los centros de reposo y de reciclaje tienen sus propias normas y funcionamiento, y hay equipos destinados a cada uno de ellos que envían los informes necesarios a la cúpula.

—¿No hay contacto con esos centros?

—No por nuestra parte. Si estás pensando en contactar con tu familia puedes ir olvidándolo. Cuando llegas a Ígrada pasas a formar parte de la capital, no quieren que nos mezclemos con el resto.

Me apenó escuchar aquello, saber que no podría hablar más con mi familia me resultaba muy duro. Y en aquel día en que todo era desconocido para mí habría agradecido saber algo de ellos. Lea pareció comprender mi silencio:

—No te preocupes, te acostumbrarás. La vida aquí no está tan mal, conocerás a mucha gente, y antes de que te des cuenta estarás completamente integrada.

Descendimos ante un gran edificio circular. Debía tener más de cien plantas, porque al mirar hacia arriba no podía distinguir el último piso.

—Vaya, es inmenso.

—Aquí están las habitaciones de los trabajadores. Detrás del edificio hay una zona deportiva y de ocio, la veremos más tarde.

Nos dirigimos a la entrada, donde un panel indicaba los sectores, plantas y números de habitación correspondientes.

Me pidió que pusiera el tatuaje de mi muñeca delante de un scanner. Los datos con mi número de habitación y horarios quedaron grabados en el sistema.

Llegamos a un ascensor, que se movió horizontal y verticalmente hasta dejarnos en la planta 75. Un recibidor acristalado daba paso a diferentes pasillos. Tomamos el de la derecha, las habitaciones, todas con el mismo modelo de puerta estaban a ambos lados. Paramos delante de una de ellas. Pasé mi muñeca por el scanner de entrada y la puerta se abrió.

Las paredes eran verdes, estaban vacías, menos la que se encontraba tras el escritorio, que albergaba una gran pantalla. Debajo un teclado para acceder al sistema informático. La cama no era demasiado grande, y el baño, de reducido tamaño, contaba con una ducha, pero no con una cápsula de desinfección. Abrí y cerré el grifo extrañada.

—Aquí no hay cápsulas de desinfección. En la capital no hay contacto con animales, aquí ya llegan procesados como alimentos, por lo que no hay peligro de contagio de ninguna enfermedad.

—En Silopos, de donde vengo, no teníamos animales.

—Supongo que querrán evitar el contagio entre humanos, muchos acaban aquí, y así evitan que cualquier enfermedad llegue a Ígrada —me dijo no muy convencida por su explicación, posiblemente tampoco conocía otra información para darme.

—¿También vives en este edificio?

—Todos los que trabajamos para el gobierno vivimos aquí. Y todas las habitaciones son iguales. Los altos cargos viven en otra zona de la ciudad, con sus familias, en casas individuales, con sus propios jardines. Y tienen zonas de ocio común, tiendas, restaurantes... allí todo es distinto.

—¿Y la familia real?

—Viven cerca de ellos, en una fortaleza altamente custodiada, nunca he estado allí.

—Me imaginaba Ígrada de otra manera.

—¿Decepcionada?

—No, supongo que serán los nervios del primer día.

Lea me sonrió, era la primera vez que lo hacía desde que nos habíamos conocido.

—Todos nos acostumbramos. En cuanto empieces a trabajar no tendrás demasiado tiempo para echar de menos la granja.

Ahora te dejaré para que descanses un rato. En el armario tienes uniformes de tu talla, a diario vestirás uno como el que llevo yo, cuando tengas que vestir algo distinto serás informada.

—De acuerdo, gracias por todo.

—Pasaré a buscarte dentro de dos horas, así podré enseñarte la zona de ocio. Si tienes algún problema y necesitas hablar conmigo pasa tu código por algún scanner y di mi nombre, nos pondrán en contacto al momento. Hasta luego.

—Hasta luego.

Me quedé en mitad de la habitación mirando a mi alrededor, aquello no resultaba muy acogedor. No había plantas ni una terraza en la que poder sentarse. El edificio se encontraba en completo silencio, echaba en menos las risas de los niños jugando en la granja y las caras conocidas.

Aquel edificio me ahogaba, me sentía encerrada, controlada y sin alicientes que me motivasen. Al menos esperaba conocer pronto mis funciones en el trabajo, nadie me había dicho qué puesto iba a ocupar ni que tareas realizaría. Tanto secretismo no ayudaba a mejorar mi estado de ánimo.

Me duché y me puse el uniforme. Quedaba claro que tenían un completísimo dossier sobre mí, porque aquella ropa encajaba en mi cuerpo como si estuviera hecho a medida.

Después me senté en el escritorio y de nuevo mediante el escaneo de mi código encendí el equipo. Navegué por las distintas páginas de información disponibles. Normativas, horarios, sugerencias, instrucciones... todo estaba perfectamente detallado para que las personas que allí vivíamos hiciéramos un uso correcto de las instalaciones, y nos limitásemos a cumplir los deseos del gobierno.

Lea volvió a la hora marcada, y me llevó a la zona de ocio.

Un extenso jardín con todo tipo de pistas deportivas se extendía entre el enorme edificio de viviendas y pequeños edificios que albergaban establecimientos de ocio y compras. Por nuestro trabajo percibíamos una cantidad determinada de mos, la moneda de Rados, que sólo era utilizada en la capital, ya que en el resto del país el trabajo se pagaba con la manutención, vivienda y con una jubilación con todo incluido en un centro de reposo.

En Ígrada era distinto, podías asistir a los comedores oficiales, o gastar tus mos en cualquiera de los restaurantes de la ciudad, donde en vez de recibir la alimentación programada por el sistema, eras libre de elegir la comida que deseabas ingerir. Los mos quedaban registrados en tu código y según ibas gastando se descontaban de tu cuenta.

Aquello me pareció muy interesante, había algo que podía elegir, y para una persona que había vivido siempre sin poder hacer una sola elección resultaba demasiado tentador.

Lea me mostró otros establecimientos en los que podía gastar los mos. Había tiendas de ropa que podía utilizar en mi tiempo libre. Aquellos escaparates estaban plagados de prendas de distintos colores y tejidos. Piezas que sólo había visto en alguno de los boletines cuando aparecían miembros del gobierno o de la familia real en actos sociales. También aparecían en los

reportajes que emitían sobre los centros de reposo, donde cada humano podía vestir de la manera que se le antojase.

Las zonas deportivas estaban muy cuidadas. Había varios programas de entrenamiento, y se podía acceder a los mismos según los permisos que tuvieras en tu perfil.

No había mucha gente en aquella zona, la mayoría se encontraban trabajando, pero mi responsable me informó de que tras la jornada laboral aquello cambiaba completamente. Gran número de los habitantes del edificio pasaba el tiempo por allí antes de que emitiesen el aviso que indicaba que había que irse a dormir.

Entramos en algunas tiendas de regalos, pude tocar juegos, adornos y dispositivos electrónicos que tenían usos de lo más variopinto. Deseo comenzar a trabajar cuanto antes para poder poseer alguna de aquellas cosas.

X

La noche me pareció eterna, acostumbrada a los dormitorios comunitarios, primero con mi madre y el resto de las familias, y después con los jóvenes de mi edad, estar sola me provocaba una mezcla de nostalgia y falta de protección. Las horas pasaban despacio y no conseguía conciliar el sueño, aquella habitación todavía me resultaba demasiado extraña.

Cuando sonó la alarma de aviso ya estaba vestida con mi uniforme reglamentario. Esperé a que Lea viniera a buscarme, ella me acompañaría a mi lugar de trabajo.

Me recogió poco después, y pasamos por el comedor del edificio a desayunar. Allí no te asignaban un sitio, podías sentarte donde y con quien quisieras. Yo aún no conocía a nadie, así que me limité a seguir a mi responsable, que saludó a algunas personas de camino al sitio donde nos sentamos.

—Me resulta curioso esto de poder elegir ciertas cosas. Ahora entiendo la importancia de conseguir un trabajo en Ígrada.

—No tenemos el aire fresco de las granjas, ni sus paisajes, pero a cambio gozamos de algunos privilegios —me dijo mientras empezaba a tomar un líquido amarillento de su vaso.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Cinco años. Llegué desde la granja de Alpe junto a dos humanos más, aunque fuimos destinados a diferentes departamentos.

—¿Seguís manteniendo el contacto?

—Nos vemos por aquí y nos saludamos, pero poco más. La city cambia a la gente, pronto empezarás a notarlo.

—Mis hermanos fueron enviados a centros de reciclaje, y la mayoría de los jóvenes de Silopos corrieron la misma suerte.

—Es una granja de clase uno ¿no se supone que son los principales surtidores de especímenes para la capital? —me preguntó con una expresión de extrañeza en su rostro.

—Yo también lo creía así, pero en los últimos años nos llevamos muchas sorpresas con los procesos de selección. Jóvenes muy válidos y con puntuaciones que rozaban la perfección fueron desestimados y enviados a reciclaje.

—Es curioso, no suelen dejar escapar a quienes pueden garantizarles un buen trabajo. El sistema es muy complejo, y se precisan humanos con altas capacidades para seguir manteniéndolo —me observó detenidamente—. Entonces si estás aquí debo entender que tus capacidades son excepcionales.

—Yo no diría tanto.

—¿En qué destacas? ¿Programación? ¿Ingeniería? ¿Cálculo? —fui negando cada una de sus preguntas.

—En nada de eso, mis puntuaciones en esas áreas fueron del todo normales.

—¿Entonces?

—No lo sé, puede que tenga la habilidad de moldear, de construir pequeñas maquetas. Y también se me da bien tallar piedras.

La cara de Lea cambió al escuchar esto último.

—¿Tallas coris?

—No sé qué es eso.

—Tengo la impresión de que muy pronto lo averiguarás.

Tras terminar el desayuno fuimos en el vehículo de Lea hacia el área norte, pero no al mismo edificio en el que había estado a mi llegada. Aterrizamos en medio de un grupo de edificios iguales, identificados con grandes números en la fachada.

—Aquí es donde tendrás que venir todos los días. Hay un transporte programado desde la zona residencial, tanto para las entradas como para las salidas. Con el tiempo podrás comprarte tu propio vehículo, si es que quieres claro.

—Pues sí me gustaría, aunque de momento creo que tendré que venir con los demás.

—Estos primeros días me encargaré de recogerte, hasta que te hayas familiarizado con todo.

—Muchas gracias.

—No me las des, me lo han solicitado los de arriba —miró hacia las ventanas superiores del edificio que teníamos al lado—. Es mi responsabilidad que te adaptes lo antes posible a tu nueva vida.

—Intentaré no darte ningún problema.

—Eso espero —sonrió a modo de broma, pero supe que aquello era una advertencia.

Entramos en el edificio pasando los controles. Ascendimos a la cuarta planta. Cuando iba a bajarme del ascensor se dio la vuelta y me dijo:

—Aquí está mi puesto, tú tienes que subir hasta el décimo piso, tendrás que presentarte y que te encomienden las tareas que te correspondan. Iré a recogerte a la hora de comer.

Nos despedimos y tras cerrarse la puerta seguí el ascenso hasta la planta diez.

Lejos de la frialdad del resto de las decoraciones me encontré en una sala llena de plantas. Unos sofás oscuros con coloridos cojines invitaban a sentarse y a disfrutar de aquel entorno. El hilo musical emitía un sonido que imitaba el mecerse de los árboles y el canto de los pájaros de los parques de las granjas. Me gustó estar allí, aquello me llenaba de recuerdos.

No había nadie, así que permanecí en pie, temerosa de que resultara de mal gusto que me encontraran sentada. Pasó casi media hora cuando una puerta se abrió y apareció una señora con el pelo verde y gran cantidad de maquillaje en la cara. Parecía que salía de algún tipo de fiesta infantil por lo chillón y colorido de su atuendo.

—Vera, bienvenida —aquella mujer se acercó y me plantó dos sonoros besos en las mejillas, lo que me resultó muy incómodo.

—Hola —dije con timidez, las familiaridades que se toma aquella mujer era algo a lo que no estaba acostumbrada.

—Me llamo Lulú, y soy la secretaria de Set, el director general de todos los centros de trabajo del sector norte —me informó orgullosa—. Estábamos ansiosos con tu llegada, tus informes son extraordinarios.

Creí que se trataba de un error, debían haberse confundido con otra trabajadora, no había nada en mí que pudiera ser motivo de elogio para aquellos de quienes me hablaba.

—Ven, sentémonos a charlar —me señaló uno de los sofás—. Estás en el edificio principal del complejo. Aquí se encuentran las oficinas desde las que se controla todo el sistema de Rados.

En los sótanos está el ordenador central que controla los equipos del país. Por el momento no podré mostrártelo, el acceso a esa sala es muy limitado, pero hay mejores cosas para ver —sonrió mirando a las plantas, encantada con el entorno que seguramente ella misma habría creado.

—¿Trabajaré aquí?

—Lo harás en este edificio, pero en la planta once, vamos, creo que tendrás ganas de ver dónde vas a pasar la mayor parte del día.

Asentí y salí tras aquella mujer tan rara que parecía encontrarse en su salsa entre aquellas paredes.

Subimos una planta más, pero no fue en el mismo ascensor que había utilizado para llegar hasta allí, sino en otro al que sólo se accedía desde el despacho de Lulú, decorado con el mismo exceso de colores que ella misma.

Para que se pusiera en funcionamiento fue necesario pasar su código y el mío por el scanner, si ella no estaba yo no podía acceder a la siguiente planta.

Aparecimos en una sala diáfana, de paredes blancas y pulcras. Lo único que destacaba en aquel vacío era una puerta metálica en una de las paredes.

Lulú se percató de mi desconcierto.

—Todavía nos queda mucho por hacer para dejar esto habitable, pero prefería que llegases para conocer tus gustos, es importante crear un entorno de trabajo atractivo.

—Te lo agradezco mucho Lulú.

—Ahora vamos, lo importante está ahí dentro.

Volvimos a pasar los códigos para que se abriera la puerta metálica, en cuanto vi lo que había dentro tuve que contener la respiración.

Una gran piedra roja transparente, semejante a la que había tallado hacía años en la granja se encontraba en el centro de la sala rodeada de una enorme urna de cristal. A su alrededor había una mesa negra provista de diferentes pantallas y focos de iluminación y una butaca giratoria.

—Pasa, no te quedes ahí —me acompañó al centro, a ver de cerca aquella colosal roca que llegaba casi hasta el techo.

—¿Qué es?

—Es coris, el mineral más caro del mundo y el más difícil de conseguir. Rados es el único país del mundo que tiene minas de coris, y por tanto es su mayor fuente de riqueza. La última gran guerra fue debida a la insuficiencia de recursos energéticos para todo el planeta. Los países que contaban con ellos fueron atacados por los que querían poseerlos, el número de bajas humanas fue tan grande que algunos territorios jamás llegaron a recuperarse. Cuando Rados descubrió lo que podía hacer el coris ocultó sus funcionalidades al resto del mundo, protegiéndose frente a cualquier ataque. Por eso, cuando las normas te parezcan muy estrictas piensa que es por tu seguridad, por la seguridad de todo Rados.

La miré esperando a que continuara, aunque en realidad quería hacer un montón de preguntas ¿Por qué estaba yo allí? ¿Qué se suponía que debía hacer?

—Supongo que estarás preguntándote qué pintas tú en todo esto —me dijo en respuesta a mis pensamientos, asentí—. Estas piedras no valen absolutamente nada en bruto, sólo pueden usarse una vez talladas.

—¿Para qué se usan? —me atreví a preguntar.

—Producen una energía mil veces superior a cualquier otra fuente conocida. Estas piedras nos abastecen de luz, dan movimiento a nuestras naves, producen el calor que disfrutamos en nuestros edificios... Gracias a ellas Rados es un país totalmente independiente, que no necesita comprar

energía a otros países, esto nos hace autosuficientes.

—¿Y los demás países no están interesados en adquirir coris?

—Su existencia es uno de los secretos mejor guardados por el gobierno, tan sólo las personas que trabajan en este edificio conocen su uso como fuente de energía. Jamás debes comentar con nadie que no pertenezca al departamento lo que verás aquí, si lo haces recibirás el máximo castigo.

—Entiendo, pero no comprendo qué hago yo aquí.

—Este mineral tiene una característica extraña que hace que no todo el mundo pueda manipularlo. En bruto bastaría ejercer una pequeña presión sobre él para que se deshaga convirtiéndose en polvo. Una vez tallado se vuelve duro y resistente, no pudiendo ser troceado más que por otro de la misma clase.

Recordé aquella pirámide que había hecho de niña y en que ya me había fijado en aquella característica, aquel trozo de cristal a punto estuvo de destruirse entre mis manos.

Lulú siguió hablando:

—Si yo tocara una de esas piedras la convertiría en polvo de inmediato, por eso estás aquí. Se ha comprobado que tu tacto te permite moldear a antojo el coris, y las piezas no sólo no sufren ningún daño, sino que consigues un tallado perfecto.

—Sólo lo hice en una ocasión.

—Suficiente para los evaluadores.

—Es que no sé si estaré a la altura.

—Lo estarás, además tendrás compañía. Kío está en la mina seleccionando los trozos más puros. Esta tarde le conocerás. Él te ayudará en lo que necesites. Ahora vayamos a presentarte a Set, estará encantado de que te hayas incorporado.

Volvimos al ascensor, y esta vez Lulú pulsó la tecla del último piso. Llegamos a una planta completamente acristalada, desde donde se podía ver todo el complejo. Había plantas, columnas de cristal que contenían pequeños acuarios, y una cascada en una de las paredes. Aquel despacho era un sitio estupendo para trabajar, incluso para vivir. Esperé a que Lulú avisase de nuestra llegada, cuando volvió a mi lado me dijo que podía salir a la terraza, Set estaba esperándome. Se despidió indicándome por donde tenía que ir y me dejó sola.

Avancé entre aquellos muebles de madera clara, las telas de los cojines eran las más elegantes que había visto en toda mi vida. Una gran mesa de reuniones se encontraba en mitad de la habitación y, al fondo, una pared de cristal separaba la zona privada del despacho del resto. Me dirigí a la puerta abierta de la terraza. De espaldas y apoyado en la barandilla exterior estaba aquel hombre, alto, rubio, de espaldas anchas bien trabajadas por el ejercicio. No llevaba el uniforme del resto de los empleados, sino unos pantalones informales y una camisa. Me chocó su indumentaria, pero siendo el director de todo aquello lo tendría casi todo permitido.

Respiré hondo y le saludé:

—Buenos días, soy Vera.

—Hola Vera, me alegra muchísimo verte —cuando se dio la vuelta se me paró el corazón por unos instantes.

Reconocía aquella cara, aquella boca, aquellos ojos, porque eran del mismo color de los míos. Set no sólo venía de Silopos, sino que éramos de la misma sangre. Mi cabeza rápidamente ató cabos y pensé en aquel hermano que habían adoptado desde Ígrada, no podía ser otro, el parecido con el resto de mis hermanos era más que evidente.

Él también se paró unos segundos a observarme, no sé si por curiosidad o por los rasgos que

compartíamos, luego siguió hablando:

—Espero que Lea te haya facilitado la llegada.

—Sí, se está portando muy bien conmigo, no ha habido ningún problema —contesté tratando de ocultar mi sorpresa.

—Perfecto. Cuanto más rápido te habitúes antes podrás comenzar con tu trabajo. Supongo que Lulú ya te habrá puesto al corriente.

—Me ha dado la información que necesitaba, me pondré a trabajar cuanto antes.

—Tranquila, puedes tomarte la mañana libre, hasta que no vuelva Kío será mejor que no toques nada en la sala de coris.

—De acuerdo.

—Bueno, pues únicamente me queda darte la bienvenida, y espero que seas feliz entre nosotros.

—Muchas gracias —me retiré sintiendo su mirada clavada en mi espalda, a punto estuve de girarme, pero continué mi camino hasta el ascensor.

XI

Pasé el resto de la mañana con Lulú, que me explicó el funcionamiento del edificio, dónde estaban los comedores, el área de descanso y el centro de transporte, que me facilitaría la llegada hasta la zona residencial al terminar la jornada.

Ella no procedía de ninguna granja, pertenecía a una de las familias más antiguas de la ciudad, lo que le había asegurado un buen trabajo sin necesidad de competir con sus hermanos y el resto de jóvenes. Cuando me lo contaba creo que no se daba cuenta de lo afortunada que era, y de lo injusto que encontré todo aquello.

Tampoco podía quitarme de la cabeza mi encuentro con Set ¿era quien yo creía? Y en ese caso ¿qué sabía él de su pasado?

Empezaba a hacerme demasiadas preguntas, mi nueva vida era demasiado diferente a la anterior. Hasta entonces no me había parado a pensar en lo que suponía nacer en una granja de humanos o hacerlo en la gran urbe, las diferencias eran abismales. Mientras unos tenían muchísimos privilegios, los otros se pasaban la mitad de su vida luchando por la permanencia, por la supervivencia por su propia identidad, y lo hacían contra sus propios hermanos, aquello era una atrocidad.

Tras el almuerzo con Lea volví a la planta once. Esta vez me encontré con un chico al que le calculé poco más de mi edad.

—Hola Vera, soy Kío, trabajaremos juntos.

—Hola Kío, encantada de conocerte —nos dimos la mano para saludarnos, y ya de cerca pude observar sus enormes ojos castaños y su piel oscura. Su pelo ensortijado y sus rasgos no me permitieron deducir en que granja había sido engendrado.

—Espero que vengas preparada, tenemos mucho que hacer. He traído material nuevo directamente desde la mina, te lo enseñaré.

Me mostró un cofre que contenía un coris del tamaño de la palma de mi mano.

—¿Cómo sabes cuáles son los adecuados? —le pregunté.

—Por el color y la transparencia. No todas las piedras sirven, las que tienen algún tipo de impureza hay que desecharlas al momento. Cuando los mineros encuentran alguna pieza que creen que es interesante nos hacen llamar, y somos nosotros los que la sacamos de la mina. Si ellos la tocan se desintegra al momento.

—¿Y cuántas veces ocurre eso?

—Con una piedra como la que estás viendo podemos surtir de energía a todo el país durante varios días.

—Es asombroso.

—Lo es, por eso es tan importante que no fallemos con el tallado. Los coris perfectos no

abundan, y se trabaja durante muchos días hasta conseguir uno que merezca la pena.

—¿Y esa piedra enorme? —pregunté señalando al inmenso ejemplar que estaba en mitad de la sala.

—Esa es la reserva de la que disponemos. Si te fijas está dentro de una cápsula hermética, las condiciones de humedad y temperatura son las adecuadas para que se mantenga sin sufrir ningún daño. El mínimo impacto recibido sobre la urna dispararía las alarmas de todo el complejo, y en cuestión de segundos tendríamos aquí a medio ejército.

—No pensaba llevármelo a ningún sitio —bromeé.

—Aunque quisieras no podrías, si la alarma salta todas las compuertas del edificio quedarán cerradas y nadie podrá salir.

—Parece que ese coris tiene un gran valor.

—Tal como lo ves no, pero debidamente tallado, con ese tamaño podría producir la energía suficiente para desintegrar la tierra en cuestión de segundos —me dijo muy serio.

—Vaya, todo esto impresiona.

—No te preocupes, para ti es nuevo, pero yo llevo unos años aquí, al final lo ves como algo normal. Sólo debemos limitarnos a realizar las tallas que los ingenieros nos pidan. De vez en cuando iremos a las minas a recoger material, y poco más.

—¿Yo también podré ir?

—Supongo que sí, pero no te creas que son viajes agradables. Sales escoltado por vigilantes que controlan cada uno de tus movimientos y que te escanean una y otra vez para asegurarse de que no te llevas escondido ni el mínimo trozo de coris.

—Es comprensible. Ahora si quieres podemos empezar a trabajar.

Kío me mostró las herramientas que debía utilizar y cómo había que tratar cada una de las piezas. Algunas eran diminutas, por lo que la única forma de manipularlas era mediante un microscopio. Los pedidos y las fechas de entrega aparecían en las pantallas que estaban sobre las mesas.

—A veces hay algún trabajo extra, al que hay que dar prioridad, pero normalmente sabemos con semanas de antelación nuestro calendario de entregas —me mostró una de las pantallas y me explicó lo que significaban cada uno de los códigos.

—Es demasiado para una sola persona, no entiendo cómo pudiste hacerte cargo de esto tú solo hasta ahora.

—No siempre estuve solo —bajó la mirada queriendo zanjar el tema.

No pregunté, si quería contármelo ya habría tiempo, por el momento era una desconocida para él.

Lea me esperó a la salida para llevarme a la zona residencial. Me preguntó qué tal había ido todo. Le dije que bien, pero sin entrar en detalles. Habían pasado demasiadas cosas, primero tenía que asimilarlo.

Esa noche no salí a la zona de ocio, me quedé en la habitación pensando en Kío, en los coris y sobre todo en Set.

XII

Las semanas siguientes las pasé trabajando duro, la vista se me cansaba demasiado cuando tenía que tallar piezas pequeñas, que eran la mayoría. Kío supervisaba mi trabajo y me daba trucos que facilitaban la labor, pero mi cuerpo se resentía por tantas horas sentada puliendo aquellos cristales. Las medidas debían ser exactas para que encajasen dentro de los equipos que transformarían la energía, medio milímetro más o menos y ya no servían para nada.

—Lo estás haciendo muy bien, la verdad es que tienes un don en las manos. Yo tardé mucho tiempo en conseguir realizar ciertas tallas, y tú por el momento no has destrozado ninguna pieza.

—Gracias Kío, no sabes cómo te agradezco todo lo que me estás ayudando, tenía mucho miedo de no conseguirlo.

—No tienes nada que agradecerme, sólo te cuento lo que yo sé, así es más fácil completar los pedidos, entre los dos, creo que somos un buen equipo —me sonrió mostrando su blanca dentadura de dientes alineados.

En aquel momento entró Lulú por la puerta.

—Buenos días chicos, Vera por favor acompáñame.

La seguí hasta su alegre despacho, allí me pidió que tomara asiento.

—Vera, he comprobado tu historial de movimientos y he visto que apenas sales. Vas del trabajo a la residencia y de la residencia al trabajo. ¿Hay algún problema?

—No, sólo es que salgo muy cansada y lo único que me apetece es relajarme en mi habitación y descansar.

—Pero es importante que conozcas a gente, que salgas y que desconectes de esto. Si sólo piensas en el trabajo llegará un momento en que no lo realizarás bien.

—Lo tendré en cuenta Lulú.

—Pues sí, lo puedes ir teniendo en cuenta porque el viernes acudirás a una fiesta.

—¿Una fiesta? ¿En dónde?

—Acompañarás a Set a un acto importante.

—¿A Set? ¿Por qué yo?

—Porque tú eres quien él quiere, así que debes cumplir órdenes.

Órdenes, la famosa palabra que tanto se repetía en Rados, llevaba toda la vida recibiendo órdenes y cumpliendo normativas, y si quería seguir viviendo como humana no me quedaba más remedio que cumplirlas.

—¿Dónde será la fiesta?

—No puedo darte más información. Te haré llegar una vestimenta apropiada, y una hoja de instrucciones para ese día, en ella verás el horario en el que pasarán a recogerte. Espero que hagas un buen papel.

—¿Un buen papel? Es que no entiendo ¿Qué se espera de mí?

—Lo mismo que de todos nosotros, que sirvas a tu país.

Me despedí de ella y volví al lado de Kío, que al notar la expresión de mi cara me preguntó que ocurría.

—Tengo que ir a una fiesta el viernes.

—Eso no suena nada mal.

—Tengo que ir a una fiesta el viernes, como acompañante de Set —amplíe la información recalcando cada una de las palabras. Su rostro se ensombreció—.

—Vera, no sé muy bien quien eres, ni lo que tienen preparado para ti, pero pareces buena chica, no me gustaría que nada malo te ocurriera, así que por favor ten cuidado.

—Lo tendré, aunque aún no sé muy bien qué es lo que quieren de mí.

—No tardarás en saberlo —puso su mano sobre la mía y la apretó—. Sea lo que sea puedes contar conmigo.

—Gracias Kío —le sonreí de forma forzada, tenía miedo de lo que pudiera esperarme.

Volví a desvelarme por las noches, aquella invitación era extraña. Sabía que era algo profesional porque la había hecho por medio de Lulú, pero yo estaba realizando bien mi trabajo ¿Qué más querían de mí? ¿Y si la invitación era por otros motivos? Si las cosas eran como yo sospechaba Set era mi hermano, y si tenía que llegar a decírselo me encontraría en una situación muy delicada ¿Sabía él que era adoptado?

Di vueltas a todas las probabilidades, ninguna de ellas me convencía.

El viernes me ordenaron salir del trabajo antes de la hora, cuando llegué a mi habitación dos grandes cajas se encontraban sobre la cama. Las abrí.

En una de ellas había un espectacular vestido verde, la tela era impresionante, poseía unas pequeñas piedras blancas que ofrecían numerosos destellos, no iguales que los de los coris, pero sobre aquel tejido producían un efecto óptico que hipnotizaba. En la otra caja había unos zapatos de la misma tonalidad, y una pequeña diadema para el pelo. También encontré una caja con maquillaje. No sabía usarlo, nunca me había puesto pintura en la cara. Cogí los pinceles y probé a aplicar los distintos pigmentos en mi rostro, el resultado fue un desastre.

Tras varias pruebas desistí, no sería capaz de arreglarme como ellos esperaban.

Llamé a Lea, quizá ella pudiera ayudarme.

Apareció en mi habitación en pocos minutos, y en cuanto vio el vestido se mostró asombrada.

—Es una maravilla ¿dónde lo has comprado?

—Me lo ha enviado Lulú, esta noche tengo que asistir a una fiesta.

—¿Una fiesta? ¿Dónde?

—No lo sé, sólo me han indicado que me recogerán a las ocho, queda una hora y no sé cómo arreglarme, no sé cómo se aplican esas pinturas.

—Déjame a mí.

Me limpió la cara y con cuidado empezó a trabajar mi rostro mientras me iba explicando para qué servían cada uno de aquellos tarritos. Cuando terminó me pidió que me mirase al espejo, lo que vi me gustó. Mis ojos parecían más grandes, y su color verde parecía más intenso. Mis mejillas tenían aspecto saludable, y mis labios brillaban como si acabara de mojarlos.

—Vaya, si saben usarse la verdad es que funcionan.

—Estás preciosa, ahora ponte el vestido si no quieres llegar tarde.

Me puse las maravillosas telas, un corpiño se ajustaba perfectamente a mi torso y, desde la cintura, una falda con diferentes capas daba volumen hasta la altura de mis tobillos. Los zapatos me hacían daño, eran muy altos, y yo no sabía andar con ellos.

—Vete despacio, al ser el vestido tan largo se notará menos como caminas —me aconsejó Lea mientras ponía la diadema en mi pelo—. Ya está, ahora mírate.

Cuando me volví hacia el espejo la imagen que vi era irreconocible, jamás me habría imaginado vistiendo aquellas ropas.

—Pareces una princesa, tu acompañante va a quedar encantado.

—Mi acompañante es Set —dije con tristeza.

Entonces Lea se acercó, me dio un abrazo y me dijo las mismas palabras que Kío había pronunciado “Ten cuidado”.

Un vigilante fue el encargado de acompañarme al vehículo que me llevaría, iba sola, el trayecto ya estaba programado en el ordenador.

Volamos bajo, por lo que pude observar la ciudad con detenimiento, me quedaba tanto por conocer... Cuando fuimos reduciendo velocidad pude observar que nos encontrábamos en la zona rica de la ciudad. Las casas no estaban en enormes rascacielos sino que tenían, como mucho, dos o tres plantas. Cada una contaba con su propio jardín, y en algunas pude ver hasta piscinas y pistas deportivas. Parecía una zona muy tranquila, porque se veía a gente paseando sin ninguna prisa. Allí es donde vivían los privilegiados, los que no habían nacido en granjas, familias que tenían sus propios hijos, que a su vez podrían tener los suyos, y que gozaban de la libertad de elegir muchas cosas que a los demás nos estaban vetadas.

La bala se paró, miré por la ventanilla para ver donde nos encontrábamos, pero sólo vi a un grupo de vigilantes que se acercaban armados. Tuve miedo.

La puerta se abrió, me mostraron un scanner y pasé el código de mi muñeca por él, leyeron los datos y se alejaron. Volvimos a ponernos en marcha. Vi como atravesábamos un muro altísimo que tenía un grosor de varios metros. Tras él estaba el lugar más espectacular que habían podido ver mis ojos.

Estábamos en una enorme extensión de jardines, con todo tipo de árboles. Había lagos y cascadas, multitud de aves andaban por allí a su antojo. Íbamos a una velocidad mínima que me permitió disfrutar de aquel paisaje, con sus flores y sus caminos empedrados.

La nave se detuvo y la compuerta comenzó a abrirse. Esperé de nuevo la aparición de nuevos vigilantes, pero quien estaba allí para recibirme era Set, elegantemente vestido.

—Hola Vera, estás preciosa.

—Gracias.

Me ofreció su brazo y comenzamos a caminar hacia el majestuoso edificio que teníamos enfrente. Era entero de mármol blanco, con dos torres laterales y grandes ventanales, muchos provistos de balcones, en el centro una escalinata estaba adornada con columnas, que en la parte superior albergaban enormes estatuas de distintos animales.

—¿Impresionada?

—Mucho, este lugar es espectacular.

—Este es el palacio de Ígrada, donde vive la familia real.

—¿Asistiremos a una fiesta con la familia real?

Asintió divertido al ver la sorpresa que se dibujaba en mi rostro.

—En estas fiestas se tratan los asuntos más importantes del país.

Todos los miembros del gobierno acuden con sus esposas para encontrarse con las personas que les interesan.

—¿Por qué me has invitado?

—Creí que te gustaría asistir. Tu trabajo ha sido excelente, y me pareció una buena manera de agradeceréte.

—Gracias, pero no era necesario, yo sólo cumplo órdenes —le dije en un tono un poco agresivo.

—Mira Vera, entiendo que el cambio haya sido importante para ti, pero no pretendo que mis trabajadores vivan como esclavos, esa etapa ya ha pasado.

—¿Te refieres a la granja? Allí al menos tenía a mi familia.

—Siento que no puedas continuar con ellos, pero todo está estudiado para que el sistema funcione a la perfección. En cuanto encuentres tu sitio sabrás habituarte y verás que ha merecido la pena.

—¿Cómo puedes saberlo? Ni siquiera sabes cómo se vive fuera de la capital.

Pareció contrariado con mi modo de hablarle, se paró y me miró a los ojos fijamente.

—Puede que sepa más cosas de las que crees, ojalá estuviera en mi mano cambiar algunas, pero no lo está.

Me avergoncé de mi comportamiento, no estaba bien que tratara de esa manera a un superior, si seguía por ese camino podría tener problemas, así que traté de suavizar la conversación.

—Lo siento, he estado un poco nerviosa últimamente. Quizá tengas razón y todo sea cuestión de acostumbrarme.

Me sonrió y seguimos andando hasta la entrada.

Pasamos a la sala principal donde fuimos recibidos por una señora de mediana edad que lucía un vestido azul sin mangas que caía como un tubo recto alrededor de su cuerpo. Su pelo era del mismo azul.

—Set, que alegría volver a verte. Creo que no tengo el gusto de conocer a la joven que te acompaña.

—Hola Estela, esta es Vera, experta talladora de coris, forma parte de mi equipo.

—Hola Vera, bienvenida. Soy la coordinadora de festejos de la Casa Real, espero que disfrutes de mi trabajo —me ofreció una amplia sonrisa en la que pude ver insertados pequeños cristales azules a juego con su atuendo.

—Gracias Estela, así lo haré.

—Es hermosa, gracias por traerla —escuché que aquella mujer le susurraba a Set al oído.

Pasamos a una gran sala circular lujosamente decorada que estaba llena de gente, la música sonaba, y algunas parejas bailaban en el centro. Varios camareros perfectamente uniformados pasaban con bandejas llenas de bebidas o canapés. Uno de ellos se acercó ofreciéndome elegir entre aquel surtido de copas. Cogí una, que contenía un líquido oscuro, me lo llevé a los labios y noté su sabor fuerte. Busqué con la mirada algún sitio donde deshacerme de aquello, pero no lo encontré.

—¿No te gusta? —me sorprendió Set en plena mueca de asco.

—Sabe raro.

—Es vino, y muy bueno, te acostumbrarás al sabor.

—No lo creo.

—Si prefieres podemos pedirte otra cosa.

—No es necesario, me acabaré esto, no quiero parecer la novata de la fiesta.

—Bien, entonces vamos, quiero presentarte a algunas personas —puso su mano en mi espalda para guiarme entre la multitud.

Charlamos con unos y con otros, conocí a miembros del gobierno, directores de equipo, a presidentes de diversas asociaciones, a sus esposas... no sería capaz de recordar ninguno de aquellos nombres, demasiada información en poco tiempo. Me llamó la atención el físico de los asistentes, acostumbrada a la perfección de Silopos y a los especímenes armónicos con los que vivía y trabajaba ahora me sorprendió ver personas tan diversas. Jamás había visto un adulto sin pelo, sólo los recién nacidos tenían esa característica. También había personas gordas, bajas, o demasiado altas. Algunos varones lucían prominentes barrigas y sus esposas tenían las piernas gruesas. Me maravilló ver todo aquello, y a su vez me decepcionó. Aquellos eran los que exigían perfección, los que desecharan a los especímenes que no cumplían con lo requerido, y sin embargo ellos eran un cúmulo de defectos, pero eran los que mandaban y a los que el resto debíamos obedecer.

Cogí otra copa de vino, Set tenía razón, me estaba acostumbrando a su sabor, y me estaba gustando. Me noté un poco mareada, pero no le di importancia.

—Voy a reunirme con uno de los ministros, te dejaré sola un rato ¿estarás bien?

—Sí, no te preocupes, estoy muy entretenida mirando todo esto.

—En cuanto termine vendré a buscarte y entonces, si quieres, ya podremos irnos.

—De acuerdo —le despedí dando otro sorbo a la copa.

Di otra vuelta y comí algunos canapés, estaban deliciosos. Eran como pequeñas obras de arte, perfectamente armónicos en forma y color y, además, su sabor era extraordinario.

Acabé la copa y en cuanto divisé a un camarero me acerqué a por una más. Aquellos zapatos me estaban matando, así que decidí encontrar un sitio donde poder descalzarme sin que nadie me viera. Pasé al lado de un ventanal que daba a una gran terraza, no me lo pensé dos veces y salí. Había una escalinata que bajaba al jardín, como no había nadie aproveché para sentarme allí y quitarme los zapatos. Cuando mis dedos recobraron su libertad noté como descansaba todo mi cuerpo.

Aquel sitio daba paz, me habría quedado allí toda la noche, descalza, con mi maravilloso vestido y mi copa de vino. Apoyé la cabeza contra una de las columnas, con aquel mareo que sentía podría haberme quedado dormida plácidamente.

—¿Tan aburrida te resulta la fiesta?

Una voz me sacó de mi ensoñación. Miré hacia arriba y vi a un sonriente chico moreno que vestía un traje muy parecido al de Set.

—Sólo estaba descansando un rato, me hacían daño los zapatos —respondí ruborizada señalando el par que había dejado en un escalón mientras trataba de esconder mis pies desnudos bajo el vestido.

—Nunca he comprendido como podéis aguantar ese tipo de calzado.

—Yo tampoco, es la primera vez que me pongo algo así.

Aquello le divirtió, miró hacia la sala de la fiesta y después se sentó a mi lado.

—Me llamo Vadir.

—Yo soy Vera.

Aquel chico tenía más o menos mi edad, su agradable rostro era igual de armónico que aquel entorno.

—Nunca te había visto ¿es la primera vez que vienes?

—Sí, llevo poco tiempo en Rados.

—¿Vienes de una granja?

—De Silopos —me avergoncé un poco de mis orígenes, seguramente él pertenecía a aquel

grupo selecto de personas, yo venía de ser parida y estudiada en aquel experimento de mezclas genéticas que eran las granjas de humanos.

—Veo que su fama es bien merecida.

—Gracias —aquello no me hizo sonrojarme, estaba tan acostumbrada a saber de mi hermosura que no me sorprendía que me lo dijera, había nacido para ser bella, al igual que todos mis hermanos.

—¿Con quién has venido?

—Con Set.

—Espero que vuelva a traerte, así podremos charlar más tranquilamente, ahora debo irme.

El muchacho se marchó, y me quedé sola un rato más.

De pronto empezó a oírse una música más alta, era la misma que ponían en el auditorio cuando la familia real iba a hacer algún anuncio. El himno de Rados. Me puse los zapatos y entré en la sala. Todo el mundo miraba hacia uno de los palcos del piso superior. Allí estaban, el rey y la reina, tal y como les había visto por las pantallas en alguna ocasión, saludaban con la mano a los presentes. En cuanto se sentaron todo el mundo continuó con la fiesta.

Tomé una copa más de vino, estaba riquísimo, me hacía sentirme etérea. A punto estuve de perder el equilibrio en varias ocasiones, aquellos zapatos eran una tortura. Pasé al lado de grupos de gente, y pensé en socializar un poco.

—Hola, qué tal, cómo se encuentran —fui diciendo mientras les sonreía y me balanceaba de un lado a otro.

Mi excursión no duró mucho, de pronto noté que una mano me cogía por el brazo. Era Set.

—Creo que por hoy ha sido suficiente, es hora de irnos.

—No, ahora que empezaba a pasármelo bien...

—Vera, vámonos, creo que has tomado demasiado vino.

—Tenías razón, es muy bueno, creo que debería llevarme una copa para el camino.

—Mejor no, mañana me lo agradecerás.

Aunque contrariada decidí irme con él, del resto del camino no me acuerdo de nada.

XIII

Desperté en una habitación desconocida arropada con una manta de pelo suave que envolvía mi cuerpo desnudo. ¿Desnuda? No recordaba cómo había llegado hasta allí, ni de haberme quitado la ropa. No sabía dónde estaba. Comencé a ponerme nerviosa y me senté en la cama tratando de unir los acontecimientos ocurridos el día anterior para saber qué había pasado.

Había un albornoz doblado sobre una mesa, me levanté y rápidamente me lo puse. Me quedaba enorme, pero era mejor que nada.

Miré por la ventana de la habitación. Me encontraba en un primer piso y podía ver un jardín con una verja de madera que lo rodeaba. Altos setos tapaban la visibilidad a los edificios colindantes.

Decidí salir de la habitación, pero al verme reflejada en uno de los espejos comprobé con horror que el maquillaje que tanto me había favorecido la noche anterior emborronaba toda mi cara. Unos pegotes negros se acumulaban bajo mis ojos dándome un aspecto siniestro. Por suerte la habitación tenía baño propio, así que me lavé la cara y con una toalla retiré los restos de pintura.

Después salí al pasillo, una suave música venía del piso de abajo, fui siguiéndola hasta que llegué a un salón, donde Set estaba sentado leyendo información de una pantalla.

—Buenos días ¿cómo te encuentras?

—Me duele un poco la cabeza, pero estoy bien.

—¿Quieres desayunar?

—Todavía no, tengo el estómago un poco revuelto.

—Esos son los efectos del alcohol, me parece increíble que hasta ayer no lo hubieses probado.

—Hay muchas cosas que no he probado —le dije retándole.

—Lo siento, muchas veces se me olvida de dónde vienes.

—¿Esta es tu casa?

—Sí, me mudé aquí cuando cumplí la mayoría de edad, hasta entonces vivía con mis padres.

Aquellas palabras me atravesaron, sus padres ¿aún creía que los que le habían criado eran sus padres? Él no había conocido a Nala ni a Sater, del que era el vivo retrato, esos sí que eran sus padres, y los que habían tenido un destino incierto. Ella que tanto había sufrido por no tener noticias suyas, y allí estaba sentado su hijo sin saber absolutamente nada de sus vidas.

—Eres afortunado por vivir en un sitio así.

—Lo sé, tardé mucho tiempo en encontrar la casa adecuada, pero aquí me siento a gusto.

—¿Quién me metió en la cama?

—Yo, no estabas en condiciones de hacerlo sola, y no me pareció apropiado dejarte en tu habitación.

Mi cara se encendió al pensar en ese momento.

—Tranquila, te metí en la cama con el vestido y te lo quité debajo de la manta, no creas que fue tarea fácil.

—Gracias... supongo.

—De nada. Ahora si quieres puedes darte un baño y después desayunar.

—Eres muy amable.

—Fui yo quien te dejó sola entre tantas copas, me siento un poco responsable por lo ocurrido.

—La culpa fue mía, debería haber parado cuando empecé a notar que me mareaba.

—Seguro que la próxima vez te controlarás más.

—No quiero que haya una próxima vez.

—¿Tan mal lo has pasado?

—No, no es eso, es sólo que...

—¿Qué? —preguntó sorprendido.

—Que esto no puede ser.

—¿Qué es lo que no puede ser? ¿Quieres hablar claro?

—No puedo ser tu acompañante en las fiestas.

Se puso serio.

—Explícate por favor.

—Yo no soy una de vosotros, fui creada para trabajar para el sistema, no para codearme con lo más alto de la sociedad de Rados.

—¿Hay alguna ley que prohíba eso?

—No, pero si hay unas jerarquías marcadas, y yo tengo claro en qué escalón estoy.

Set se levantó y se acercó a mí.

—Vera, eres bella, y además posees un don que muy pocas personas tienen y te hace imprescindible para el funcionamiento del país, si tú quisieras... —me cogió por la cintura y me acercó a él.

—¡No! ¡Para!

—¿Por qué Vera? ¿Por qué debo parar? Dos jóvenes como nosotros es normal que se sientan atraídos —acercó su boca buscando mis labios.

—¡Set! ¡No podemos hacer esto! ¡Somos hermanos!

Se separó de mí, pero en vez de encontrar una expresión de sorpresa en su rostro me encontré con una gran carcajada.

—¿De qué te ríes?

—De ti, tenías que haberte visto, te he hecho pasar un mal rato ¿verdad?

—¿Lo sabías? Tú lo sabías ¿verdad? —asintió, y la furia se apoderó de mí, le empuje contra el sofá, le salté encima y empecé a darle manotazos—. ¡Maldito seas! ¿Y todo este tiempo has estado jugando?

—Déjame explicarte, y ¡para!, no sabía que tuvieras tanta fuerza.

—¿Cómo has podido?

—Vera, mírame ¿me ves bien? —asentí—. Y ahora mira esto —me acercó una tableta en la que un hombre y una mujer sonrientes sostenían a un niño pequeño—, son mis padres.

Sus padres eran bajitos, ella de formas muy redondeadas. Los dos tenían el pelo negro y los ojos oscuros.

—¿Jugamos a las diferencias? —pregunté divertida.

—Como comprenderás no me llevó demasiado tiempo darme cuenta de que no tenía ni el

mínimo rasgo en común con ellos. Siempre me han tratado bien, no tengo nada que reprocharles, pero ni en gustos coincidíamos. Cuando fui creciendo empecé a hacer preguntas, siempre lo negaron, pero comencé a buscar información por mi cuenta.

Es increíble lo rápido que hacen borrar la información que no les interesa. No había nada que pudiera darme una pista. Hasta que vi tu informe antes de venir a trabajar a mi equipo. Tu foto me llamó la atención, nuestros rasgos coinciden bastante, pero no lo suficiente. No creí que tuviéramos parentesco, pero sí que yo venía de Silopos.

A partir de tu expediente accedí a la ficha de tus padres —calló por un momento, ahora no eran sólo mis padres de quienes hablábamos—. Nala me pareció hermosísima, en Ígrada nunca había visto una mujer así, y cuando vi la foto de Sater reconocí mi propia cara. Entonces investigué a todos los hijos, un total de 13, de doce podía conseguir los expedientes, pero uno había desaparecido completamente. Uniendo fechas era fácil saber qué había sido de aquel niño —me miró entristecido.

—Cuando te llevaron mamá lo pasó muy mal, papá la consoló diciéndole que llevarías mejor vida que el resto, creo que les habría gustado saber cómo eres ahora.

—Eso es imposible —se alejó de mi dándome la espalda.

—¿Por qué? Eres poderoso, podrías conseguir verles. Les conozco y jamás te molestarían, pero les resultaría muy gratificante ver en qué se ha convertido su hijo.

—No puede ser.

—¿No tienes curiosidad? ¿No quieres ver la cara de la mujer que te dio la vida? Ella está en un centro de descanso, no te resultará complicado encontrarla.

—Vera, eso es imposible —me miró, pero no fue capaz de hacerlo a los ojos.

—¿Por qué no eres capaz de sostenerme la mirada?

—Tengo miedo que veas cosas que no quiero que sepas.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Set, sabes algo ¿verdad? —asintió—. Debes decírmelo, para ti son simples animales que te han parido pero para mí son mis padres.

—Vera, no les veo como tú dices, pero eres la única familia biológica que tengo y no quiero hacer nada que pueda dañarte.

—No me tienes sólo a mí, hay otras cinco versiones de ti que han pasado por centros de reciclaje, desconozco su identidad actual, pero estoy segura de que les reconocerías, y seis de mí, lo único que nos diferencia es el color de ojos. Papá cometió una imprudencia, es posible que sea un nonen, pero seguro que sigue teniendo un porcentaje muy alto de humano. Deberías verle, es increíble, inteligente, cariñoso... —seguí hablando de lo maravillosa que era mi familia, hasta que me di cuenta de la expresión de tristeza que se había instalado en el rostro de mi hermano.

—Vera —paré de hablar en cuanto pronunció mi nombre— si te digo que eres la única familia biológica que me queda es porque es cierto.

Tardé un rato en descifrar sus palabras, luego me faltó el aire, noté que me temblaba todo el cuerpo, y a continuación emití el grito más salvaje que podía salir desde mis entrañas.

Me abrazó con fuerza, y aunque me incomodó su muestra de afecto no hice ademán de rechazarle.

—Lo siento, no quería que te enteraras así.

—¿Qué les han hecho? ¿Por qué?

—Será mejor que te calmes, te prepararé un baño y luego desayunaremos y hablaremos de todo.

Sumergí mi cuerpo en aquella enorme bañera llena de agua caliente y espuma, quería desconectar del mundo. Desde mi llegada a Ígrada habían pasado demasiadas cosas, estaba descubriendo que el sistema no era lo que yo creía o, mejor dicho, lo que me habían hecho creer, y todavía me quedaba enfrentarme a una realidad mucho más dura.

Set había hecho que trajeran a su casa un uniforme de mi talla, me vestí con él y bajé hacia la cocina. En la mesa estaban dispuestos zumos, todo tipo de fruta, diferentes tipos de pan y unos pequeños pastelitos de colores. No sentía hambre, pero sabía que el comedor de la residencia no iba a ofrecerme más tarde algo tan sabroso como aquello, así que me senté a desayunar.

—Estoy preparada para lo que me tengas que contarme.

—Antes de nada, quiero que me prometas que no dirás a nadie lo que vas a oír, eso nos pondría en grave peligro a los dos.

—Tienes mi palabra.

—Lo que vas a escuchar te va a doler.

—Hoy soy incapaz de sentir más dolor, adelante.

Suspiró antes de sentarse en la silla que había enfrente de la mía.

—El sistema de Rados no es tal y como tú lo conoces. A las granjas únicamente llega la información que al gobierno le interesa para seguir manteniendo el funcionamiento del país. Gracias al coris somos una nación intocable. Cualquier intento de acercamiento por cualquiera de nuestras fronteras ofrece al visitante una mortal bienvenida, son desintegrados al momento por los escudos protectores. Somos un país blindado, no sólo en cuanto a posibles ataques o invasiones, sino en cuanto información. Es imposible que en todo el territorio llegue una señal de comunicación del exterior, hay equipos que se dedican exclusivamente a eso.

Todo esto fue creado por las clases superiores de la jerarquía, siempre han disfrutado de una calidad de vida y unos privilegios que únicamente pueden permitirse sometiendo al resto, por eso nacieron las granjas. Sabedores de la necesidad de trabajadores especializados se dedicaron a estudiar mezclas genéticas que les dieran los especímenes que necesitaban. Unos tienen gran capacidad de trabajo, otros una inteligencia suprema, y otros una gran belleza, tratan de encontrar un patrón de perfección que les permita mejorar la especie.

El problema surge con todos los humanos nacidos en las granjas, el hombre piensa por sí mismo, y por eso se les facilita una información modificada sobre la realidad.

Los centros de reposo no existen, cuando el miembro de una granja deja de servirles le exterminan, y lo mismo pasa con los centros de reciclaje ¿Te has parado a pensar por qué no se vuelve a saber nada de quienes van allí? No pierden el tiempo en esas nuevas formaciones de las que hablan, simplemente se deshacen de las versiones que no les interesan para quedarse con una definitiva, la que sea más adecuada para cumplir con sus objetivos.

—¿Y todos esos vídeos que vemos de los centros de reposo? —pregunté disimulando la perturbación que me producían sus palabras.

—Películas, montajes perfectamente preparados para convertir una utopía en el sueño de todas las personas que han vivido encerradas tantos años. Promesas de libertad que no pueden cumplir. Una forma de tenerles tranquilos y motivados —mientras Set hablaba las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas—. Somos experimentos, y me incluyo porque yo también salí de allí, pero por suerte, o por desgracia, un matrimonio influyente no podía tener hijos, así que se encargaron de adquirir uno que se pareciera al ideal, no se conformaban con menos.

Dentro de Ígrada, aunque te parezca que se goza de más libertad, está todo perfectamente

estudiado, las emociones de los trabajadores, sus estados de ánimo... Se trata de que se sientan afortunados por estar aquí, y que tengan que luchar por conseguir algunos bienes materiales que anteriormente no podían ni soñar.

Los problemáticos, o los que se sospecha que pueden desarrollar ideas en contra del sistema son sustituidos de inmediato, el antecesor en tu puesto sufrió esa suerte —entonces recordé como había cortado la conversación Kío cuando me dijo que antes había alguien más trabajando con él —. Los vigilantes están programados para acabar con cualquiera que no siga las normas.

—¿Y qué pretenden con todo esto?

—Salvaguardar sus riquezas y su modo de vida. De esta manera no compiten con nadie y se aseguran el poder. Saben que sus hijos heredarán sus puestos, y que aunque no destaquen en su campo no pasará nada, porque tendrán a su servicio un equipo de expertos que lo hará todo.

—¿Y qué pasa contigo? Todos mis hermanos eran muy inteligentes.

—Y yo mostré desde temprana edad las mismas habilidades que ellos. Aunque sea adoptado, para el gobierno soy uno de ellos, por mi familia y por sus contactos, así que cuando llegó el momento de trabajar no tuve problema en ascender hasta hacerme con mi cargo actual.

—¿No sospechan de ti?

—Siempre les he servido, y jamás he hecho nada en contra de sus intereses.

—¿Y cómo te sientes sabiendo que formas parte de un grupo de asesinos? —le grité—. Ellos han acabado con tu familia ¿Eso no te importa?

—Más de lo que crees. Al principio yo os veía como ellos, como seres creados para servir, pero después me di cuenta de que mi destino podría haber sido uno de esos imaginarios centros de reciclaje, o una vida en una granja apareándome con diversas mujeres con un objetivo de hijos marcado. Entonces comencé a darme cuenta de que lo único que nos diferencia es que unos mandan y otros obedecen, en el resto somos todos iguales y deberíamos gozar de las mismas oportunidades, aunque luego el destino de cada uno fuera por un lado.

—¿Y no se puede hacer nada para cambiar todo esto?

—He pensado en ello, pero no resulta fácil encontrar soluciones que atraerían un cambio de vida para los que tienen todo. Ellos no harán nada que les perjudique, y el resto no sabe lo que pasa.

—¡Hay que hacer algo!

—Lo sé, e iremos hablando de ello. Ahora es mejor que te vayas, descansa, y el lunes nos veremos en el trabajo.

—¿Así de simple? ¿Me dices todo esto y me dices que me vaya?

—He tenido que pedir que te traigan ropa, saben que estás aquí, no quiero que investiguen sobre nosotros y que encuentren el vínculo existente.

Pensé que tenía razón, mandó que vinieran a recogerme para llevarme a la residencia, allí volví a llorar por el destino de mi familia, y sólo pensando en vengarles conseguí un poco de paz.

XIV

El domingo amanecí con un aviso en la pantalla de mi habitación, alguien deseaba verme, me recogerían a las diez de la mañana. Me vestí con uno de los trajes informales que había en el armario y me dirigí de nuevo a la zona de despegue.

El recorrido fue el mismo que había vivido dos días atrás, en pocos minutos me encontré en las puertas del palacio.

Quien salió a recibirme fue el mismo muchacho con el que había estado charlando en las escaleras de la terraza.

—Buenos días Vera.

—Buenos días, Vadir ¿verdad?

—Sí, tienes buena memoria —me ofreció su mano para bajar de la bala. Allí de pie junto a él pude comprobar que era bastante más alto que yo, y que a la luz del día su mirada era mucho más intensa.

—¿Has sido tú el que me ha hecho llamar?

—El mismo. Me he tomado la libertad de llamar a Set para preguntarle por ti, pensé que podías ser su pareja, pero me dijo que no había ningún problema en que nos viéramos —aquello me molestó ¿Qué intenciones llevaba aquel chico con esta visita?

—Pues tú dirás que quieres.

—Simplemente charlar, el otro día el anuncio de la llegada de los reyes interrumpió nuestra conversación. No tengo muchas oportunidades para hablar con gente de mi edad, espero que no te haya molestado.

—Simplemente me sorprende.

—Paseemos un rato, después si decides irte estás en tu derecho, no te obligaré a mi compañía si no la deseas.

Aquel chico me daba pena, parecía solitario, apenas habíamos pasado dos minutos charlando aquella noche y ahora buscaba mi conversación sin casi conocerme.

—Está bien, daremos un paseo.

—Estela me ha dicho que eres talladora de coris, debe ser un trabajo muy interesante, son pocas las personas que pueden hacerlo.

—No está mal, pero no te puedo hablar sobre ello, no estoy autorizada.

—Conmigo no tendrás problema en hablar de lo que quieras.

—¿Y por qué debería confiar en ti?

—Porque soy el príncipe Vadir, heredero del reino de Rados, y debo saber todo lo que pasa en mi territorio —me dijo orgulloso.

—Tú lo que eres es un prepotente y un engreído —me giré y caminé hacia la bala, había tenido bastante en los últimos días para soportar también aquello.

Vadir se quedó perplejo con mi contestación, pero no dijo nada, dio instrucciones para que la nave me llevara de vuelta a la residencia, donde permanecí el resto del día acurrucada en la cama, pensando en las consecuencias que podría traerme mi poco afortunada contestación a heredero del trono de Rados.

Comenzó una nueva jornada de trabajo. Abatida y desganaada tomé el transporte para dirigirme al área norte. Tras pasar todos los controles accedí al florido despacho de Lulú que estaba igual de sonriente que el resto de los días. Me acompañó a mi planta, donde me dejó con Kío, que había llegado minutos antes.

—Traes mala cara ¿te encuentras bien? —preguntó mi compañero.

—Estoy un poco cansada, estos días han sido un poco complicados.

—¿Quieres hablar de ello?

—Quizá más tarde, ahora pongámonos a trabajar.

—Lo que prefieras.

Me mostró la pantalla de pedidos para esa semana, no variaba demasiado de las anteriores, así que nos repartimos las tareas y comenzamos a tallar. Una vez terminado un pedido se metía en uno de los cofres de protección, se precintaba y se marcaba con el código correspondiente, que serviría para seguir la pieza hasta su lugar de destino y después para almacenar los datos de su utilización. Todo estaba perfectamente estructurado para que ningún coris se perdiera o no llegara al sitio correcto.

A media mañana Lulú vino a buscarme, Set quería verme.

Cuando llegué al último piso le encontré sentado en su escritorio, bastante serio, lo que me hizo saludarle con la formalidad que debe un empleado a su jefe. Me pidió que me sentara y comenzó a hablar.

—He recibido información que no te deja en muy buen lugar.

—¿A qué te refieres?

—Creo que has sido bastante insolente con el príncipe Vadir.

—Tú has sido el insolente, que le has dado vía libre para que me hiciera llamar. ¿Qué pretendíais? ¿Qué me aparease con él?

—Nadie te pidió tal cosa, simplemente se interesó por ti y creí que te beneficiaría tener una amistad así.

—¿Beneficiarme? ¿En qué sentido?

—Vera, en Ígrada todo se mueve por relaciones, cuantos más contactos tengas mejor, y si al heredero le gustas se te abrirán muchas puertas.

—¿Para qué? ¿Para codearme con la élite de los asesinos? ¿Crees que es eso lo que quiero? Claro, podría acudir a fiestas en las que estén presentes quienes mandaron matar a mis padres y a mis hermanos, sonreírles y ser amables con ellos, en eso podrías ayudarme ¿Verdad Set? A ti se te da de maravilla.

—No eres justa conmigo, el otro día hablamos sobre esto, y sabes que si pudiera cambiaría las cosas —me dijo visiblemente irritado.

—Pero no se trata de si pudieras, hay que intentarlo, hay que pensar en la manera de cambiar este sistema. Mientras las cosas sigan así morirán miles de humanos cada año porque no se adaptan a lo que el gobierno quiere. ¿Y te has fijado en cuantos nonen hay? Nos superan más de cien veces en número.

—Pensaré en ello, te prometo que lo haré.

—Pues hazlo, y rápido, cuanto más tiempo perdamos más gente morirá.

—Te he dicho que me pondré con ello, mientras tanto tú podrías intentar ser más amable con Vadir, esta vez he conseguido que pensara que estabas nerviosa por su presencia, pero contestaciones como la que le diste pueden traerte consecuencias desagradables, y ahora que te conozco no me gustaría perderte —aquello me descolocó, volvía a importarle a alguien, aún no nos conocíamos bien, pero sabía que podía contar con él para cualquier cosa.

Cuando volví a mi planta Kío me miró extrañado.

—¿Sales con ese tipo?

—¿Con quién?

—Con Set, ¿con quién va a ser? El otro día te lleva a una fiesta, hoy te hace llamar a su despacho, estás jugando con fuego ¿lo sabes?

—Es algo meramente profesional, no hay nada entre nosotros.

—Vera, ten cuidado, no sabes cómo se las gastan los de la cúpula.

—Empiezo a saber cosas, y a conocer su forma de actuar.

—Por eso mismo deberías tener cuidado. Deberías salir con los de tu clase, olvídate de los demás.

—Gracias por preocuparte Kío, pero no pasa nada.

—Hoy te invito a cenar, saldremos por la zona de ocio y te presentaré a gente, así comenzarás a hacer una vida social adecuada.

—¿Sabes que odio que me digan lo que tengo que hacer?

—Yo también —se rio—, pero es divertido dar órdenes.

XV

Salí aquella noche con Kío, fuimos a uno de los restaurantes de la zona de ocio. Tenían multitud de platos expuestos en vitrinas y podías elegir los que te apetecían. Seguí sus sugerencias y con mi bandeja repleta de un surtido de alimentos nos dirigimos a una mesa.

—Esto es carne de Kur marinada, está exquisita. Y esto pastel relleno de verduras, en este sitio lo preparan muy bien. Seguro que entre todos los platos encuentras alguno que te guste.

—La verdad es que todo es muy apetecible, creo que no me levantaré de aquí hasta haberlo terminado todo.

—Eso nos llevará unas horas.

—Yo no tengo prisa.

—Yo tampoco.

—Pues comamos y charlemos, que a pesar de pasar la mayor parte del día juntos casi no sé nada de ti.

—¿Qué quieres saber?

—¿De qué granja vienes?

—De Crom. Está situada al sur del país.

—¿Qué versión eres?

—No soy una versión —me miró para ver el efecto que producían en mí sus palabras.

—No te entiendo.

—Soy hijo de una criadora, pero mi padre no pertenecía a la granja.

—¿Cómo es posible eso? —era la primera vez que oía algo similar.

—Mi madre tenía la piel oscura, los ojos grandes y negros, el cabello ensortijado —señaló el suyo— y unas largas piernas con una estructura perfecta. Era lo que llaman un espécimen exótico. En Crom muchos lo eran. Era una gran bailarina, le gustaba amenizar las tardes en la habitación comunitaria, y nos enseñaba a los pequeños a seguir sus pasos, aquello era divertido.

—¿Os lo permitían los vigilantes?

—Al principio no había problema, mientras estábamos entretenidos con aquello no pensábamos en otras cosas. La formación en aquella granja iba más orientada a lo artístico que a otra cosa, así que lo veían como una parte de nuestra vida. De allí han salido muchos de los actores que aparecen en los videos y películas que emite la cadena estatal, con algunos de ellos he compartido juegos desde niño.

Cada cambio de estación se organizaba un pequeño festival, en el que los pequeños mostraban las habilidades adquiridas, y los mayores ejecutaban piezas más complicadas. Estas actuaciones eran seguidas por los vigilantes, que grababan cada número y lo enviaban a selección.

Alguien debió ver aquellas actuaciones y se encaprichó con mi madre, ella sabía moverse y

captar la atención del público, parece que aquella energía cautivó a alguien al otro lado de la pantalla.

—¿Y qué pasó?

—Una bala la recogió un día, no sé a dónde la llevaron, nadie en la granja supo decírmelo. Pero a los pocos días su test dio positivo.

—Entonces ¿no sabes quién es tu padre?

—No, jamás me lo dijo, creyó que estaría más seguro si guardaba el secreto.

—¿Qué fue de ella?

—Aquella bala continuó viniendo para llevársela, no sé a dónde, ni con quien se encontraba. En una ocasión no volvió, yo tenía 14 años, nadie me explicó nada.

—¿Te quedaste solo?

—Otras criadoras se ocuparon de mí, pero sí, me sentía solo, el resto de los hijos de mi madre y yo no teníamos mucho en común, así que me pasaba las horas buscando trozos de madera para tallar y arcilla para moldear.

—Yo hacía lo mismo —le sonreí— aunque con mis hermanos me llevaba muy bien.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Aún no lo sé, no seguía la formación con el resto de los niños, mis puntuaciones no aparecían en la tabla, pero un día vinieron a buscarme y me trajeron a Ígrada. No hice preguntas, me sentí afortunado.

—Vaya, pues sí que tienes una historia curiosa.

—Lo es, por eso prefiero no intentar indagar, creo que encontraría cosas que no me gustarían.

—Nunca se sabe.

—Y tú ¿qué hay de la bella Vera?

Le conté mi vida en la granja, le hablé de mis padres y mis hermanos, de cómo me habían hecho la prueba con el coris y cómo había llegado allí. No le hablé de Set, ni de Vadir, ni de todas las cosas de las que me había enterado en esos días. Por el momento preferí guardarme para mí toda aquella información.

Tras la cena fuimos a una sala de baile, y efectivamente Kío tenía una genética estupenda para aquello. Bailó conmigo, solo, y con algunas de las chicas que allí estaban, se le veía disfrutar.

Aquella sala también estaba vigilada, cada movimiento que hacíamos quedaba registrado, de forma que se sabía con quién salíamos y con quien conversábamos, aquello empezaba a resultar asfixiante.

Charlé con algunas personas que me presentó mi compañero, pero ninguna conversación pasó de lo meramente formal, todos vivían con miedo a decir más de la cuenta, nunca se sabía si tu interlocutor era de fiar o no iba a tardar en dar parte de la conversación mantenida. Me dieron ganas de irme de allí.

Hice una señal a Kío para indicarle que me iba, pensé que se quedaría bailando, pero enseguida vino a donde yo estaba.

—¿Quieres irte?

—Sí, estoy cansada.

—Bien, deja que me despida —miró hacia una chica morena que había dejado en la pista—. Vuelvo en un momento.

Salimos en dirección a la residencia, la temperatura era agradable así que fuimos tranquilamente dando un paseo.

—¿Era tu novia?

—¿Quién Isatis?

—La morena con la que bailabas.

—No, no lo es, ese es un campo en el que prefiero no volver a meterme —metió la mano en los bolsillos de sus pantalones y guardó silencio.

—¿Me lo vas a contar?

—No es nada interesante, chico conoce a chica, la relación no es posible y se termina.

—Pues parece que te resulta doloroso recordarlo.

—No es por ella, ya lo tengo superado, es por todo, por cómo estamos obligados a actuar.

Por primera vez Kío daba muestras de estar disconforme con el sistema.

—Si quieres hablar de ello adelante, sino no te preguntaré más —se lo pensó un rato, después comenzó a contarme lo ocurrido.

—Conocí a Greta al poco de llegar a Ígrada, enseguida congeniamos. Era alegre, divertida, y nos gustaban las mismas cosas. Empezamos a quedar a menudo, unas veces con otros grupos, pero la mayoría solos. Pasábamos horas charlando, contándonos cosas de la infancia y de nuestra nueva vida en la ciudad. Nos enamoramos, y ahí comenzaron los problemas.

—¿Qué problemas?

—Comenzamos a tener relaciones, sabes que está permitido, a las chicas os esterilizan para que no podáis engendrar y ese fue el problema. Al principio ella no decía nada, pero empecé a notarla triste y decaída. Un día me dijo que era absurdo iniciar una relación, que jamás seríamos una familia porque ella no podría tener hijos nunca.

Le dije que eso no me importaba, que nos teníamos el uno al otro y era suficiente. Pero ella quería lo que tienen los de la cúpula, una familia, y eso no podía ser.

Pensé que se le pasaría con el tiempo, pero cada vez iba todo peor.

Además, trabajaba en el centro de comunicaciones, donde neutralizan las señales de los telecomunicaciones de otros países, y estoy seguro de que veía en aquellas pantallas cosas que deseaba.

Empezó a hablarme de escapar de Rados, de que alguna manera habría para conseguirlo.

—Y se metió en problemas...

—No, solamente dejó de hablar, un día por su boca dejaron de salir palabras, y poco a poco fue alejándose de mí. Creo que me evitaba, estar conmigo le resultaba demasiado duro, tenía una lucha interior mucho más fuerte que sus sentimientos hacia mí,

—Lo siento, debió ser muy difícil.

—Lo fue, por un lado aquello me hizo pensar en la existencia que llevábamos, en que realmente no llegamos a decidir nunca sobre nuestra vida, sino que lo tenemos todo marcado. Por otra parte tuve que ver como ella se destruía, y aquello me hundió. Traté de ayudarla pero no pude, lo intenté con todas mis fuerzas, pero todo fue en vano —se llevó las manos a la cara.

—¿Ahora estás bien?

—Tengo días en los que me apetece saltarme las normas, que me conviertan en un nonen y programen mi cerebro, así podré olvidar las cosas que sé, así no sentiré todo lo que está pasando.

—A veces pienso en lo mismo.

Nos miramos durante un instante y seguimos andando, en silencio. Kío sentía lo mismo que yo, aquella vida no merecía la pena ¿Cuántos más pensarían como nosotros?

XVI

Pasados los días volví a recibir una invitación para una fiesta en palacio, parecía que Set estaba empeñado en pasearme entre aquella gente a la que yo no soportaba. Lulú me envió de nuevo el vestuario que debía llevar, y yo volví a llamar a Lea para que me ayudara con el maquillaje.

—Vaya, estás muy cotizada. En todo el tiempo que llevo aquí jamás me han invitado a una de esas fiestas elegantes —me dijo con un poco de envidia.

—Créeme si te digo que prefería quedarme entre estas cuatro paredes el resto del día.

—Seguro que allí conocerás a mucha gente importante, no debes dejar pasar estas oportunidades.

—¿Crees de verdad que son oportunidades? No dejaré de ser una humana de granja, jamás seré como ellos.

—Ten claro que si eres invitada es por alguna razón, no dejan entrar en su círculo a nadie que no les interese.

—¿Y qué pueden querer de mí?

—No lo sé, pero algo me dice que no tardarás en conocer el motivo.

Me miré en el espejo. En esta ocasión el vestido era de color azul, también largo, pero la falda no tenía el volumen de la anterior, sino que se ceñía a mi cuerpo como una segunda piel. Lea había recogido mi melena dorada en unas trenzas que había sujetado en la parte superior de la cabeza.

—Me gusta, muchas gracias por tu ayuda Lea.

—De nada, te ayudaré a arreglarte siempre que lo necesites, me gusta ver estos maravillosos vestidos que te envían —tras deleitarse observando el resultado de su obra me acompañó a la puerta y nos despedimos.

El recorrido ya me resultaba familiar, así que dediqué mi tiempo a pensar en lo que me encontraría en aquella nueva fiesta ¿Vería a Vadir? ¿Cómo debía comportarme con él?

A mi llegada fue de nuevo Set quien me recibió.

—El vestido es maravilloso, tengo que darle las gracias a Lulú por esmerarse tanto.

—¿Los elige ella?

—Sí, aunque te parezca un poco estrafalaria tiene un gran gusto, además te sienta muy bien.

—Gracias.

—¿Preparada?

—La verdad es que no, la última vez que estuve aquí no fue muy agradable.

—Todo eso está olvidado, el príncipe está deseando verte.

—¿Por qué yo?

—¿Has visto alguna joven más hermosa que tú en todo Ígrada?

—Pero no debería fijarse sólo en el físico.

—Es lo primero que llama la atención, el resto viene solo, o no viene, nunca se sabe —me ofreció su brazo y caminamos hacia el edificio.

Estela estaba esperándonos en la entrada.

—Set, y la preciosa Vera, que alegría volver a teneros con nosotros. La reunión ya ha comenzado —dijo dirigiéndose a mi hermano—. Es en la sala azul. Vera, tu puedes venir conmigo, te mostraré el palacio hasta que lleguen los demás.

En vez de entrar en la gran sala donde se celebraban los eventos me condujo por uno de los pasillos laterales.

—Esta es la sala de lectura —me dijo mientras abría la puerta de un salón cuyas paredes contenían varias pantallas, pero lo que más me llamó la atención fueron las estanterías repletas de una especie de ladrillos cubiertos con piel de colores. Estela me vio observarlos—. Son libros antiguos. Antes de que se desarrollara la tecnología que conocemos se escribía todo en papel.

—No lo sabía.

—Sólo la familia real tiene acceso a esos escritos, son muy valiosos —cerró la puerta de aquella sala y seguimos andando.

Me mostró los comedores privados, las habitaciones de invitados, una gran habitación con todo tipo de maquinaria para hacer deporte y su despacho, al que podía acceder directamente desde su habitación.

—No sabía que vivieras aquí.

—Por mis funciones tengo que estar disponible en todo momento, así que decidieron que lo mejor era que me instalara en palacio. Además de organizar las fiestas me encargo de que todo esté preparado para las visitas, y de que el servicio realice su trabajo perfectamente.

—Vaya, debes estar muy ocupada.

—Lo estoy, pero esto me gusta —dijo quitándole importancia al asunto.

—¿Y no preferirías vivir en tu propia casa con tu familia?

—Yo no tengo familia Vera, soy igual que tú, vengo de una granja.

Su declaración me sorprendió. En todo momento había creído que Estela formaba parte de alguna de aquellas familias. Su forma de hablar, la familiaridad con la que trataba a los invitados me hizo pensar que era una de ellos.

—No pareces una de nosotros.

—No hay diferencias jovencita, las diferencias son las que nosotros queremos crearnos.

Aquello me hizo pensar, quizá había sacado las cosas de contexto y no era todo tan malo dentro de aquel sistema. La gente tenía oportunidades de verdad, sólo había que ver a Estela.

Subimos una planta, y nos paramos delante de una gran puerta. Ella golpeó con los nudillos y luego abrió.

—Buenas tardes alteza, ha llegado su visita.

Me hizo pasar, allí estaba Vadir, sentado tras un gran escritorio de madera. Con un movimiento de cabeza indicó a mi acompañante que podía retirarse, y dejarnos solos.

—Hola Vera, volvemos a vernos —me dijo de forma seria, aunque no parecía enfadado.

—Hola, siento mucho lo ocurrido el otro día.

—Eso ya lo he olvidado —se levantó y se dirigió a un sofá de tonalidades tierra—. Siéntate por favor.

—No sé si este vestido me lo permitirá —dije intentando buscar una postura que me dejara respirar dentro de aquella tela.

—Parece que nos encontros siempre tienen en común alguna pieza incómoda de tu vestuario, primero los zapatos y ahora el vestido —me dijo divertido.

—No estoy acostumbrada a llevar esto.

—Lo mismo me dijiste la otra vez —me miraba embelesado.

—Bueno, pues aquí me tienes ¿De qué quieres que hablemos?

—Háblame de ti, de qué cosas te gustan.

—Vengo de la granja de Silopos —me dispuse a soltarse la misma historia que había contado una y otra vez en las últimas semanas a un montón de personas.

—Lo sé, sé de dónde vienes, en donde vives, en qué trabajas, todo eso no me ha resultado difícil averiguarlo. Lo que yo quiero saber es quien es Vera, qué piensa, qué le gusta, qué hace que te relajes y qué te resulta insoportable.

—Son muchas cosas, y necesito algo más de confianza para hablar de ellas.

—Tienes razón, quizá vaya demasiado deprisa. Si te parece hablaremos de mí, así me conocerás un poco más.

Se levantó y sacó de uno de los cajones de su escritorio una pequeña pantalla que me ofreció.

—Este es mi álbum, ahí están guardadas mis mejores fotos desde que nací —empezó a mostrarme imágenes—. Aquí estoy yo cuando comencé a andar, aquí en el cumpleaños de mi padre, en esta estoy nadando en la piscina, y en esta... —me mostró cientos de imágenes diferentes, pero todas tenían algo en común.

—Vadir ¿Por qué todas estas imágenes están hechas dentro del recinto del palacio?

—Pensé que lo sabías. Ningún miembro de la familia real sale jamás de aquí.

—¿Y por qué? —aquello me extrañó, los que más libertad tenían para elegir estaban encerrados entre aquellos muros.

—Por seguridad. No necesitamos movernos de aquí para saber todo lo que pasa en Rados, toda la información que necesitamos llega al momento, perfectamente clasificada para que vayamos a los asuntos que nos interesan. Además, recibimos grabaciones de las granjas, las minas y los centros de producción, así podemos controlar todo lo que ocurre. El gobierno está dividido por sectores, y cada gobernador se encarga de mantenernos informados ante cualquier eventualidad.

—¿Y qué pasaría si los gobernadores os filtraran la información y sólo os hicieran llegar lo que les interesa?

—Eso nunca ha ocurrido, el sistema está diseñado de forma que no pueda haber ninguna fisura en el mismo.

—Pareces muy convencido.

—Dime algo que no funcione bien.

Podría haberle dicho que su sistema era una patraña, que el asesinar a gente y obligarla a seguir rígidas normas no era vida, que ninguno de los que estábamos en escalones más bajos de la jerarquía éramos felices, pero supe que tenía que callarme.

—No lo decía porque ponga en entredicho el sistema, simplemente me parece admirable que confíes tanto en tus gobernadores.

—De momento sigo el camino de mi padre, el día que me toque reinar puede que retoque algunas cosas del régimen. Si queremos avanzar debemos adelantarnos al futuro.

—¿Cuándo reinarás?

—El día en que nazca mi primer hijo seré nombrado Rey de Rados.

—¿Y qué harán tus padres entonces?

—Podrán quedarse en palacio, o si lo prefieren podrán ir a uno de esos fantásticos centros de reposo.

Aquello me dejó fría. Vadir podía ser un príncipe, y el heredero del país, pero no tenía ni idea de lo que pasaba fuera de las fronteras de palacio.

La conversación terminó con el aviso de Estela. Ya habían llegado el resto de los invitados, por lo que me despedí de Vadir y la acompañe hasta la gran sala de festejos. Set ya estaba allí, hablando con un grupo de personas.

—Hola Vera, espero que no te hayas aburrido en mi ausencia —dijo nada más verme.

—Estela ha sido muy amable y me ha mostrado algunas habitaciones del palacio.

—Bien, es una excelente guía. Te voy a presentar a Jazel y Abamel, gobernadores de las zonas 3 y 5 de Rados.

—Encantada de conocerles.

—Igualmente —me contestaron al unísono.

—Es agradable ver que el trabajo en mi zona se realiza convenientemente, sólo hay que ver los resultados —dijo Jazel, conocedor de mi procedencia de una de las granjas de su territorio.

Set pasó su mano por mi cintura ejerciendo una ligera presión como avisándome de que no contestara a aquello.

—Si me permiten me llevo a mi acompañante, aún debo presentarle a algunos invitados —me alejó de allí.

—Me siento como un modelo de exhibición —le dije en voz baja mientras nos íbamos hacia otro lado de la sala.

—Son gobernadores, siempre tienen que dejar su huella de supremacía, no les hagas caso.

—Para ti es fácil decirlo, pero yo me siento observada.

—Sólo estaba presumiendo delante de Abamel, para él es una victoria que estés aquí.

—¿Por qué?

—¿Aún no lo has entendido Vera?

—¿Quieres hablarme claro de una vez? ¿Qué es lo que tengo que entender? —me di cuenta de que había elevado un poco la voz cuando los que se encontraban a nuestro alrededor se quedaron mirándonos.

—Vamos a un sitio más tranquilo —me cogió por el brazo y me llevó a la misma terraza donde había conocido a Vadir.

—Ya estamos solos ¿Me lo vas a contar? ¿O seguiremos con secretos?

—La primera vez que estuviste aquí no fue por casualidad. Yo quería estar contigo, tener un tiempo para conocernos antes de decirte que conocía el parentesco existente entre nosotros. Aquella mañana, en mi despacho supe que tú lo descubriste nada más verme, pero sabía que eso podía pasar, yo había podido comprobar los parecidos en las fotos de los informes.

Como no dijiste nada decidí dejar los días pasar, para ver cómo te comportabas.

—Querías saber si era de confianza.

—Sí, no nos hemos criado juntos, y no sabía con qué ideas llegabas de la granja.

—Lo entiendo.

—Cuando recibí la invitación a palacio no me extrañó, suelo acudir a casi todas las fiestas que celebran. Lo que me pareció raro es que me pidieran que viniera acompañado, y elegantemente sugirieran quien debía ser mi acompañante.

—¿Yo? Sigo sin entender qué interés tienen en mí.

—Al principio tampoco yo lo entendía, pero repasé tu informe varias veces, algo estaba pasando por alto y no sabía que era.

—¿Y lo encontraste?

—Sí, y después de que Vadir te hiciera llamar lo tuve más claro.

—¿Qué es? ¿Qué es lo que quieren?

—Vera, no estás esterilizada.

Mi cara cambió entonces, empecé a darme cuenta de cosas. Todo casaba.

—¿Pretenden que sea una criadora para el príncipe?

—No, pretenden que seas su esposa.

Todo comenzó a dar vueltas, me faltaba el aire, mi hermano me sujetó y me llevó hacia la escalera donde me ayudó a sentarme.

—Esos hombres que te he presentado —continuó diciéndome—, no sólo se encargan del funcionamiento de sus zonas, sino que entre todos determinan el funcionamiento de todo el país. Ahí también entra la Casa Real.

—Set, he estado con Vadir, me estuvo enseñando fotos de su infancia. Todas estaban hechas en este entorno. Me dijo que nunca salían del recinto de palacio.

—Es cierto.

—Y que toda la información la recibían por medio de los gobernadores. Él hablaba de los centros de reposo igual que yo lo hacía hace unos días, no sabe la verdad.

—Eso confirma mis sospechas —noté un tono de preocupación en su voz—. Creo que existe una conspiración por parte de algunos miembros del gobierno para hacerse con el control total de Rados. Si eliminan el poder de la Casa Real podrán hacer y deshacer a su antojo todo tipo de normas.

—Eso no puede pasar. Ya vivimos bajo un control muy estricto ¿A dónde piensan llegar?

—No lo sé, pero debemos impedir que eso pase.

Volvimos a la gran sala, donde permanecimos hasta que llegaron los reyes. En esta ocasión el príncipe se encontraba con ellos en el balcón, me buscó entre la gente y me dedicó una gran sonrisa. Se la devolví, con todo lo que había descubierto esa noche sentía que él también era un actor dentro de aquel gran guión que habían escrito los miembros del gobierno.

Pocos minutos después Set me conducía a su casa. Allí comenzamos a hablar, a proponer ideas, a pensar en una manera de desbaratar aquel sistema impuesto que estaba a punto de volverse más férreo. Sabíamos lo que nos estábamos jugando, pero si no nos arriesgábamos no podríamos soñar con un futuro mejor. Repasamos los expedientes de varios de los trabajadores del edificio, desecharnos algunos y fuimos apartando otros, necesitábamos mucha ayuda para conseguir aquello que nos habíamos propuesto.

No me quedé a dormir, dentro de nuestro plan no tenía cabida el levantar sospechas sobre la naturaleza de nuestra relación, debíamos ser cautos.

XVII

Mi primer objetivo fue Kío, aunque no sabía bien como tratar el tema con él. Conociendo su pasado, y su relación con Greta podía estar equivocándome al proponerle un cambio. Comencé a tantearle en cuanto llegó al trabajo.

—Si estuviera en tu mano cambiar las cosas ¿lo harías?

—Me paso el día cambiando cosas, convierto estos Coris en piedras con tallas perfectas — bromeó.

—Kío, me refiero al sistema, si pudieras cambiar algo ¿intentarías hacerlo? Me miró fijamente.

—Vera, no es el lugar ni el momento para hablar de esto. Pueden estar vigilándonos. Pongámonos a trabajar.

Le hice caso, puede que mi entrada hubiese sido un poco brusca, pero no teníamos demasiado tiempo.

Ese día adelantamos varios pedidos, porque apenas nos dirigimos la palabra. Intenté que nuestras miradas se encontraran en alguna ocasión, pero no fue posible, él observaba a través del microscopio constantemente, como si yo no estuviera allí.

A medio día recibí un mensaje de Vadir, me pedía que nos encontráramos a la hora del almuerzo. Calculé el tiempo que tenía, no era demasiado, pero me apetecía verle, me daba pena que no pudiera salir al exterior para relacionarse con más humanos. Mi opinión sobre él había cambiado a mejor tras nuestra última contestación. Le contesté que sí asistiría y mandó un vigilante con una bala a recogerme. Cuando llegué me recibió efusivamente.

—Querida Vera, no sabes cuánto me alegra verte, pensaba que no tendrías tiempo para acercarte —iba vestido de una forma mucho más informal que en nuestros anteriores encuentros, lo que le hacía parecer más joven, pero también más cercano.

—Y no lo tengo, en breve tendré que estar de vuelta.

—Ven, he pedido que nos preparasen un picnic en el jardín, así charlaremos mientras comemos y estarás de vuelta antes de lo que crees.

—Eres muy amable —le sonreí con sinceridad.

Nos sentamos sobre la hierba, frente a nosotros un mantel con fuentes de frutas cortadas, canapés y mini bocadillos.

—Espero que sea de tu agrado.

—Lo será, no te preocupes —y cogí un trozo de fruta para llevármelo a la boca.

—Quería hablar contigo de algo, sé que hoy no tenemos demasiado tiempo, pero me gustaría que pensases en ello.

—Tú dirás.

—Cumplí la mayoría de edad hace ya casi un año, y la ley de Rados me exige que a partir de

ahí comience a buscar esposa.

—Verás, yo...

—Déjame que termine, no quiero que te lleves una impresión equivocada —me interrumpió—. He quedado con alguna chica, hijas de buenas familias de Ígrada, pero ninguna me atraía. Por eso mi padre solicitó a los gobernadores que propusieran a alguna muchacha de sus granjas. Alguna de las que estabais propuestas para criadoras también formabais parte del plan B, yo podría elegir entre vosotras. La idea no me gustó, creo que no se pueden forzar las cosas, pero cuando te conocí me sentí bien contigo. Eres hermosa, eso ya lo sabes, pero hay algo en ti que hace que quiera conocerte más.

—¿Y las demás chicas?

—Fueron viniendo a fiestas, pero nunca me las presentaron como posibles pretendientas. Nunca me fijé en ninguna, porque ni me enteré cuando pasaron por aquí.

—¿Cómo nos eligieron?

—Mediante test de compatibilidad genética.

—¿No! Como en las granjas ¿Acaso no tiene límite vuestra necesidad de jugar a ser dioses?

—Yo no tengo nada que ver con eso, a mí tampoco me gustó cuando me lo contaron. Incluso tuve una fuerte discusión con mi padre. Pero apareciste tú, y la verdad —se sonrojó— me apetece seguir conociéndote.

—¿Y qué pretendes? ¿Qué venga todos los días a almorzar contigo?

—No, sólo que nos vayamos viendo, cuando quieras. Si te gusto y te gusta estar conmigo estupendo, si no es así aceptaré que dejes de venir y no te molestaré más.

—Creo que es un trato justo.

—¿Eso es un sí?

—Sí

—¿Bien! —su cara se iluminó— entonces comamos, o llegarás tarde al trabajo.

Cuando volví a la planta de trabajo Kío no estaba, pensé que había encontrado alguna excusa para irse y no tener que cruzarse conmigo. Me equivoqué, llegó al cabo de un rato, y vino directo hacia mí.

—No hagas planes para esta noche, cenaremos juntos.

—De acuerdo —no pude evitar esbozar una gran sonrisa, él movió la cabeza como arrepintiéndose de su decisión y se puso a trabajar.

Me llevó al mismo restaurante de la última vez, parecía que a mi compañero le encantaban aquellos platos porque disfrutaba seleccionando en las vitrinas lo que poner en su bandeja.

En esta ocasión nos sentamos en una mesa un poco más apartada.

—Bueno, ya puedes hablar —me dijo mientras sacaba los cubiertos de su bolsa esterilizada y los ponía a ambos lados de la bandeja.

—Kío, desde que llegué a Ígrada he descubierto muchas cosas. Y la mayoría no me gustan.

—Bienvenida al mundo real.

—Me refiero a que el sistema nos mantiene engañados, sólo para satisfacer sus intereses.

—¿Y eso te parece algo nuevo? —parecía mostrar menos sorpresa por mis palabras que por el contenido de su plato.

—Si te dijera que los centros de reposo y los de reciclaje no existen ¿qué me dirías?

—Que ya lo sabía.

—¿Lo sabías? ¿Desde cuándo? —me sentí molesta por su confesión, si lo sabía ¿por qué no me lo había contado?

—Vera, te dije que Greta trabajaba en un centro de comunicaciones. Ella sabía muchas cosas, y aunque no me las contara todas cuando empezó su depresión necesitaba hablar de algunas. Ese fue uno de los secretos que me dijo.

—¿Y te quedas tan tranquilo?

—¿Qué quieres que haga? ¿Qué me ponga a dar gritos hasta que vengan a detenerme? Mira, no me permiten tener una familia, no puedo elegir la casa en la que quiero vivir, me gasto todos los mos que obtengo por mi trabajo en venir a cenar a alguno de estos restaurantes, porque al menos aquí puedo decidir ¿Te parece que estoy tranquilo? Pues no, no me gusta la vida que llevo, no me gusta no saber qué ha pasado con mi madre. Odio todas y cada una de las cosas de este sistema, pero al igual que tú, aún no odio tanto mi vida como para cometer alguna imprudencia que les permita quitarme de en medio.

—Kío, lo que tengo que proponerte implica riesgo, pero si no nos arriesgamos esto seguirá así, o peor.

—No puede ser peor.

—Si te dijera que el príncipe Vadir no tiene ni idea de lo que está pasando en el país...

—¿Cómo sabes eso?

—Nos hemos hecho amigos.

—Vera ¿sabes dónde te estás metiendo? Eres increíblemente atractiva, seguro que se habrá encaprichado contigo, pero en cuanto consiga lo que quiere de ti hará que desaparezcas, y buscará a alguna muchacha de la cúpula que pueda darle hijos y garantizarle la corona.

—Hay algo que aún no te he dicho.

—¿Y qué es?

—No estoy esterilizada.

Me miró con asombro durante un rato, intentó tomar otro bocado pero no pudo.

—¿Me quieres decir que han buscado en una granja a la que puede llegar a ser la reina de Rados?

—No salgo con él, sólo somos amigos, y sí, parece que el plan era ese, pero si te paras a pensar todo cuadra. Si él se casa con una de nuestra clase tendrán un buen motivo para desarmar la Casa Real. Me acusarán de cualquier cosa y pondrán a todo el pueblo contra ellos, así será más fácil hacerse con todo el poder.

—¿Y por qué no lo hacen ya?

—Porque todos respetan al rey y a la reina, a ellos no pueden enviarles a un centro de reposo sin que nadie vuelva a preguntar por ellos.

—Lo que me cuentas no tiene sentido.

—Lo tiene, piensa un poco. El gobierno filtra la información que llega a la Casa Real, ellos no saben lo que está pasando, pero como las cosas siguen funcionando creen en quienes están al mando. Mientras el rey no lo ordene las normas no se cambiarán, así que todo seguirá igual, y eso les dará tiempo para ejecutar sus planes.

—Yo creo que si el príncipe toma como esposa a una chica de una granja ganará puntos frente a toda la clase trabajadora.

—Pienso lo mismo, ahí está el punto débil de su plan.

—¿Vas a casarte con él sólo para conseguir un cambio en el gobierno?

—No he hablado de casarme. Le gusto, lo sé, pero no hay nada más. Pero mientras estén entretenidos vigilando nuestra relación tendremos tiempo para actuar por otra parte.

—¿Y cuál es esa otra parte?

—Te lo diremos mañana.

—¿Quiénes?

—Ten paciencia, en breve lo sabrás todo.

Me fui a la cama satisfecha por cómo habían ido las cosas, al día siguiente comenzaríamos a planear la destrucción del actual gobierno y la creación de un nuevo sistema, más justo para todos los miembros de Rados.

XVIII

Nos reunimos en el despacho de Set. Él había hablado con Lea, siempre había sido de su confianza, por eso la había nombrado mi responsable cuando llegué a Ígrada.

Lulú revoloteaba alrededor de la mesa de reuniones, debíamos esperar a que se marchara, así que tratamos varios temas sobre los pedidos de coris.

Al rato se disculpó diciendo que tenía que atender algunos asuntos pendientes, y nos dejó a solas.

Set comenzó a hablar:

—Antes de nada, y para que confiéis en mí, voy a confiar en vosotros contándoos algo que casi nadie sabe. Yo fui adoptado, provengo de la granja de Silopos y soy como vosotros. Gracias a mi familia adoptiva he llegado hasta aquí y tengo relación con los miembros de la cúpula del gobierno, e información privilegiada. Por tanto, tengo tanto que perder o más que vosotros si algo sale mal, pero creo que todos nos merecemos un cambio y voy a hacer todo lo posible por lograrlo. Si alguno de los presentes no quiere arriesgarse está en todo su derecho a abandonar la sala ahora mismo —nadie se movió, ni siquiera nos miramos unos a otros—. Bien, entonces comencemos.

Un enorme mapa de Rados apareció en la pantalla de la sala.

—Esta es la extensión de nuestro país. Las marcas azules son las granjas, las rojas las minas, las verdes los centros de producción. La zona punteada es Ígrada, y las cruces son los centros de comunicaciones. Veréis que el contorno del mapa está marcado por una línea negra, señala toda el área protegida para que no se pueda entrar ni salir del país.

Debemos intentar abrir una vía de escape en la frontera, por la que poder evacuar a la mayor parte de la población de las granjas. Si no tienen humanos no podrán crear nonen, y estoy seguro que en caso de necesitarlo terminarían con la especie con tal de conseguir sus objetivos.

—¿Cómo vamos a abrir una vía de escape? Eso es imposible —intervino Kío.

—Ahí entráis Vera y tú. Es necesario que os hagáis con una buena cantidad de coris, enviaremos una señal de energía que será demasiado potente, y destruirá los circuitos.

—¿Y cómo piensas hacer eso?

—Las piedras actúan como una especie de batería, si la potencia no es la adecuada la maquinaria no funciona, o bien se calienta demasiado hasta quedar inservible. Lea nos facilitará los códigos necesarios para que reciban una talla lo más parecida posible pero que contenga una pureza muy superior.

—¿Y los coris, como los conseguirán? —preguntó Lea.

—Tenéis que pensar algo, pero debéis conseguir traer muestras de la mina que no se cataloguen.

Kío se echó las manos a la cabeza.

—Esto es de locos, nadie podría sacar piedras de las minas sin que los vigilantes se dieran cuenta.

—Tendremos que intervenir en su programación. Está claro que necesitaremos más personas que nos ayuden, dejen en vuestra mano que decidáis quienes. Pero recordad siempre que deben ser personas de confianza.

—Vale, supongamos que conseguimos los coris, abrimos una vía de escape ¿y luego qué? — Kío no estaba convencido con el plan.

—Tendremos que tener las balas preparadas para que transporten al mayor número posible de personas fuera del país, sobre todo mujeres y niños. El resto recibirá una señal en abierto en la que se mostrará la realidad de los centros de reciclaje y de descanso. Eso hará que el pueblo se subleve.

—¿Y cómo haremos que todos estén frente a las pantallas?

—Lo estarán. Todo el país estará viendo la boda del príncipe Vadir —Set dirigió su ojos hacia mí a la vez que pronunciaba estas palabras.

Todos me miraron, mi papel en aquella revuelta quedaba claro: debía conseguir que el heredero se enamorara de mí, que me propusiese matrimonio, para que mientras tanto todo un país fuese provocado para que estallara una guerra.

XIX

Nuestro equipo fue creciendo durante las semanas siguientes, se unieron ingenieros, expertos en comunicaciones, programadores... Todos teníamos en común lo mismo: no queríamos vivir de aquella manera que nos habían impuesto, y queríamos hacer algo para solucionarlo.

Tratábamos de que nos vieran juntos lo menos posible, cualquier sospecha por parte del gobierno haría que tuviéramos un ejército de vigilantes siguiendo cada uno de nuestros movimientos.

El jefe de programadores, Ismo, fue reclutado por Lea. Enseguida nos dimos cuenta de que sus intereses iban más allá de la revolución que estábamos comenzando, la quería a ella, sólo necesitaba una mirada o una sonrisa suya para comenzar a trabajar en aquellos programas. Era un verdadero genio, y siempre nos sorprendía por la rapidez y precisión de sus avances.

Habían conseguido introducir una variante en el programa de los vigilantes de las minas que les distraería mientras Kío se guardaba algunas de las piedras. El problema venía con el scanner, había que conseguir engañarlo.

Idearon unas suelas para su calzado, recubiertas de plomo, lo que evitaría que se viera su interior. La poca capacidad de aquel contenedor obligaría a hacer varios viajes para conseguir hacernos con una cantidad importante. Cuando estallara la guerra sería necesario tener coris suficientes para cargar las armas con ellos.

Mientras los demás trabajaban en sus funciones yo tuve que entregarme a fondo en mi propósito. No me gustaba engañar a Vadir, pero si aquello no cambiaba no iban a tardar en librarse de él.

Las visitas a palacio se hicieron asiduas, un par de veces por semana venían a recogerme para pasar unas horas en allí. Paseábamos, charlábamos y veíamos algunas películas de paisajes de Rados que eran enviadas por los centros de comunicaciones para el entretenimiento de la población.

No me desagradaban nuestros encuentros, se mostraba atento, divertido y me contaba cosas sobre la historia del país que yo desconocía.

¿Sabes cómo se conocieron mis padres?

—No, cuéntamelo.

—Mis abuelos vinieron al palacio a presentar a mi padre a su futura esposa, mi tía. Mi madre aún era menor de edad, pero cuando la vio supo que era ella con quien debía casarse. Habló con mis abuelos y dijo que la esperaría, y así lo hizo.

—Sueno muy romántico.

—Lo es. Mi tía no se lo tomó muy bien, pero después acabó casándose con Turo, el gobernador de la zona 1.

—¿Les ves a menudo?

—Suelen venir a todas las fiestas, ellos y sus hijos. A mis primos les veía mucho cuando éramos pequeños, eran de los pocos niños autorizados a venir a jugar conmigo.

—No debió ser fácil para ti.

—A veces me daban envidia los videos de las granjas, cuando veía aquella cantidad de niños jugando despreocupados, sabiendo que al día siguiente se despertarían y seguirían haciéndolo. Yo me pasaba días sin tener a nadie, sólo adultos preocupados porque aprendiera aquella cantidad de información que me daban los maestros.

—¿Y tus padres?

—Mi padre siempre estuvo muy ocupado, podía pasarme jornadas enteras sin verle. Mi madre intentaba estar todos los días un rato conmigo, al menos a la hora del almuerzo, pero ella también tiene sus obligaciones, y no estábamos juntos todo lo que a mí me gustaría.

—Y cuando tengas hijos ¿vas a querer eso para ellos?

—Es algo que he pensado mucho. En cuanto sea rey de Rados, una de las primeras cosas que haré será abolir la norma que prohíbe a los miembros de la familia real salir de estos muros. Me gustaría llevarles a conocer sitios, que vean las granjas de cerca, que puedan jugar con otros niños, no quiero que sean unos solitarios como yo.

Entendía sus anhelos, pero pensé en las consecuencias que tendría que se enterase de lo que estaba pasando fuera. Era el futuro rey del país y desconocía totalmente la parte oscura del sistema. ¿No sería más fácil contar a su padre lo que ocurría antes de entrar en una guerra que acabaría con la vida de tantas personas? Pero sabía que nadie me creería, y de hacerlo, los miembros del gobierno se encargarían de destruirme antes de que nadie pudiese evitarlo. Y, seguramente, harían desaparecer al monarca y a su familia.

XX

Los planes iban avanzando. Set se valía de Kío, Ismo y Lea para comunicarse con el resto.

Gracias a un miembro del equipo que trabajaba en uno de los centros de comunicaciones pudimos hacernos con unas imágenes en las que salían los grandes hornos donde se incineraban los cuerpos de aquellos que todos creían en centros de reposo y de reciclaje. Con aquello se pretendía montar un breve vídeo que interferiría la señal de emisión de la boda del príncipe y que se vería desde todo el país. Debía emitir un mensaje claro y directo, no sabíamos cuánto tiempo tardarían en cortar la señal, pero sería poco.

También teníamos el problema de transportar a las mujeres y los niños hacia las balas para sacarles del país ¿Cómo lograríamos hacerlo en tan poco tiempo? La programación de los vigilantes podría ser modificada durante unos minutos, pero cuando en el centro de control se diesen cuenta enviarían orden de arresto o ataque sobre aquellos que intentasen escapar.

Las balas estaban siendo estudiadas ¿cuál era la máxima energía que admitirían sin desintegrarse? Debían salir del país lo antes posible, y quedar fuera del punto de mira de los escudos protectores, si no lo conseguían un misil las alcanzaría antes de salir del territorio.

Teníamos delante de nosotros un gran puzle cuyas piezas debían ir encajando para que nada fallase.

Y por otra parte estaba yo, mi relación con Vadir seguía siendo de amistad, pero no podía fingir con él, no era capaz de mostrarme enamorada si no lo sentía. Sabía que estaba engañándole, y no se merecía lo que le estaba haciendo.

Su cumpleaños sería en unas semanas, y se preparaba una gran fiesta. Las imágenes serían emitidas en todo Rados, y yo tenía que conseguir aparecer a su lado, no como una desconocida, sino como algo más.

Había pedido ayuda a Lulú con el vestuario para aquella ocasión, los vestidos que había llevado a las otras fiestas habían sido perfectos, pero necesitaba algo deslumbrante, y así se lo hice saber.

—Pensaré en ello, seguro que se me ocurre algo, hay telas maravillosas y puestas en ti lucirán aún más.

—Gracias Lulú, no sé qué haría sin ti.

—Vera ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Vais en serio? Quiero decir ¿tu relación con Vadir tiene futuro?

—No lo sé —le dije sinceramente—. Somos buenos amigos, pero no sé si llegaremos a algo más.

—¿Le amas? —estudió mi mirada.

—Yo...

—No le amas, puedo verlo en tus ojos. Deberías ser sincera contigo misma y no acudir a esa fiesta. Estás dándole falsas esperanzas, y él puede elegir a quien quiera.

No contesté, me quedé pensando en lo que me había dicho ¿Tanto se notaba? Sí, le veía como un amigo, pero no podía dejar de pensar en que tenía un objetivo que cumplir, y ese objetivo pasaba por engañarle. Además, tampoco sabía muy bien que era lo que tenía que sentir. Aunque en Ígrada se veía normal que los trabajadores formasen parejas, yo venía de un lugar donde las muestras de afecto no estaban bien vistas, crecí pensando que sentir cariño por alguien estaba mal, y aún me mostraba reacia a sentir el tacto de otras personas.

Volví a la planta 11, donde Kío acababa de tallar alguna de las piezas que servirían a nuestra causa.

—¿Qué tal las cosas con Lulú?

—Bien, tiene muy buen gusto para la ropa.

—Entonces ¿qué te hace estar tan seria?

—Me preguntó si amaba a Vadir, y ni supe responderle.

Kío me miró durante un rato y después siguió con su trabajo.

—Tú has estado enamorado ¿Cómo actúa alguien cuando lo está? ¿Qué se siente? —levantó la mirada del microscopio.

—Sientes que te apetece ver a esa persona cuando no estás con ella. Sientes que a su lado te encuentras bien, aunque no hayas pasado el mejor de tus días. Empiezas a planificar tu vida pensando en lo que le gusta, en como tienes que hacer para que se sienta feliz.

Me entristecí al pensar en todos aquellos sentimientos que él había podido vivir y yo no.

—¿Cómo se puede superar el amor Kío?

Se levantó y vino hacia mí.

—El amor no se supera Vera, el amor te llega, y te llena, y forma parte de ti. Hace que pienses en tonterías, y que sueñes con cosas imposibles. Cuando es correspondido vives con el miedo a perderlo, y cuando no lo es —pasó una mano por mi pelo—, sientes un vacío enorme que hace que creas que nada merece la pena —me estremecí al oír aquello—. Y cuando la persona a la que amas sabes que debe pertenecer a otro, tienes que hacer un gran esfuerzo cada mañana para levantarte y seguir respirando —acercó sus labios a los míos y me besó.

Cerré los ojos mientras lo hacía, aquel beso había encendido cada una de mis células, sentía calor, sentía como mi corazón despertaba y empezaba a latir. Nos separamos sin dejar de mirarnos a los ojos.

Nerviosa desvié la mirada, busqué algo que hacer y me puse a trabajar, de forma mecánica, tratando de escapar de la realidad. ¿Qué había hecho? ¿No estaba complicando demasiado las cosas? Tenía que aclarar mis ideas, ser consciente de que si me guiaba por mis instintos rompería toda la planificación que teníamos hecha, y aquello no me afectaría solo a mí, sino al futuro de la nación. Por otra parte, todo mi cuerpo había respondido a ese beso. Podía sentir, y aquello me hacía sentir bien.

XXI

Llegó el día del cumpleaños del príncipe. El vestido que Lulú había mandado hacer para mí era mágico. Había pedido tratar la tela con el polvo sobrante de los coris, por lo que emitía una especie de aura rojiza que me hacía resplandecer.

De nuevo fue Lea la que me ayudó a prepararme.

—Este es el más espectacular de todos, vas a dejarles con la boca abierta.

—Estoy muy nerviosa, sólo he visto a Vadir dos veces en las últimas semanas, parece que ya no está tan interesado en mí.

—Si no lo está lo estará en cuanto te vea, te lo aseguro.

El vestido dejaba mis hombros al descubierto, su falda vaporosa parecía flotar. Mi pelo estaba suelto, marcado con unas pequeñas ondas que imitaban las olas luminosas que emanaba la tela de mi atuendo. Apenas me maquillé, sólo los labios, en rojo coris.

—Nunca me había visto así, me gusta.

—Estás impecable, ahora vete, tienes mucho por hacer. Y suerte, espero verte en el programa especial —me guiñó un ojo y después me puso un chal sobre los hombros.

En esta ocasión fue Set quien pasó a buscarme por la residencia, estaba muy elegante, seguramente estábamos asesorados por la misma persona.

En cuanto se cerraron las compuertas de la bala comenzó a hablarme.

—He descubierto algo importante. Los gobernadores se han reunido esta semana fuera de Ígrada, no sabemos dónde, pero todos dejaron la ciudad el mismo día sobre la misma hora, y regresaron más o menos a la vez. Algo traman.

—¿Y cómo podemos saber qué?

—No podemos, no hay grabación alguna, ellos saben bien como proteger su intimidad.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Que sospechen de lo que queremos hacer, cualquier indicio nos pondría en peligro y acabaría con nuestros planes.

—No tienen por qué saber nada, hasta ahora hemos hecho las cosas con mucha discreción.

—Lo sé, pero no puedo dejar de inquietarme.

—¿Cómo son? Sólo conozco a dos de ellos.

—Menar es el gobernador de la zona 2, parece un buen hombre, creo que si está metido en todo esto es porque se ha dejado llevar por el resto. Su familia es apreciada en Ígrada. Es el cuñado de Lulú.

—Sabía que venía de buena familia, pero desconocía que estuviera tan bien relacionada.

—No sólo lo está, sino que está bien formada y es buena trabajadora. Cuando la pusieron en mi departamento me alegré mucho. Ahora no sé muy bien si puedo confiar en ella o tengo el enemigo en casa. Creo que sospecha algo.

—Es buena leyendo la mirada —reconocí.

—¿Por qué lo dices?

—Te lo contaré en otro momento, ahora continúa por favor.

—La zona 1 está gobernada por Turo.

—Que está casado con la hermana de la reina.

—Vaya, parece que tus visitas a palacio van teniendo sus frutos.

—En cuanto a información sí, pero en el otro terreno no hay avances significativos.

—Los habrá, estoy seguro.

—La zona 3 es gobernada por Jazel, y la 5 por Abamel ¿verdad? —quise cambiar de tema lo antes posible.

—Sí, a ellos ya les conoces, así que sólo nos queda Mixo, de la zona 4, el más avaricioso y despiadado, en su zona están las minas de coris más productivas, por lo que goza de mayores privilegios, su zona es la que más riqueza da a Rados.

—¿Estará esta noche?

—Estarán todos, este tipo de eventos les permite exhibirse. Sus rostros aparecen en las pantallas de todo el país y disfrutan mostrando con quien se codean.

Dejamos ahí la conversación, habíamos llegado a palacio y los vigilantes se disponían a comprobar quienes eran los ocupantes de nuestra bala.

Cuando entramos en la sala de festejos nos quedamos impresionados por la decoración. Enormes bolas de fuego flotaban en el aire, a una altura suficiente para que ninguno de los asistentes pudiera alcanzarlas. La decoración estaba hecha con montañas de piedras de las que caían cascadas de frutas, aquello era precioso, Estela se había superado.

No tardamos en verla aparecer a darnos la bienvenida, le dimos la enhorabuena por su trabajo.

—¡Gracias! Ha quedado fabuloso ¿verdad? No sabéis todo el tiempo que nos ha llevado conseguir lo del fuego, pero ha quedado perfecto. Espero que disfrutéis de la fiesta.

—Siempre tan amable —le dijo Set dándole un beso en la mejilla.

Ella se ruborizó y luego se despidió de nosotros antes de ir a recibir a los siguientes invitados.

—Hay muchísima gente —le dije a mi hermano.

—Nadie querría perderse esto, será el primer cumpleaños del príncipe retransmitido. La normativa así lo marca. La última fiesta privada del heredero es en la que cumple su mayoría de edad, a partir de ahí aparecerá en los actos oficiales junto a los monarcas.

—Debe estar nervioso.

—Es tu misión comprobarlo —me guiñó un ojo y se perdió entre la gente.

No le veía por ninguna parte, aunque suponía que haría su aparición junto a sus padres, para lo que aún quedaba bastante tiempo. Me apeteció verle, felicitarle el cumpleaños antes de que el resto le rodeasen para captar su atención. Recordé el camino por el que Estela me había llevado hasta su despacho y decidí ir hacia allí. Nuestros encuentros posteriores siempre habían sido en los jardines, por lo que aún no estaba habituada a los laberínticos pasillos del palacio.

Subí las escaleras, y rememoré vagamente por donde habíamos pasado. Me paré delante de la puerta, no estaba segura de que fuera aquella, pero era la que más familiar me resultaba. Después de llamar levemente la abrí. Me había equivocado, era una habitación en cuyo interior había una bella mujer de piel oscura, con un cuerpo marcado por sinuosas curvas. Giró su rostro hacia mí, y al ver mi sorpresa me sonrió y me dijo:

—¿Buscas al príncipe?

—Sí, lo siento, pero me he perdido.

Se levantó del tocador en el que estaba y vino hacia mí. Era preciosa, bastante mayor que yo, pero de una belleza extraña y sugerente.

—Has cogido el pasillo equivocado, nos encontramos en la segunda planta, no en la primera, cada pasillo te lleva a una distinta. Tienes que ir hacia la derecha y encontrarás unas escaleras, baja por ellas, luego toma el pasillo de la izquierda, la segunda puerta es la de su despacho.

—Muchas gracias, y siento la intromisión.

—No te preocupes, eres bienvenida —y me despidió con una enorme sonrisa que contrastaba con aquellos enormes ojos negros de mirada triste.

Siguiendo las instrucciones de aquella mujer llegué a la puerta del despacho que buscaba. Llamé y pasé, Vadir estaba mirando por la ventana cuando entré, sólo se giró cuando oyó mi voz.

—Quería felicitarte antes de que llegara todo el mundo.

Me miró de la cabeza a los pies, extasiado, como si estuviera frente a una aparición.

—Eres lo más bello que he visto nunca.

Al contrario que en otras ocasiones esta vez me ruboricé, lo había dicho de una manera distinta, ya no como cumplido, sino con deseo.

—Gracias —bajé la mirada, me sentía observada por él.

—Vera, te he echado tanto de menos. Con la organización de la fiesta apenas he tenido tiempo para verte, y no sabes cuánto lo deseaba.

—Yo también te he echado de menos —no mentía, su compañía me agradaba.

Al decirle aquello su rostro cambió, para él aquellas palabras significaban mucho.

—Yo, si me permites... —y cogiéndome entre sus brazos me besó, de forma suave, sincera, con miedo a que le rechazara. No lo hice, no había sentido lo mismo que con Kío, pero aquellos labios me agradaban, y sus brazos me hacían sentirme protegida, como si nunca fuera a permitir que me pasara nada.

Pasamos un rato abrazados, podía escuchar su respiración entre mi pelo. Me habría quedado así toda la noche, pero Estela fue a avisarnos de la llegada del resto de los invitados. El príncipe debía hacer su aparición junto a los reyes.

Se dirigió hacia el balcón, prometiéndome que iría a buscarme en cuanto pudiera. Bajé las escaleras, acompañada por la organizadora, que no perdió ocasión para sonsacarme sobre mi relación con Vadir.

—Ya llevas un tiempo viniendo a palacio, parece que las cosas marchan van adecuadamente.

—Nos llevamos bien.

—Vera —me dijo parándome para que la escuchara con atención— debes estar muy segura de todo esto, la vida en palacio es complicada. Lo que ahora puede ser amor, con el tiempo se vuelve rutina. Viviréis aquí encerrados y os cansaréis de veros todos los días, después empezarás a ver cómo pasan por aquí otras mujeres, y tendrás que mirar hacia otra parte, al rey se le permiten muchas cosas.

Recordé a la mujer que había visto en la habitación del segundo piso.

—He visto a una mujer, en una de las habitaciones ¿Es una de ellas?

—La mujer a la que has visto no es una de ellas, es la única, es la que duerme con el rey, la que él ha elegido como compañera.

—¿Y la reina?

—La reina fue la única durante mucho tiempo, pero ella era casi una niña cuando se casó, al nacer el príncipe comenzó a mostrarse distraída y ausente, nunca llevó bien vivir aquí encerrada.

Pronto dejaron de compartir lecho, y él comenzó a recibir a otras mujeres. Las primeras nunca repitieron, pero cuando llegó Moma se obsesionó con ella, la hizo venir en varias ocasiones, hasta que una de ellas la hizo quedarse, y desde entonces vive aquí

Al oír ese nombre pude poner otra ficha al puzle, aquella mujer era la madre de Kío, y si las cosas eran tal y como me las estaban contando, mi corazón no sólo estaba entre dos aguas, sino que estaba entre dos hermanos. Kío también era hijo del rey de Rados.

Estela me hizo prometer que no contaría aquello a nadie, quería que yo lo supiese porque si mi relación con el príncipe continuaba no quería que viviera engañada. Se lo agradecí, y entré en la sala de festejos. Tenía la cabeza a punto de explotar ¿Cómo eran posibles tantas coincidencias?

El himno empezó a sonar, y con él, hicieron su entrada en el balcón los monarcas con su hijo, que saludaron con la mano a todos los presentes, y después se dirigieron al pueblo a través de las cámaras.

—Habitantes de Rados —comenzó a decir el Rey—. Hoy queremos celebrar el 19 cumpleaños del príncipe Vadir, nuestro único hijo y heredero. En él ponemos toda nuestra esperanza, para que nuestro país siga siendo un ejemplo de seguridad y bienestar para sus ciudadanos.

Un largo aplauso de todos los asistentes hizo retumbar las paredes de la sala.

Luego fue Vadir quien tomó la palabra.

—Pueblo de Rados, quiero agradeceros todas vuestras muestras de afecto y felicitaciones. Como heredero del reino, quiero deciros que, para cuando llegue el momento, estoy dispuesto y preparado para llevar esta nación por el buen camino, siguiendo los pasos de mi padre y adaptándolos a los nuevos tiempos. Por Rados, aquí y ahora, por siempre.

Hizo el saludo militar y todos los presentes respondieron antes de romper en un efusivo aplauso.

Tras el saludo comenzó el baile. Docenas de mujeres elegantemente vestidas eran acompañadas por sus parejas al centro de la sala donde comenzaban a moverse al son de la música. El colorido de los vestidos se hacía mágico bajo las grandes bolas de fuego, parecía un sueño.

Me dispuse a coger una copa de vino de una de las bandejas que paseaban los camareros. Pero antes de que alguno se acercase a mí una voz dijo a mi espalda:

—¿Me permite este baile? —me di la vuelta y ante mí estaba un hombre alto y robusto. Las arrugas surcaban su frente. Era curioso, pero aún me resultaba extraño ver pieles envejecidas, antes de que eso sucediera los habitantes de las granjas eran enviados a los centros de reposo, o mejor dicho, a los hornos de cremación.

—Por supuesto —me ofreció su brazo, y tomándolo nos dirigimos a la zona de baile.

—Me han hablado mucho de ti, estaba deseando conocerte.

—Pues yo no tengo el gusto de saber quién eres, no estaría de mal que nos presentásemos si vamos a bailar juntos.

—Me llamo Mixo, y soy el gobernador de la zona 4 —recordé todo lo que Set me había dicho de él y no pude evitar ponerme nerviosa.

—Encantada de conocerle. ¿Y a que debo el honor de tan importante compañía?

—Se comenta que hay una amistad importante entre el príncipe y tú.

—¿Y eso le provoca curiosidad?

—Quería conocerte. Son muchas las muchachas a las que se ha negado a recibir, y quería saber qué tenías de especial.

—¿Ya lo ha descubierto?

—Sí, una gran belleza y una lengua insolente.

Seguimos bailando bajo una palpable incomodidad, quería que aquel momento pasase cuanto antes.

—¿Me permite? —una voz familiar se dirigió a Mixo.

—Por supuesto alteza, es toda suya.

El gobernador se retiró, no sin antes dedicarme una sarcástica sonrisa.

—¿Todo bien? —me preguntó Vadir mientras tomaba mi mano para continuar con la pieza.

—Un tipo peculiar.

—Lo es, pero es muy eficiente en su trabajo.

—No lo pongo en duda. La zona 4 es la de las minas ¿verdad?

—Veo que estás bien informada.

—Teniendo el territorio de coris sería eficiente cualquier persona. La riqueza está dentro de la tierra, y son otros los que tienen que sacarla de ahí.

—Visto así parece sencillo, pero Mixo coordina perfectamente a los equipos de búsqueda, selecciona las zonas de excavación más adecuadas, y consigue que Rados esté provisto de energía constantemente.

—Pensaba que la selección de zonas de excavación era cosa de los ingenieros —le solté desafiante.

—Así es, pero hay que tener en cuenta que todos los trabajadores necesitan que alguien les dirija —contestó contrariado.

—Ya —comenté en voz baja, y seguimos bailando en silencio.

Que sencillo era dirigir a personas que habían sido creadas para desarrollar un trabajo, era fácil que ellos funcionaran a la perfección si no querían ser castigados o morir, y encima se vanagloriaban por ello. Cada vez estaba más convencida de que aquel sistema necesitaba un cambio, nuestro plan tenía que funcionar. Debíamos conseguir el levantamiento de toda la clase obrera contra aquellos tiranos que controlaban nuestras vidas. Y Vadir... era tan ingenuo. Había sido criado entre videos propagandísticos e informes incompletos, en eso no se diferenciaba de cualquiera de los que habíamos nacido en granjas. Y ahí estaba, viviendo dentro de un sueño irreal, del que tarde o temprano tendría que despertar, bien porque nosotros consiguiéramos nuestro objetivo o porque, de lo contrario, los miembros del gobierno consiguieran imponer sus intereses.

La música cesó, y todos fuimos abandonando la pista. Las luces se apagaron, y sobre una plataforma de luz apareció Estela, que presentó una actuación elaborada con motivo del cumpleaños del heredero.

La pista volvió a quedarse a oscuras, y de repente un grupo de contorsionistas, provistos de antorchas con fuego comenzaron a hacer piruetas y lanzar llamaradas. La luz enfocó uno de los balcones, desde donde un grupo de hombres aporreaba con fuerza unos tambores antiguos.

Entonces, un grupo de bellas mujeres ataviadas con un diminuto traje de pájaro sobrevolaron la sala, esquivando las bolas de fuego, creando un efecto asombroso. Los asistentes mirábamos extasiados aquellas proezas.

De pronto, los tambores aceleraron el ritmo, los hombres de las antorchas se pusieron en círculo en el centro y, cuando se separaron, una lluvia de papeles brillantes dorados comenzó a caer desde el techo. Bajé la mirada siguiendo su recorrido, y allí en medio de todo aquel despliegue estaba ella, Moma, vestida con un traje de pájaro dorado, que se ajustaba a su cuerpo

permitiendo ver sus perfectas proporciones. La falda tenía unas aberturas laterales por las que sobresalían sus larguísimas piernas. Los tambores callaron, el silencio en la sala era absoluto.

Comenzó a bailar, sin música, contoneando su cuerpo como un pájaro que intenta volar pero que no consigue elevarse. Los tambores empezaron a marcar un ritmo suave pero que resultaba angustioso cuando veías los movimientos de aquella mujer tratando de liberarse.

Las antorchas de fuego fueron acercándose a ella, parecía que iba a quemarse, pero con sus brazos alejaba a sus portadores. Las mujeres que sobrevolaban la sala tendían sus brazos hacia ella, tratando de ayudarla, pero Moma no conseguía alcanzarlos, su cara mostraba sufrimiento, miedo, necesidad de escapar. Entonces todos los pájaros voladores acudían a la vez a su rescate, y cogiéndola por las manos la elevaban sobre las bolas de fuego. Se escuchó un murmullo de admiración por parte del público.

Los contorsionistas desaparecieron de escena y la pista volvió a quedar a oscuras, pero en aquel cielo que habían creado todas las aves bailaban celebrando la libertad. Y Moma, espléndida abría sus alas doradas en el medio de todas ellas.

El público comenzó a aplaudir emocionado, había sido una representación majestuosa. Vadir se dirigió al centro de la pista para agradecer a Estela aquel hermoso regalo. Los actores ya no estaban en escena.

XXII

Aproveché que se formaron corrillos que comentaban la actuación para salir a la terraza, necesitaba tomar el aire, aquello había sido tan intenso... Para mí la representación de Moma había significado una crítica al sistema, pero los miembros del gobierno lo habían visto como un simple entretenimiento. ¿Tanto nos diferenciaba? ¿O eran mis ansias de libertad lo que me hacía distorsionar la realidad?

Bajé por las escaleras de la terraza, la noche era agradable para pasear. Me quité los zapatos, aún no era capaz de mantener durante mucho tiempo aquellos tacones en mis pies, y comencé a pasear.

Los jardines eran preciosos, tenían estanques con peces de colores y pequeños lagos donde flotaban nenúfares. Los árboles estaban perfectamente cuidados y las plantas lucían sus flores de colores vistosos. No sé el tiempo que pasé disfrutando de aquel entorno, pero pronto noté la presencia de alguien que venía hacia mí.

—Te he estado buscando, llegué a pensar que te habías ido —me dijo Vadir que se acercaba.

—Necesitaba un poco de aire fresco, y me entretuve admirando este paisaje.

—El único paisaje digno de admirar eres tú —y me estrechó entre sus brazos.

—La actuación ha sido maravillosa, no podrás quejarte de regalo de cumpleaños —bromeé con él.

—Hoy he tenido un regalo mucho mejor que ese —volvió a besarme, con la misma ternura que horas antes.

—Vadir, no sé qué decir, todo esto me tiene confusa.

—Yo también estoy confuso, como flotando, pero esta confusión me gusta, me siento feliz —vi su mirada ilusionada.

—Apenas me conoces.

—Te conozco lo suficiente y, además, tengo toda la vida por delante para seguir conociéndote.

Y dicho eso tomó mi mando y me dijo:

—Vera, hija de Nala y Sater ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa y reinar junto a mi para Rados?

Dudé, pero sabía que no tenía que seguir a mi corazón, sino a la causa, y antes de que mis sentimientos contestaran por mí, mi boca estaba emitiendo un “Sí”.

A partir de ahí todo fue confuso. Vadir me abrazó y luego tiró de mí hacia el interior del Palacio, buscó a Estela y dijo que quería comunicar algo. En cuestión de segundos unos potentes focos nos enfocaban a los dos, que estábamos en mitad de la pista. La gente se hizo a un lado. Entonces él comenzó a hablar:

—Quería agradecerlos a todos vuestra asistencia en un día tan especial. Mi diecinueve cumpleaños no marca sólo un cambio en mi presencia dentro de la vida pública, sino que marca

un cambio dentro de mi vida personal y que todos debéis conocer.

Hoy quiero presentaros a la persona que amo y con quien no sólo voy a compartir mi vida, sino también el reinado. Ella es Vera —me mostró a todos— y acabamos de prometernos.

Primero se oyeron murmullos, después comenzaron a aplaudir y llegaron las felicitaciones de parte de los asistentes.

Quería ver a Set, explicarle lo que había ocurrido, me habría gustado contárselo antes del anuncio oficial, pero no fue posible. Me vi envuelta entre personas que no conocía y que venían a presentarme sus respetos. De pronto noté un dolor agudo en el pie, alguien me había pisado, cuando miré hacia abajo me di cuenta de que iba descalza, me había dejado los zapatos en el jardín. Las cámaras estaban grabándolo todo.

Al rato Estela vino a avisar a mi prometido, su padre quería hablar con él, a solas, así que me quedé allí en medio con aquellas personas hasta que Set consiguió llegar a mí.

Me llevo hacia una esquina, donde le conté mi problema con los zapatos. Salió a buscarlos y no tardó en llegar. Me los puse de forma disimulada y seguí devolviendo sonrisas a todo el mundo.

—Quiero irme —dije a mi hermano.

—Creo que para hacerlo deberías pedir permiso a tu prometido —me contestó divertido.

—Está hablando con su padre, le hizo llamar.

—Debería haber pedido permiso al rey y presentarte a él antes de anunciar el compromiso.

Parece que se dejó llevar por la emoción del momento.

—¿Por qué lo sabes?

—Querida Vera, intento mantenerte vigilada, no me gustaría que te metieras en problemas.

—Entonces ¿lo has visto todo?

—Todo.

—¿Y?

—Creo que como actriz eres única

Aquel comentario más que hacerme gracia me dolió. Cierto es que no estaba perdidamente enamorada, pero cuando estaba con él me sentía a gusto y protegida. ¿Era eso lo que buscaba? ¿Vivir bien y fuera de todo peligro? Ni yo misma sabía qué sentía, pero ya no importaba, ahora tenía que seguir adelante con mi decisión.

Vadir volvió cuando la gente ya había comenzado a bailar de nuevo, agradeció a Set que estuviera cuidando de mí y me pidió que le acompañase, teníamos que hablar.

—Mí padre quiere conocerte.

—¿Ahora?

—No, mañana, vendrás a almorzar con nosotros.

—De acuerdo.

—Quiere que te pida una cosa.

—¿Qué?

—Que vengas con zapatos —y se echó a reír.

—Si no hubieras tenido tanta prisa no se habrían quedado en el jardín.

—Lo sé, y perdona, pero ha sido divertido.

—Claro, todo un país debe estar riéndose de mí.

—Tranquila, se quedará como una simple anécdota —me atrajo hacia él y me abrazó.

—La noche ha estado llena de emociones, me gustaría irme a descansar.

—De acuerdo, mañana mandaré a buscarte

Nos despedimos con un beso y me llevó hasta Set, que sería quien me llevaría a la residencia. Ya estábamos en el interior de la bala cuando me dijo:

—Ha sido todo mucho más rápido de lo que nos esperábamos, eso hará que tengamos que acelerar todo el proceso.

—Lo siento, yo no pensé que todo esto fuera a ocurrir.

—No importa, es mejor así. Trabajaremos más y lo tendremos todo listo, si se alargase en el tiempo correríamos peligro, nunca se sabe qué información puede filtrarse —dijo intentando que no me sintiese culpable.

—¿Dará tiempo?

—Tiene que darlo, no tendremos más oportunidades —se acarició la frente, eso era señal de que su cabeza estaba en funcionamiento pensando en todo lo que quedaba por perfilar en aquel plan—. Ahora vete a descansar, mañana lo veremos todo más claro.

—Mañana almorzaré con los reyes.

—Bien, me aseguraré que a primera hora recibes algo adecuado para ponerte. Intenta ser correcta y causarles una buena impresión. Si no les gustas, ellos podrán hacer cambiar de parecer a su hijo.

—De acuerdo.

Llegamos a nuestro destino, me bajé y esperé a que la bala con Set a bordo continuara con su recorrido.

No tenía ganas de subir a mi habitación, pero tampoco quería ir a la zona de ocio, todo el mundo había visto la retransmisión de esa noche, así que me encontraría con gran cantidad de curiosos que harían preguntas que no me apetecía contestar. Decidí que lo mejor era que me fuera a descansar, al día siguiente tenía que pasar una prueba de fuego.

Cuando llegué a mi planta, nada más tomar mi pasillo vi que alguien estaba sentado en el suelo, junto a mi puerta, con la cabeza metida entre las rodillas. Le reconocí cuando me acerqué.

—¡Kío! —levantó su mirada hacia mí y pude ver sus ojos enrojecidos.

—Vera, era ella, el pájaro era ella.

—Lo sé —me había olvidado completamente de Moma con todo lo que había ocurrido a continuación. Le ayudé a levantarse y le pedí que pasara a mi habitación.

—¿Cómo llegó hasta allí?

Le conté como la había encontrado, en una de las habitaciones de palacio cuando me había perdido, y como amablemente me había indicado el camino que debía seguir. También le hablé de mi conversación con Estela, intenté hacerlo de la forma más suave posible, y omitiendo algunos detalles. Pero no necesitó más explicaciones, rápidamente se hizo una composición de lugar y se dio cuenta de lo que había ocurrido.

—Así que eso es lo que pasó. No sólo nos obligan a cruzarnos con quien ellos quieren, sino que ante sus caprichos arrebatan a unos niños a su madre para satisfacer los más bajos instintos de un monarca.

—Lo siento. Siento todo lo que has tenido que ver esta noche.

—Me dolió verla Vera, porque con su baile me dijo muchas cosas.

—Yo también vi muchas cosas en su actuación.

—Porque era real, siempre bailó lo que sentía. Ella está prisionera y busca la libertad.

—Igual que nosotros —me acerqué a él para abrazarle, pero se retiró.

—Y cuando creía que no podía sentir más dolor, te veo al lado de ese tipo diciendo que iba a

convertirte en su esposa.

—Kío, sabes que eso forma parte del plan.

—¿Forma parte del plan? ¿O estás encantada con tu nueva situación? Serás reina, y tendrás a un pueblo entero a tu servicio y, mientras, vivirás rodeada de lujos y sin el temor a que nada pueda pasarte.

—No eres justo, sabes todo lo que hay detrás. Entiendo que esta noche tengas sentimientos encontrados. Has pasado mucho tiempo sin saber de tu madre y de repente aparece al otro lado de la pantalla, y en cuanto a mí, quizá todo haya sido más rápido de lo previsto, pero sabías que pasaría.

—Lo sabía, ¿Pero crees que porque tardase más tiempo en pedirte matrimonio iba a dolerme menos?

Me acerqué a él, en esta ocasión no se retiró. Pasé mi mano por su cara, acariciándola lentamente, él cerró los ojos y suspiró. Aquella caricia le dolía tanto como su corazón en ese momento. Acerqué mi boca a la suya y empecé a besarle, suavemente, para luego seguir besando el resto de su rostro. Me abrazó, y empezó a acariciar mi espalda. Noté que mi respiración se agitaba, su contacto me producía una sensación nueva, agradable.

Seguimos abrazados, besándonos, hasta que siguiendo a nuestro cuerpo comenzamos a desnudarnos. Hicimos el amor toda la noche, y nos despedimos al amanecer con una mirada triste, la mirada de quien sabe que acaba de vivir una despedida.

XXIII

Apenas pude dormir unas horas, desde la marcha de Kío hasta que llegaron a traerme un vestido para el almuerzo había estado nerviosa, dando vueltas a la cabeza sobre lo ocurrido. Por una parte me sentía plena, pero por otra estaba arrepentida por lo ocurrido, estaba jugando con los sentimientos de dos personas, y con los míos propios. Luego pensaba en Set, en el plan que nos había propuesto, y llegué a la conclusión de que todo merecería la pena si conseguíamos que las generaciones futuras de Rados crecieran en libertad.

Me duché y me vestí. En esta ocasión me habían enviado un vestido sencillo, color gris, acompañado por una chaqueta entallada del mismo tono.

Cuando abrí la puerta de la habitación para marcharme un vigilante me esperaba para escoltarme, si llega a aparecer unas horas antes me habría metido en un buen lío. El vigilante entró conmigo en la bala, y me acompañó hasta el palacio.

A mi llegada pude ver a Vadir visiblemente nervioso. Me saludó con un beso en la mejilla y ofreciéndome su brazo accedimos al interior del edificio. Nos paramos frente a una gran puerta, me miró, apretó mi mano con la suya y me dijo: “Tranquila”.

La puerta se abrió y dentro pude ver al monarca de pie, esperando nuestra llegada, y a la reina sentada en un sofá cercano. Ella se levantó en cuanto entramos.

—Papá, mamá, quiero presentaros a Vera.

—Encantada de conocerles —les hice una pequeña reverencia.

—Bienvenida Vera —dijo el Rey— mi esposa y yo queremos agradecerte que aceptaras nuestra invitación. Tal y como se han desarrollado los acontecimientos —dijo en tono de reproche mirando a su hijo— creímos conveniente fijar esta reunión para conocernos lo antes posible.

—Querido, hagamos que nuestra invitada se sienta cómoda —sonrió a su marido y vino a mi encuentro—. Ven siéntate a mi lado.

Seguí sus instrucciones y me senté junto a ella, imitando su postura elegante y distinguida.

—Bien —prosiguió el Rey— pues ya que estamos todos, y como el anuncio ya se ha realizado, anunciaremos la fecha de la boda lo antes posible.

Será dentro de quince días, mañana se realizará la invitación a todas las personas que deben asistir. Hasta entonces permanecerás en este palacio —dijo dirigiéndose a mi—, por motivos de seguridad es lo mejor. Además comenzarás a recibir una formación adecuada a tu nuevo estatus.

—Padre ¿no podríamos mantener una charla más distendida y dejar este tipo de cosas para la tarde? Creo que para Vera sería importante familiarizarse con vosotros primero.

—No tenemos tiempo de andarnos por las ramas, tú fuiste el que tuvo prisa por anunciar el compromiso, ahora debes atenerte a las consecuencias.

Dicho aquello abandonó la sala, dejándonos a solas con la reina.

—No te preocupes —dijo ella de forma cariñosa—, está acostumbrado a que todo se haga

según sus deseos, y nuestro hijo no ha seguido el protocolo establecido en este caso, lo que no quiere decir que no estemos contentos con su elección.

—Gracias mamá —Vadir se acercó a besar la frente de su madre.

—Tenemos poco tiempo, yo también pienso que es una buena idea que te preparemos una habitación en palacio y comencemos con tu formación. Todo el mundo está asombrado con tu belleza, ahora tenemos que demostrarles que eres algo más que una chica bonita.

—¿Qué pasará con mi trabajo?

—Set ya ha sido informado de nuestras intenciones, buscarán un sustituto lo antes posible. En caso de necesidad podrás realizar alguna tarea, pero sin salir de aquí, te traerán todo lo necesario, pero sólo hasta que seleccionen a la persona adecuada para tu puesto.

—Gracias.

—No me las des, te esperan dos semanas muy duras. Tienes mucho que aprender, y habrá momentos en los que te apetezca salir de aquí corriendo, te lo digo por experiencia, pero verás como todo merecerá la pena.

—Vera estará a la altura —le dijo mi prometido dedicándome la mejor de sus sonrisas.

Después pasamos a un comedor, decorado con flores de todo tipo. El monarca se unió a nosotros antes de que empezaran a servir los entrantes. Lejos de mostrarse irascible y molesto como lo había hecho a mi llegada, lo hizo de forma cortés y amable, incluso llegó a bromear en varias ocasiones.

Tras el almuerzo y una breve sobremesa, el matrimonio se retiró a descansar un rato, antes de seguir cumpliendo con sus obligaciones. El príncipe llamó a Estela y le pidió que me mostrase mi habitación.

Se encontraba en el área de invitados. Era grande y luminosa, con enormes ventanales que daban a un balcón alargado. Las paredes estaban adornadas con pinturas de paisajes, y del techo colgaba una lámpara antigua cuyos brazos terminaban en unas tulipas de cristal que simulaban flores. La cama, estaba situada en uno de los laterales, y a sus pies tenía un arcón tallado con el escudo de Rados. Un tocador, con diversos frascos de esencias estaba al lado de la ventana. Al acercarme pude ver que el espejo servía también como pantalla, por lo que no rompía la armonía de aquella decoración.

El suelo estaba cubierto por una alfombra de tejidos naturales, que cambiaba de tonalidad en la zona de los sofás, delante de los que había una mesita baja. Había dos puertas. Una llevaba a un cuarto de baño que tenía una bañera del tamaño de la que había utilizado en casa de Set. La otra a un vestidor, en el que pude ver gran variedad de vestidos y zapatos perfectamente dispuestos.

—¿De quién es todo esto?

—Tuyo. Hemos tenido que recurrir a nuestros contactos para tenerlo todo a tiempo, pero espero que te guste. Si necesitas algo más no dudes en pedírmelo.

—Estela, es demasiado.

—Nada es demasiado para la futura reina de Rados —me sonrió al decirlo—. Vera, quizá todo esto te resulte excesivo, pero ahora vives en palacio, y tienes que aprender a vivir como ellos, forma parte de tu nuevo trabajo. Pase lo que pase siempre debes estar perfecta, y con una sonrisa preparada para recibir a tus invitados.

La miré con tristeza, todo lo que allí había era algo con lo que los demás no podían ni soñar. Tenía todo tipo de atenciones, una habitación para mi sola que ocupaba el mismo espacio que las comunitarias en las que vivíamos varias personas en mi época en la granja. Aquel sistema era

injusto, y ahora yo formaba parte de lo más alto, de aquello que odiaba, pero también formaba parte de un plan que podía terminar con todo aquello. Si bien la Casa Real no era nuestro objetivo, podría verse arrasada si el pueblo pedía su cabeza.

Estela me dejó para que descansase. Primero pensé en ir a buscar a Vadir, pero después decidí disfrutar un poco de aquella habitación. Tomé un baño, me probé varios vestidos y después salí al balcón a disfrutar de las vistas. Cuando iba a entrar me fijé en una de las ventanas que quedaban a la izquierda de la mía, y allí vi a Moma, que estaba sentada en su balcón. Sentí el impulso de llamarla, de decirle que conocía a su hijo, que él estaba bien, pero me di cuenta de que algo así podría ponernos en peligro.

Esperé hasta que Estela vino a buscarme, me mostró las aulas en las que recibiría la formación: protocolo, historia, dicción... una lista infinita de materias fueron saliendo por su boca. Estaba claro que iban a mantenerme ocupada hasta la boda.

Por la noche compartí mesa de nuevo con el príncipe y sus padres. En esta ocasión la conversación no fue fluida, mientras los monarcas miraban cada uno una su propia pantalla portátil, Vadir hablaba sobre los eventos programados para el día de nuestra boda.

Estaba claro que aquella familia no compartía demasiado en los momentos que pasaban juntos.

Cuando salimos del comedor mis futuros suegros nos dieron las buenas noches, y nosotros nos dirigimos al jardín para pasear. Ya estaba oscuro, pero las luces que iluminaban los árboles hacían aquel lugar aún más mágico.

—¿Te ha gustado tu habitación?

—Es preciosa. Me he dado un largo baño y también me he probado alguno de los vestidos.

—Seguro que te quedan bien.

—Son mucho más de lo que nunca podría haberme imaginado.

—A partir de ahora sólo tendrás lo mejor.

—Toda la vida he llevado uniformes, no creas que necesito tanto para sentirme bien.

—Si quieres un uniforme pediré que te lo confeccionen —bromeó— pero deseo que seas feliz a mi lado, y haré lo que sea para complacerte.

—Cuando reines ¿qué proyectos piensas llevar a cabo?

—Tengo pensadas varias mejoras.

—¿Por ejemplo?

—Prohibiré la esterilización de mujeres. Creo que cualquier trabajador de Rados está en su derecho a tener descendencia —aquello me sorprendió, a lo mejor con él en el trono no era necesario iniciar una revolución, sino apoyarle en el cambio.

—¿Crees que el gobierno estará de acuerdo con eso?

—¿Y por qué no habría de estarlo? Entiendo que se busque perfeccionar la especie, y que en determinados trabajos, como el que tú desarrollabas hasta ahora, sea necesario poseer unas determinadas características. Pero ¿no tenemos todas cosas por las que sobresalimos y otras que se nos dan peor?

—Sí, eso es cierto.

—Pues creo que lo único que hay que conseguir es que el proceso de acceso a los determinados puestos de trabajo sea la propia selección. Los que valgan para los trabajos manuales tendrán que conformarse con realizarlos y los que tengan otro tipo de capacidades tendrán que demostrar que son capaces hacer con ellas.

—Me parece una grandísima idea —dije emocionada.

—¿Qué pasará con las granjas?

—Habrá que mantenerlas durante un tiempo, la mayor parte de las mujeres en edad de procrear están esterilizadas, por lo que necesitaremos unos años para conseguir que la población procrea de manera natural. Además, las granjas son la mayor fuente de riqueza de algunas de las zonas, habrá que tratar el tema con los gobernadores con mucho tacto.

—Seguro que sabrás hacerlo.

—Contigo a mi lado soy capaz de cualquier cosa.

Esta vez fui yo la que le besé, de forma sincera, sus palabras me habían hecho ver que delante de mí no tenía sólo al heredero a la corona, sino al hombre que podría cambiar el futuro de la nación, y me sentía orgullosa de él.

XXIV

Comencé la formación al día siguiente por la mañana. Las clases me resultaban tediosas. Los mismos conceptos eran repetidos cientos de veces. En realidad sólo se esperaba de mí que fuese una acompañante distinguida y callada, que no me metiese en conversaciones de negocios, y que estuviera siempre en un segundo plano, pero con una presencia impecable.

El trabajo iba a resultarme cómodo, pero aburrido.

La mayoría de las cosas era Estela quien me las explicaba. No había nadie más experta que ella en cuanto a puestas en escena, y al final mi trabajo consistía en eso, en una buena puesta en escena.

Me sentía a gusto con ella, era una trabajadora incasable, y se notaba que disfrutaba con lo que hacía.

—¿Sabes? Va a encantarme tenerte aquí, me pareces muy cercana, y guardando las distancias que habrá entre nosotras creo que nos llevaremos bien.

—No habrá distancia entre nosotras, será un título lo que tendré, pero seguiré siendo la misma persona.

—El palacio cambia a la gente.

—Eso ya me lo dijiste en otra ocasión, pero no te explicaste.

—Prométeme que lo que te voy a contar quedará entre nosotras.

—Tienes mi palabra.

—La reina era antes una persona muy amable y cercana. Como el rey solía estar ocupado y el príncipe tenía clases casi todo el día pasábamos mucho tiempo juntas. Paseábamos, hablábamos y nos hicimos buenas amigas. Aunque ella venía de buena familia y yo de una granja nunca me hizo de menos, al contrario, estaba agradecida de tenerme aquí.

Pero poco a poco fue cambiando, nuestros encuentros se espaciaban, y acabó por evitarme. Ahora ni siquiera se dirige directamente a mí, lo hace por medio de su marido, o de su hijo.

—¿Pasó algo para ese cambio de actitud?

—Nada, por eso te digo que el palacio cambia a la gente.

—Conmigo se ha mostrado muy amable.

—Espero que siga así —y cambió de tema siguiendo con la lección que teníamos entre manos.

Almorzaba en mi habitación, mientras repasaba los conceptos estudiados por la mañana me tomaban la lección y debatíamos sobre diversos temas.

Con suerte podía pasar gran parte de la tarde acompañada de Vadir, que me hablaba de la historia de Rados y me mostraba con fotografías quien era quien dentro de la cúpula de Ígrada.

Solíamos cenar juntos, aunque no siempre con sus padres, y después paseábamos por el jardín, de la mano, y nos contábamos cómo nos había ido el día.

Una mañana Estela interrumpió mis lecciones:

—Alguien ha venido a verte.

—Antes de que pudiera preguntarle quién reconocí aquel pelo ensortijado tras de ella.

—¡Kío!

—Buenos días Vera, he venido con un coris con el necesito que me ayudes, piden una talla complicada que sólo tus manos podrían realizar —sabía que aquello era un pretexto, era tan buen tallador como yo, incluso mejor.

—De acuerdo, pero no sé si aquí dispondré del material adecuado.

—Traigo todo lo preciso —y me mostró un maletín que llevaba en una mano, y el pequeño contenedor de coris en la otra.

Estela nos dejó a solas en aquella sala, ofreciéndose a solucionar cualquier necesidad que pudiera surgirnos.

Kío se sentó a mi lado, y dejó sobre la mesa todo lo que traía. Primero extendió una especie de tapete de un material plástico, y luego colocó minuciosamente cada una de las herramientas. Yo le observaba con atención, si decía una sola palabra las lágrimas que estaba conteniendo comenzarían a escaparse sin control.

Después abrió el cofre, y me mostró un pequeño coris, que aún no se había terminado de tallar. Cuando acabó de preparar todo suspiró y me miró a los ojos.

—¿Y bien?

—No necesitas mi ayuda ¿verdad? ¿Por qué has venido?

—Set me pidió que viniera para ver si estabas bien, si lo hacía él llamaría más la atención.

—Estoy bien ¿Cómo estás tú?

—¿Tú que crees? —las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas.

—Kío, lo siento, siento por lo que estás pasando, pero creo que desde que estoy aquí he descubierto muchas cosas. El príncipe tiene planes para cambiar el sistema, quizá deberíamos esperar a ver como transcurren las cosas cuando sea rey.

—Y eso sucederá el día que le des un hijo ¿no es cierto? Tendré que esperar a ver como lo pierdo todo, sin mover un dedo, porque ahora te sientes enamorada de él.

—Yo no he dicho eso.

—¿No? ¿Entonces a qué vienen todas esas lágrimas? Ni te has alegrado de verme.

—Eso no es justo, no te esperaba, y al verte han venido muchas cosas a mi cabeza.

—Como qué.

—Como que no me había dado cuenta de lo que te echaba de menos.

—Eso quiere decir que en todo el tiempo que has estado aquí no te has acordado de mí —tenía parte de razón.

—He estado muy ocupada, tengo que aprender muchas cosas.

—Sí, ahora tienes que prepararte para ser reina, y quieres que no toquemos a tu príncipe para poder vivir tranquila. Parece que ya has olvidado de dónde vienes.

—No lo he olvidado.

—¿Entonces por qué te pones de su parte?

—No me estoy poniendo de parte de nadie, sólo te cuento lo que hablé con él.

—¿Y cuándo lo habláis? ¿Mientras haces con él lo mismo que conmigo? —aquello me cayó encima como una losa.

—No me hables así, no lo merezco.

—Ah, ella no lo merece ¿Y qué pasa conmigo? ¿Qué merezco yo?

—Mereces ser feliz.

—¿Y no te das cuenta de que sin ti eso es imposible?

No podía dejar de llorar, su presencia removía mis sentimientos.

—¿Qué debo hacer entonces? ¿Irme de aquí contigo y dejar que nos castiguen por ello?

—No —se tranquilizó— tienes razón, debemos seguir con nuestro plan. Set me manda decirte que todo está preparado, únicamente quedan pequeños detalles a los que debemos dedicarnos en los últimos días.

—¿Debo hacer algo?

—Nada, todo ocurrirá mientras te casas, se abrirá una vía de salida por la frontera este, creen que conseguirán tenerla abierta durante diez minutos. Cinco minutos antes tendremos que tener las balas cargadas y preparadas para atravesarla a la mayor velocidad posible. Aún no sabemos hasta donde podrán llegar, a esa velocidad la energía se consume mucho más rápido. En cuanto hayan pasado la frontera se emitirá el video en todo el país, será en el preciso momento en que os convertiréis en marido y mujer. Todo el mundo lo estará viendo.

—¿Y luego qué?

—Los programadores intentarán descontrolar el programa de los vigilantes el tiempo suficiente para repartir las armas que llegarán en las balas, las mismas que llevarán a las mujeres y a los niños fuera Rados.

—No habrá sitio para todos.

—No, pero intentaremos trasladarnos a sitios seguros, fuera de las cámaras del sistema.

—Me parece muy complicado.

—Y lo es, pero está todo estudiado.

—¿Volveremos a vernos?

—No lo creo, pero Set estará aquí el día de tu boda, él te protegerá si surge algún problema —miró nervioso hacia la puerta de la sala.

—No nos molestarán, no te preocupes.

—No es eso...

—Quieres saber dónde está ella ¿verdad?

—Sí.

—Es peligroso.

—Merece la pena correr el riesgo.

—Espera.

Me levanté y salí al pasillo, no había nadie, pero estábamos en una planta distinta a la de Moma, si alguien nos encontraba fuera de aquella sala sospecharía.

Pedí a Kío que me siguiera. Subimos despacio, sin hacer ruido, escuchando en cada esquina por si alguien se acercaba. Cuando llegamos al pasillo que daba a su habitación la señalé.

—Tienes diez minutos, ni uno más, si nos pillan no podré cubrirte, y por favor, sé discreto.

—Lo seré —y dándome las gracias con su mirada se dirigió a la habitación de su madre.

Volví a la sala que habíamos dejado, y cerré la puerta. El tiempo parecía que no pasaba. Me parecía oír pasos por todas partes. Estaba nerviosa, sabía que había cometido una imprudencia que me podía traer muchos problemas.

De pronto escuché como la puerta de la sala se abría, era Estela.

—Me preguntaba si querriais tomar algo —miró por toda la sala—. ¿Dónde está el muchacho?

—Ha ido al aseo —mentí.

—Espero que no se pierda.

—Creo que le he indicado bien —dije nerviosa— volverá enseguida.

—De acuerdo ¿os traigo algo?

—No gracias, estamos bien.

Salió de la habitación extrañada, yo sólo esperaba que no fuera a asegurarse de donde estaba.

Kío tardó en llegar más del tiempo previsto.

—Te dije que diez minutos.

—Lo siento, no encontraba el camino.

—¿La has visto?

—Sí. Ha sido increíble —se le llenaron los ojos de lágrimas—. Me gustaría tanto poder llevarla conmigo.

—¿Es feliz aquí?

—Nadie puede ser feliz cuando está en un sitio en contra de su voluntad. Parece que las paredes de esta fortaleza están empeñadas en retener a las mujeres que quiero.

Iba a abrazarle, pero temía otra entrada de Estela en la sala.

—Estaremos bien, te prometo cuidar de ella.

—Sé que lo harás. Ahora debo irme. Te deseo toda la felicidad, y siento no poder decir que voy a ver tu boda, no podría soportarlo. La mujer a la que amo se casa con otro, y ese otro es mi hermano.

Recogió todo el material y se marchó, yo me quedé allí sentada, pensando en si estaba haciendo lo correcto.

Estela no tardó en aparecer.

—Vera, tenemos que hablar.

—¿Sobre qué?

—Está prohibido que la gente ande por el área privada de palacio si no es acompañado por alguien de la casa.

—Le acompañé hasta el aseo, no me pareció de buen gusto esperarle fuera.

—Bien, solamente quería informarte de una norma que hay que seguir.

—La tendré en cuenta.

—De acuerdo, ahora con tu permiso voy a seguir con la organización de la boda.

Noté que había visto algo, no sé si llegó a saber el destino de la excursión de Kío, pero el aviso había quedado claro.

Intenté concentrarme en mis lecciones, pero durante el resto del día seguí dando vueltas a todo lo ocurrido. Tenía demasiadas dudas, demasiadas preguntas que hacer, y a nadie que me las contestara. Si llamaba para que vinieran a visitarme a Set o a Lea estaba segura de que nos vigilarían tras lo ocurrido esa mañana. Me fui a mi habitación, y encendí la pantalla dispuesta a ver algo que me entretuviese.

Estaban emitiendo un programa especial sobre nuestra boda, en el que se adelantaban una serie de detalles que se habían facilitado para conseguir publicitar la retransmisión que tendría lugar en directo ese día. Mostraron imágenes de la boda de los padres de Vadir, y después del heredero, desde su infancia. Cuando llegó el momento de presentarme fue cuando se torcieron las cosas. Mostraron la imagen de mis pies descalzos, el día del anuncio del compromiso, y yo mirándolos con expresión contrariada, mientras que el locutor decía “¿Es esta la reina adecuada para Rados?”.

Corrí a buscar a Vadir, que se encontraba en su despacho.

—¿Lo has visto?

—Si he visto ¿qué?

—El especial de la boda ¿Has visto cómo me han sacado?

—No, pero seguro que tú me lo contarás.

Le conté con detalle la imagen emitida, y lo que el locutor había dicho mientras estaba en pantalla. Lejos de encontrar a mi prometido indignado vi como estallaba en una sonora carcajada.

—Cariño, se nota que no ves demasiado estos programas. Buscan llamar la atención, la crítica, para que todo el mundo siga el programa en directo el día de la boda.

—¿Pero por qué se ensañan conmigo?

—Porque eres la presa más fácil. De verdad, no le des importancia. Cuando seas princesa ya no se atreverán a decir nada en contra tuya.

—Ya, ahora soy una simple humana nacida de la cría en las granjas.

—Nadie ha dicho eso, no saques las cosas de contexto. El pueblo estará encantado contigo.

—¿Y los miembros del gobierno?

—Supongo que hubiesen preferido que la elegida fuera una de sus hijas o sobrinas, pero no ha sido así.

—No me gusta lo que he visto, me siento humillada.

—Ven aquí —me ofreció sus brazos—. Deja que se entretengan, estos días todos estamos nerviosos, pero muy pronto todo habrá pasado y disfrutaremos de la tranquilidad de palacio.

—Vadir, me gustaría salir de aquí.

—Podremos hacerlo, aunque todavía no, deja que los cambios se produzcan a su tiempo.

—Vale —me acurruqué en su pecho—, esperaré.

Pasamos mucho tiempo así, con él me sentía tranquila, conseguía que pareciera que no existían los problemas, y si existían encontraba una solución para ellos. En el fondo esperaba que Kío hiciera llegar a Set mis palabras, y que supiera que Rados iba a tener un rey que cambiaría las cosas, que haría que toda aquella pesadilla que era el sistema actual se convirtiera en una vida con oportunidades para todos.

El príncipe, pidió que nos sirvieran la cena allí, lo que agradecí, no me apetecía encontrarme con nadie, quería quedarme en aquella habitación para siempre, acurrucada a su lado.

Me quedé dormida sin darme cuenta, cuando me desperté Vadir seguía a mi lado.

—No quise despertarte, dormías tan tranquila...

—Gracias, pero creo que será mejor que vaya a mi habitación.

—No si no quieres —su mano se enredó entre mi pelo acercando mi cara a la suya.

—Esto no está bien, deberíamos esperar hasta la boda.

—Sólo quedan cuatro días, no creo que tenga importancia.

—Si para ti no la tiene para mí tampoco.

No necesité añadir nada más, sus manos comenzaron a recorrer mi cuerpo con ansia, explorando cada rincón. Me dejé llevar por sus caricias y sus besos, le recibí dentro de mí, y después dormimos abrazados en aquel sofá.

XXV

Al día siguiente recibí una grata sorpresa al encontrarme a Lulú en el salón donde se recibía a las visitas.

—Qué alegría verte, no esperaba encontrarte aquí.

—Querrás estar deslumbrante el día de tu boda ¿verdad? —me dio un abrazo y dos sonoros besos que esta vez agradecí.

—¿Vas a ocuparte de mi vestido?

—¡Sí! —y las dos saltamos de alegría.

—Eso es maravilloso, nadie mejor que tú.

—Estela me hizo llamar cuando se enteró de que yo estaba detrás del vestuario que habías lucido en las fiestas.

—Tiene buen criterio, consigues que me vea fabulosa.

—A ti todo te sienta bien, es fácil acertar contigo.

—Gracias, no sabes lo que significa para mí tenerte aquí.

—¿Es aburrida la vida de palacio?

—Estoy muy ocupada, con la formación no he tenido apenas tiempo de darme cuenta de donde estaba.

—Y dime querida ¿le amas? —volvió a estudiar mi mirada.

—Lulú...

—Ahora si te brillan los ojos, parece que la cercanía ha conseguido derretir ese corazoncito —dijo señalándome el pecho.

—Aquí he descubierto muchas cosas del príncipe que me han sorprendido gratamente, hace que me sienta bien a su lado.

—Eso es importante, espero que esa sensación te acompañe durante todo el matrimonio.

—Nunca te lo he preguntado ¿estás casada?

—No, tuve un novio durante mucho tiempo, pero las cosas no llegaron a buen puerto.

—Lo siento.

—No lo sientas, lo que tiene que ser es, y lo que no pasa de largo, por más que nos empeñemos —su cara adquirió una mueca de aceptación—. Pero ahora vamos a ponernos manos a la obra, traigo unas telas fantásticas, primero elegiremos la adecuada y luego ya pensaremos en el modelo. Por suerte tenemos a todo un equipo a nuestra disposición para conseguir un vestido perfecto con tan poco tiempo.

Hizo una señal y la habitación se inundó de humanos y nonen que portaban muestras de impresionantes tejidos.

—Eso es seda —iba explicándome Lulú— ya no es fácil verla, porque los gusanos que la producen están casi extinguidos. Su belleza es imperecedera.

—Me gusta.

—No tan rápido, aún te queda mucho por ver.

Me mostraron todo tipo de telas, todas me gustaban. Lulú las tocaba, las estiraba y hacía pliegues con ellas, o me las colocaba encima dándoles forma. Empezó a desechar algunas, porque no le gustaba su caída o bien porque no eran lo suficientemente espectaculares.

—Es la boda de una princesa —me decía cada vez que mandaba marchar a alguno de los portadores.

—No quiero ir exagerada, se supone que tengo que mantenerme en un segundo plano.

—Ya tendrás tiempo de eso, pero el día de tu boda debes ser la protagonista. Millones de personas estarán viéndote, y querrán ver en ti un sueño hecho realidad.

Cuando únicamente quedaban tres muestras mandó entrar a las costureras, y comenzó a darles medidas precisas: ceñido por aquí, con vuelo a esta altura, el escote menos pronunciado... Tenía claro lo que quería, y la envidié por ello, dejando el vestido a un lado la única que no tenía las cosas claras era yo. Con el corazón dividido en dos, dudaba entre ser fiel al plan de Set o al de Vadir, estaba hecha un lío, y quedaba poco tiempo para que tuviera que decantarme por un lado o por el otro.

Una vez aprobado el diseño y las telas propuestas por Lulú llegaron un equipo de maquilladores y peluqueros, que trataron mi piel y mi pelo con diferentes productos. Ella iba indicándoles qué debían hacer. Y yo dejaba que realizaran su trabajo encantada, aquello era muy relajante.

Lulú se despidió prometiéndome volver el día antes de la boda con el vestido terminado para hacer una prueba, por si era necesario modificar algo. Me habría gustado que se quedara conmigo hasta entonces, pero sabía que no podía pedir aquello. Nos despedimos con un abrazo, y antes de marcharse me entregó una pequeña cajita.

—Esto me lo ha dado Set para ti.

—Gracias —observé la caja, y esperé a que Lulú se marchara para abrirla. Contenía un colgante, era un coris tallado en forma de estrella, cada uno de sus diez brazos contenía multitud de facetas, perfectas, armónicas, que conferían a aquella pieza una belleza inigualable. La cogí en mis manos, quería observarla mejor, era el mejor trabajo de talla que había visto. Entonces vi bajo la pieza una nota que contenía un mensaje: “Tú eliges”.

Ahora lo comprendía todo, aquella piedra sería la señal. Si decidía que el plan de Set tenía que seguir adelante debía ponérmela el día de mi boda, sino no debía hacerlo. Entendí que Kío había hablado con él, que le había explicado lo que le había contado sobre Vadir. En mi mano estaba esperar a que fuera rey y llevase a cabo aquellos planes que prometía, o que decidiera iniciar una revuelta contra el gobierno, que acabaría en una guerra.

Fui a mi habitación y guardé la piedra en uno de los cajones del escritorio, después fui a ver al príncipe.

—Hola, parece cansada —me recibió sentado en su escritorio.

—He pasado el día eligiendo telas y diseño para el vestido. Después he tenido una sesión de belleza de lo más relajante, pero me siento cansada, creo que esta noche me retiraré temprano.

—Si quieres pido que nos preparen la cena ya.

—La verdad es que no tengo mucho apetito.

—Entonces es mejor que te acompañe a tu habitación, debes estar descansada para toda la actividad que nos espera en estos días.

Se levantó, y pasando su mano alrededor de mi cintura me condujo hasta mi dormitorio.

—Pediré que te suban un refrigerio, por si más tarde tienes hambre. Intenta dormir, te hará bien —me besó en la mejilla y se marchó.

Pensé en darme un baño, me vendría bien, pero me sentía tan agotada que preferí salir al balcón a tomar un poco el aire, para luego acostarme. Estaba empezando a oscurecer, y comenzaban a encenderse las luces de los jardines. No se veía a nadie, todo era tranquilidad.

Miré hacia la izquierda, y vi la luz que salía de la habitación de Moma, sentí el impulso de ir a verla, y en esta ocasión no lo frené. Cuando me di cuenta estaba llamando a su puerta. Abrí y la encontré sentada en un sofá, hermosa, con un largo camisón blanco que ensalzaba el tono de su piel.

—Hola, perdona que me presente así.

—Hola Vera, adelante.

—Veo que ya sabes quién soy.

—Todo el país lo sabe —sonrió, tu rostro sale a todas horas en las pantallas.

—Que tonta soy, no recordaba ese detalle —me ruboricé, debía estar pareciendo una estúpida.

—Además sé que eres amiga de mi hijo.

—Sí, trabajábamos juntos, me enseñó todo lo que sé de los Coris.

—Me habló muy bien de ti —eso sí que era una sorpresa, en los pocos minutos que Kío había estado con su madre le había dado tiempo a hablarle de mí.

—Es un gran chico.

—Lo sé.

—Y muy especial para mí —volví a ruborizarme.

—Tú también eres muy especial para él.

—Siento que las cosas tengan que ser así —mis ojos llenaron de lágrimas.

—Ven, siéntate a mi lado —me cogió la mano—. Hace mucho tiempo no tuve elección sobre mi vida, y eso hizo que lo perdiera todo. Desde entonces estoy aquí, en esta habitación, de la que podría salir cuando quisiera, pero sé que no les gusta verme por palacio. Mi vida se reduce a estas cuatro paredes, y sólo en alguna ocasión me permiten aparecer en alguna fiesta, siempre que sea actuando. La reina no aprueba que lo haga, pero es uno de los privilegios que he conseguido a lo largo de todos estos años. Si además de la libertad me quitan la danza, mi vida no merecerá la pena.

Tú matrimonio será mi libertad. Sé que cuando el rey entregue la corona a su hijo se irá del palacio, y eso supondrá el fin de mi trabajo aquí. Pero si mi libertad supone que tú pierdas la tuya prefiero que las cosas sigan como están.

—¿Te llevará con él?

—En el mejor de los casos sí. Si no lo hace sabe que intentarán deshacerse de mí lo antes posible.

—¿Quiénes?

—El gobierno, ellos nunca aprobaron que viviera aquí. La reina es cuñada del gobernador de la zona 1, en cuanto llegué hizo la campaña necesaria para que los gobernadores de todas las zonas estuvieran en mi contra.

—Pero si a ti te obligaron a quedarte aquí.

—Cuanto te dije que no tuve elección no me refería a que me obligaron. El rey me ofreció quedarme, y a cambio aseguraría la supervivencia de Kío, se encargaría personalmente de que llegase a trabajar en la capital, y no tendría que competir con los chicos de su edad en la granja. Si yo no me quedaba, haría todo lo posible porque fuera enviado a reciclaje, decía que yo era la

única que podía contarle quien era su padre, y que tarde o temprano lo haría, y eso sólo serviría para que tuvieran que deshacerse de los dos.

Así que la elección era mi hijo o yo, o ninguno de los dos, la única opción posible para una madre es la que conoces.

—Debió ser muy duro.

—Lo fue, no entendía como un padre podía separar a su hijo de su madre. Recordaba cada noche a mis hijos, pero sobre todo a Kío, él se quedó solo.

—Y ahora le dejo solo yo también.

—Tampoco tú puedes elegir.

—Podría haberlo hecho.

—¿Crees que si hubieses rechazado a Vadir tu vida habría seguido igual? —rio—. Están acostumbrados a conseguir todo lo que quieren, no habría aceptado un no por respuesta.

—Él no es como su padre, es muy considerado, y siempre me ha respetado y me ha dado la opción de elegir.

—¿Estás segura? —la forma en la que me miró al decírmelo me hizo dudar.

—Ya no estoy segura de nada, todo es tan complejo...

—Hagas lo que hagas, espero que consigas ser feliz.

—Gracias Moma.

—Gracias a ti por tu visita. Ahora será mejor que vuelvas a tu habitación, no creo que les guste que estemos juntas.

Me fui a mi habitación, y sobre la mesa vi que habían dejado una bandeja con algunos canapés y una jarra con bebida.

XXVI

A la mañana siguiente fue Estela la que acudió a despertarme. Había dormido tan profundamente que ni tan siquiera escuché los ruidos de la actividad mañanera propia de palacio.

—Buenos días Vera, tenemos programado un ensayo de la ceremonia para dentro de una hora, será mejor que te levantes.

—Buenos días Estela, gracias por despertarme.

—¿Dónde quieres desayunar?

—Bajaré al salón.

—Ayer subí a dejarte algo para cenar, y no estabas —dijo acusatoriamente.

—Salí a dar un paseo, necesitaba que me diera el aire.

—¿Y te metiste en otra habitación? —no supe replicarle—. Mira, no sé qué hacía tu amigo en la habitación de ella el otro día ni por qué estabas ayer tú allí, pero si esa situación vuelve a repetirse no tendré más remedio que informar sobre lo ocurrido.

—Sólo quería hablar un rato con alguien.

—Ella no es la persona adecuada si no quieres conseguir que la reina se ponga en contra tuya.

—Me siento cautiva aquí, veo siempre las mismas caras. Ayer cuando llegó Lulú me pareció un regalo, ojalá pudiera tener visitas más a menudo.

—Nadie te ha negado las visitas, lo único que no puedes hacer es salir del recinto de palacio, no creo que sea tan complicado —me reprochó.

—Perdona Estela, no volverá a repetirse, estoy un poco nerviosa por la boda, eso es todo —dije para intentar bajar la tensión que estaba creándose.

—Está bien, pero recuerda lo que te he dicho. No quiero problemas.

—No los tendrás. Me portaré bien.

—Te espero en el salón en media hora —y salió por la puerta visiblemente enojada.

No había empezado el día con buen pie. Debía mostrarme más cauta. Faltaban dos días para la boda y podía echarlo todo a perder. Evitaría ver a Moma, por lo menos por el momento, no quería que Estela se enfadara, sabía que tenía mucha presión con los preparativos.

Me duché, me vestí y bajé a desayunar. Mi prometido está esperándome.

—Buenos días, espero que hayas descansado.

—Sí gracias, ya estoy recuperada.

—Me alegro, el ensayo durará unas horas.

—Podré superarlo.

—Eso espero —me sonrió.

—¿Y después qué haremos?

—Tengo que recibir a los gobernadores, acompañaré a mi padre en una de sus reuniones,

quiere que me vaya habituando a ellas.

—Suenan interesantes.

—Preferiría pasar ese tiempo contigo —me besó la mano— pero no va a ser posible. ¿Cenaremos juntos?

—Sí, me encantaría.

—Bien, entonces vamos a por ese ensayo, y después a contar las horas hasta la cena.

Tomé un zumo rápido y salimos hacia la gran sala de celebraciones. Allí recibimos instrucciones de cada movimiento que debíamos realizar el día de la boda. Las cámaras nos acompañarían desde la salida de nuestras respectivas habitaciones hasta el jardín en que tendría lugar la ceremonia. Sería el propio rey el encargado de casarnos. Después tendríamos que saludar a todos y cada uno de los asistentes, que nos presentarían sus respetos, eso nos llevaría bastante tiempo. A continuación se celebraría una gran fiesta en la sala de celebraciones, donde nosotros apareceríamos para saludar a toda la nación desde el balcón real. A partir de ese momento comenzarían las actuaciones previstas.

No me gustaba la idea de tener una cámara todo el día siguiendo mis movimientos, pero eso no era algo negociable. Hicimos los recorridos que nos correspondían. Estela nos iba indicando “Más despacio, llevarás un largo vestido, no podrás caminar así de rápido” “Cuando llegues a ese punto mírale, eso quedará muy bien” “El saludo debe ser más formal, así, como hemos ensayado”.

Tenía ganas de terminar con aquello, me parecía una pantomima que resultaría de todo menos natural, cada instante estaba planificado.

Cuando finalizó el ensayo Vadir fue a encontrarse con su padre y los gobernadores, yo pedí que me sirvieran el almuerzo en mi habitación, de tanto repetir el recorrido me sentía cansada de nuevo. Debí quedarme dormida nada más terminar de comer porque me desperté cuando vinieron a retirar las bandejas. No salí del dormitorio hasta la hora de la cena, me quedé pensando, intentando ordenar mis ideas, pero no aclaré nada, terminé llorando tumbada sobre la cama durante largo rato.

Me preparé para la cena con el príncipe, vinieron a avisarme de que me esperaba en el jardín. Al bajar encontré un sendero delimitado por antorchas clavadas en el césped. Lo seguí. Al lado del lago había una mesa para dos, adornada con pétalos de flores, en la que cenaríamos. Él me esperaba en pie, junto a la última antorcha.

—Esto es precioso, gracias.

—Quería que tuviéramos una noche especial antes de nuestra boda, y por si mañana surge algún imprevisto preferí adelantarlo a esta noche —se acercó a mí y me besó suavemente en los labios.

—Tendrías que haberme avisado, me habría arreglado para la ocasión.

—Estás perfecta. Siempre —apartó una de las sillas para que me sentase en ella—.

—¿Qué tal ha ido la reunión con los gobernadores?

—Bien, hemos revisado la actividad de todas las zonas, y los resultados son muy positivos.

—¿Cómo se miden esos resultados? ¿Por mos?

—Claro ¿Cómo sino?

—Podría medirse la satisfacción de sus ciudadanos, creo que sería interesante.

—Si los trabajadores trabajan contentos producen más.

—Y si trabajan con miedo producen lo mismo, pero odiando lo que hacen.

—Estás muy negativa esta noche.

—Sólo estoy dándote otro punto de vista.

—¿Crees que los trabajadores de Rados están descontentos?

—Creo que la gente que no puede elegir su vida la vive descontenta.

—Te dije que cambiaría eso, que trabajaría hasta conseguir que las cosas fueran diferentes.

—Vadir ¿Y si te estuvieran ocultando algo?

—¿Quién?

—Los miembros del gobierno. Imagínate que estuvieran haciendo cosas para proteger sus intereses, y que por miedo a que intervinieseis os las ocultasen.

—Eso no es posible, son cinco gobernadores, si alguno cometiera irregularidades los demás se encargarían de hacérselo saber.

—¿Y si estuvieran los cinco de acuerdo?

—¿Insinúas que conspiran contra la Casa Real?

—No insinúo nada, únicamente planteo posibles situaciones.

—Pensaba que tendríamos una cena romántica ¿Qué te parece si olvidamos el trabajo y hablamos de nosotros?

—Tienes razón, lo siento —me sentía contrariada, había conseguido plantear el tema, y a punto estuve de decirle lo que sabía, pero el momento se había roto.

—No lo sientas, es que quiero que nos conozcamos mejor.

—De acuerdo. ¿Qué habría pasado si yo te hubiese rechazado?

—Es la noche de las preguntas, bien, te contestaré. Si me hubieses rechazado me habría sentido fatal, me gustaste desde el primer momento en que te vi.

—Me refiero a qué habría pasado conmigo.

—¿Contigo? Pues no sé, supongo que continuarías con tu vida, y con tu trabajo.

—¿Seguro?

—Piensas que utilizaría mi posición para hacerte daño ¿verdad? Vera, no sé qué te pasa, pero no te reconozco.

—Estoy nerviosa, y cansada, sólo es eso. Siento no ser buena compañía esta noche.

—Dentro de dos días te convertirás en mi esposa, y es lo que más deseo. Podré soportar que hasta entonces estés así.

Continuamos cenando casi en silencio. Tenía la impresión de que la vida allí dentro iba a ser muy difícil para mí. Si confiaba en Vadir pasaría gran tiempo sola, mientras él atendía los asuntos del país. Y si me decantaba por Set la guerra haría que el palacio se convirtiera en uno de los objetivos principales. Pasase lo que pasase no saldría bien parada.

El príncipe intentó que pasara la noche con él, pero le dije que estaba agotada, y que era mejor esperar a nuestra noche de bodas. Temía que sus caricias no me permitieran elegir claramente cuando llegara el momento, ese momento que se acercaba rápidamente y que marcaría un cambio en la vida de Rados.

XXVII

Lulú me esperaba en la misma sala donde nos habíamos encontrado hacía unos días. Su sonrisa me demostraba que se sentía satisfecha con el resultado obtenido en la confección de mi vestido de novia. Me hicieron ponerme en una especie de pedestal y, ella, con la ayuda de dos de las costureras me vistieron de espaldas al espejo. Noté una tela ligera que se iba acoplando a mi cuerpo, después varias capas más fueron completando el atuendo. Me pidieron que no mirara hasta que no estuviera todo en su sitio. Cuando terminaron las tres me observaron con aprobación. Lulú pidió que me girara despacio, lo hice, y me vi frente al espejo, majestuosa, elegante y bellísima.

El vestido era una superposición de faldas acampanadas en seda blanca, que al moverse se balanceaban con suavidad, imitando a las flores mecidas por el viento. La parte superior parecía hecha con pétalos que se pegaban a mi cuerpo, dejando los hombros al descubierto. Dos finos tirantes de pequeños cristales transparentes completaban el conjunto. Los zapatos estaban hechos con esos mismos cristales.

—Gracias —acerté a decir— sabía que sería bello, pero no imaginaba que pudiera hacerse algo tan maravilloso.

Lulú y las costureras aplaudieron y se dieron un abrazo, el duro trabajo que habían realizado durante los últimos días había sido recompensado.

Tras quitarme el vestido Lulú pidió que lo pusieran sobre un maniquí en mi habitación, que es donde me vestirían al día siguiente. Después llegaron los peluqueros y maquilladores, que arreglaron y pintaron mis uñas en un tono claro, y después probaron diferentes recogidos y maquillajes para, cuando llegase el momento, saber qué tenían que hacer.

Nos trajeron unos canapés a la hora del almuerzo, pero apenas pude comer porque continuamente me pedían que mirara hacia un lado o hacia otro para ver los efectos de su obra desde todos los ángulos.

Por la tarde, cuando terminamos, fui a tumbarme un rato a mi habitación, necesitaba estar a solas. Cuando llegué vi el vestido perfectamente preparado, cuando al día siguiente me lo pusiera sería Vera, pero cuando me lo quitara sería la princesa de Rados, y con aquella idea me quedé dormida.

Me desperté cuando oí ruidos en el jardín, me asomé al balcón y vi las columnas de flores que habían dispuesto marcando el camino por el que llegaría a encontrarme con el príncipe. Hileras de sillas blancas se encontraban a los lados del mismo, y al final, una plataforma con el escudo nacional señalaba el sitio donde tendría lugar la ceremonia.

Un ejército de camareros que cargaban con cajas y bandejas, seguramente en la cocina ya habían empezado a preparar todo lo que se tomaría al día siguiente.

Miré hacia el balcón de Moma, me habría gustado verla allí, pero no había nadie, así que entré

de nuevo en la habitación. Abrí el cajón del escritorio y cogí la cajita con el colgante. Por primera vez, frente al espejo probé a ponerlo sobre mi cuello. En ese momento me di cuenta de que nunca más me lo pondría, confiaba en Vadir y en sus cambios en la normativa. No era necesaria una guerra, no hacía falta que nadie muriese, él conseguiría que los humanos de las granjas fueran tratados como los demás, no como simples animales.

Alguien llamó a la puerta, así que rápidamente devolví el colgante a su escondite.

—Hola ¿soy inoportuna?

—No majestad, sólo estaba descansando un poco —dije a la reina.

—Ya está todo en marcha, Estela está comprobando hasta el último detalle.

—Es estupenda en su trabajo.

—Lo es —admitió de mala gana.

—Supongo que estos preparativos le traerán recuerdos.

—Sí, eran otros tiempos, pero todo esto me recuerda al día de mi boda —sonrió—. Era tan niña... bueno, poco más que tú, lo que pasa es que cuando se van cumpliendo años se ve todo de otra manera.

—Entiendo.

—Antes de que me vaya por las ramas, he venido a traerte esto —me entregó un estuche que traía en las manos.

—¿Qué es? —lo abrí y vi que contenía una diadema de diamantes que construían pequeñas flores, presidiéndolas un coris tallado en forma de corazón —Es impresionante.

—Es la diadema que llevé el día de mi boda, durante generaciones la han llevado el día de su enlace las futuras reinas, ahora te pertenece.

—Yo, no sé qué decir.

—No digas nada y pruébatela —me la quitó de las manos para ayudarme a ponérmela.

—Mira, debe ir así, mañana cuando te peinen te la dejarán bien sujeta, no debes preocuparte porque se mueva.

—Debe costar desprenderse de algo así.

—Me he desprendido de cosas que amaba mucho más —no necesité explicación a sus palabras, la miré a los ojos y le agradecí su regalo.

Después la acompañé a supervisar la decoración de la sala de festejos, aún no habían terminado pero estaban consiguiendo un entorno onírico. Con telas y cristales que pendían del techo emulando un cielo estrellado.

En cuanto apareció Estela la reina rápidamente buscó una excusa para irse.

—¿Lo ves? Me evita.

—Ella también está nerviosa, no lo tengas en cuenta.

—Qué remedio... En fin ¿Te gusta cómo está quedando?

—Me encanta, te has superado.

—Gracias, espero que los invitados piensen lo mismo. ¿Has cenado ya?

—No, aún no.

—¿Qué te parece si vienes conmigo a la cocina y probamos los deliciosos canapés que han preparado?

—Me parece una gran idea.

—Entonces vamos.

Era la primera vez que entraba en la cocina de palacio. La actividad era frenética. El jefe de cocina gritaba dando órdenes, y sus ayudantes cortaban verduras, comprobaban los guisos y corrían a rellenar las masas. Cuando nos vio no tardó en pedir que prepararan muestras de varios platos, que nosotras degustamos con admiración, para deleite de los cocineros, todo estaba delicioso. Verduras, frutas, carnes y pescados, preparados de múltiples maneras, y servidos de la forma más vistosa.

Tras la degustación Estela me acompañó hasta mi habitación, tenía que descansar, quedaban unas pocas horas para el gran día.

XXVIII

Amaneció soleado, los potentes rayos entraban por la ventana y se reflejaban en los cristales de la lámpara de mi habitación, que emitían destellos, al igual que la diadema, ahora colocada en el maniquí que portaba mi vestido de novia.

Me quedé remoloneando en la cama, disfrutando de aquel espectáculo de luz, aunque sabía que pronto llegarían a prepararme.

La primera en hacerlo fue Estela, que tras darme los buenos días hizo pasar a una camarera con una bandeja que contenía mi desayuno. Mientras lo tomaba me prepararon un baño con distintos aceites y esencias.

Me sumergí en la bañera y cerré los ojos, medité mi decisión, y sí, estaba segura de que mantener la paz era lo adecuado, estaría al lado de Vadir para ayudarlo en el cambio, para conseguir una vida mejor para los habitantes de Rados. De mis pensamientos me sacó una ruidosa Lulú, que aporreaba la puerta del baño, apremiándome para que terminara, debía empezar con su trabajo.

Me sequé y envolví mi cuerpo en una bata de suave tela.

Cuando entré en la habitación me encontré con un ejército de costureras y estilistas dispuestos a comenzar cuanto antes.

No me dio tiempo ni a saludar, me sentaron en una silla y comenzaron a trabajar mi pelo y a poner ungüentos sobre mi piel. De vez en cuando alguno se asomaba por la ventana e iba contando lo que se veía en el jardín, aquello hacía que me pusiera nerviosa, todo estaba dispuesto para recibir a los invitados, en pocas horas se celebraría la ceremonia.

Una vez peinada y maquillada Lulú ordenó salir de la habitación a los estilistas, y ella junto a las costureras me ayudaron a vestirme. Con aquella luz el vestido se veía aún más bonito. Mi rostro había cambiado su tono pálido por un ligero rubor, y mis ojos, estaban perfilados de forma que su color se realzaba.

Cuando ya estaba lista llamaron a la puerta. Era Set, que había querido pasar a verme nada más llegar, aunque no estaba dentro del protocolo una visita de ese tipo, seguro que Estela le había permitido un breve encuentro.

Estaba guapísimo con su traje de gala. En cuanto él apareció Lulú y las costureras salieron de la habitación.

—Pareces una princesa.

—De eso se trata —me reí—, tú tampoco estás mal.

—Soy una selección de los mejores genes, no lo olvides —nos dimos un abrazo.

—Me alegra muchísimo verte, te he echado de menos.

—Sabía que estabas bien, Estela me mantenía informado.

—Voy a empezar a sospechar que hay algo entre vosotros...

—No seas indiscreta —bromeó.

—Estar aquí encerrada todo el día hace que me muera por saber todos los cotilleos.

—Bueno ¿Estás preparada? —me preguntó poniéndose serio.

—Lo estoy.

—¿Ya has tomado una decisión?

—La he tomado, creo que Vadir será un excelente rey y que ayudará a cambiar las cosas.

—Eso espero, confiamos en tu juicio, pero quiero que sepas que si cambias de opinión está todo preparado.

—Lo tendré en cuenta.

—Ahora debo irme, no quiero perderme nada —me besó en la mejilla y se marchó.

Estela no tardó en asomar su cabeza por la puerta:

—Comenzamos en quince minutos, recuerda el recorrido y los tiempos.

—Bien —suspiré—, que empiece la función.

—Vera —me dijo antes de desaparecer por la puerta—, suerte.

—¿Crees que la necesitaré?

—Siempre se necesita un poco.

Empezó a sonar el himno de Rados, lo que significaba el comienzo de la celebración. Dos guardianes del palacio perfectamente uniformados abrieron las puertas de mi habitación para indicarme que era el momento de salir. Comencé a andar despacio, como en el ensayo, delante de mí un cámara recogía cada uno de mis movimientos.

La llegada a los jardines me pareció eterna, no me gustaba sentirme observada por aquel aparato.

Me indicaron que parase antes de llegar al jardín, seguramente en ese momento estaban emitiendo en las pantallas de todo el país la llegada de Vadir.

Continué cuando me hicieron la siguiente señal, y salí del palacio. Descendí las escaleras con cuidado, estaba muy nerviosa y no quería caerme y echarlo todo a perder. Mientras lo hacía pude observar que todas las sillas estaban ocupadas, y que incluso había personas de pie. No fui capaz de reconocer a nadie, me estaban mirando, y la respiración comenzó a acelerárseme.

Llegué a la entrada del camino adornado con las columnas de flores. La música cambió, y un coro de voces comenzó a entonar una bella canción mientras me acercaba a donde se encontraban el príncipe y su padre. Creo que no sonreí en ningún momento, no conseguía dejar de temblar.

Cuando llegué, Vadir tomó mi mano y me susurró al oído “Tranquila”.

El Rey comenzó su discurso:

—Habitantes de Rados, hoy celebramos el matrimonio de mi hijo, el príncipe Vadir con la joven Vera. Tanto la reina como yo queremos recordaros la importancia de esta unión, ya que el nacimiento de su primer hijo marcará el inicio de una nueva era con el cambio de monarcas. Es por ello que quiero volver a incidir —dijo esta vez dirigiéndose directamente a nosotros— en lo necesario que es realizar un buen trabajo para garantizar la calidad de vida de esta nación. Ahora por favor colocad vuestras manos —un scanner con el escudo de la Casa Real estaba preparado entre nosotros, colocamos allí nuestras muñecas.

—Vera ¿Prometes seguir la normativa de la Casa Real?

—Lo prometo.

—¿Prometes ser fiel a la corona, al gobierno y al pueblo de Rados?

—Lo prometo.

—¿Prometes acompañar al príncipe cuando te necesite, ejerciendo tus obligaciones no sólo

como esposa sino como compañera de trabajo?

—Lo prometo.

—¿Prometes dedicarte en cuerpo y alma a facilitar las labores del gobierno y sus integrantes?

—Lo prometo.

—¿Y prometes abandonar el palacio y tu puesto como esposa sin oponer resistencia si antes de la celebración del aniversario de este enlace no consigues dar un heredero al príncipe?

—Lo prometo —aquello me dejó helada. Sabía que si pasaba demasiado tiempo sin embarazo podrían hacer algo así, pero me estaban pidiendo quedarme embarazada antes de tres meses. Estaba claro que al Rey no le gustaba y se había guardado ese as en la manga hasta el último momento.

—Y tú, hijo ¿Tomas a esta mujer como esposa?

—Sí

—Entonces que la ley de Rados considere este matrimonio como legítimo y que esta unión traiga paz y prosperidad para toda la nación. Príncipe Vadir, princesa Vera, os deseo una vida llena de prosperidad. Por Rados, aquí y ahora, por siempre.

Los asistentes aplaudieron las palabras de su monarca. Retiramos nuestras manos del scanner y, a continuación, salimos hacia la recepción.

Me había parecido una ceremonia extraña, carente de cualquier tipo de emoción. Pero ante los reyes, el gobierno y el resto del pueblo, éramos marido y mujer.

Al llegar a palacio nos preparamos en nuestro sitio, y enseguida comenzaron a llegar invitados a darnos la enhorabuena y a presentarnos sus respetos.

Estela iba anunciando a cada persona o pareja que llegaba, algunos simplemente saludaban con una reverencia, otros se paraban un rato a charlar con nosotros. El protocolo marcaba que se irían acercando los asistentes de menor categoría en primer lugar, quedando para el final los gobernadores y sus esposas.

Pasamos más de una hora allí en pie, ofreciendo nuestras mejores sonrisas y agradeciéndoles su presencia y las palabras que nos dedicaban. Set no apareció por ninguna parte, le eché de menos en cuanto anunciaron la llegada de Abamel, el gobernador de la zona 5 y su esposa. Tras ellos llegaron Mixo, Jazel y Menar. Terminaríamos aquella recepción con Turo, que acudía acompañado de la hermana de la reina. Cuando llegaron, tras saludar al príncipe y darle la enhorabuena, el gobernador se acercó a mí y me besó en la mejilla, para luego acercarse a mi oído y susurrarme:

—Supongo que habrás echado de menos a tu hermano, pero es que en Rados se castiga a quien no se porta bien.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, no sabía que había pasado con Set, pero la cara de aquel hombre sonriendo maliciosamente no me daba buenas impresiones.

En cuanto se alejaron Estela nos apremió.

—Ahora debéis subir al balcón real, saludáis y selláis vuestra unión con un beso. Todo el país está esperando, será el momento de máxima audiencia.

Me sentía mareada, todo me daba vueltas ¿El gobierno se había dado cuenta de nuestros planes? ¿Dónde se habían llevado a Set? ¿Cómo había adivinado Turo que era mi hermano? ¿O quizá lo había sabido siempre?

Estela notó que me había quedado pálida, así que se acercó a mi lado y me dijo:

—¿Quieres que te traiga algo para beber?

—No gracias, sólo estoy un poco mareada.

—Entonces lo mejor será que os pongáis en marcha.

—Estela ¿puedes hacerme un favor?

—Lo que necesites.

—Vete a mi habitación, y tráeme un pequeño estuche que hay en el cajón central de mi escritorio. Es algo que significa mucho para mí.

—Lo haré, pero daos prisa, están esperando vuestra aparición.

Del brazo de mi recién estrenado marido comenzamos a caminar hacia el balcón.

—Por fin solos —me dijo.

—Sí, demasiada gente ¿verdad?

—No me importa que todos sean partícipes de mi felicidad. Por cierto, aún no he tenido ocasión de decirte que estás preciosa.

—Gracias.

—Ahora vayamos a atender a nuestras obligaciones y luego podremos tenernos el uno al otro.

Caminé despacio, quería dar tiempo a que Estela trajera mi colgante. En cuanto llegase el beso la retransmisión se centraría en las actuaciones, ya no tendría oportunidad de que me viesen a través de las pantallas.

Cuando íbamos a salir al balcón llegó Estela con paso acelerado.

—Ya estoy aquí, venga, salid, es el momento.

—Dame el estuche por favor.

—Después Vera, hay millones de personas esperando.

—Por favor, es un recuerdo que significa mucho para mí, yo no he podido tener a mi familia hoy conmigo, esto —abrió la caja— de alguna manera les representa.

—Es precioso —dijo el príncipe— te ayudaré a ponértelo.

Con la estrella colgada de mi cuello salí al balcón de la mano de Vadir, que tras saludar brevemente, me tomó en sus brazos y me besó.

El beso recibió una gran ovación, tras la cual las luces se apagaron y comenzó a sonar la música. Era una melodía dulce y suave. Las telas que pendían del techo comenzaron a cambiar de color, y mientras lo hacían diferentes instrumentos iban sumándose a la melodía haciéndola más viva y fuerte. De pronto, multitud de bailarines portando grandes pañuelos de colores descendieron del techo, formando un efecto multicolor maravilloso.

En la pista otro grupo simulaba un jardín que florecía, levantando sus brazos poblados de pétalos. Entonces vi a Moma, que descendía del techo con las piernas sujetas por unas telas que las rodeaban. Comenzó a moverse y quedamos todos hipnotizados, su magnetismo era indudable. Se balanceó de un lado a otro, recorriendo todo el diámetro de la pista desde el aire. Casi llegaba a nuestro balcón. En una de sus pasadas pude ver cómo me miraba a los ojos y estiraba su mano hacia mí, al principio pensé que era parte de la coreografía, pero cuando vi su mano alejarse observé que en ella llevaba un enorme anillo con un coris, en forma de estrella.

Lo que vino a continuación me cuesta recordarlo con claridad, una enorme cantidad de telas fueron cayendo del techo, tapando completamente nuestra visibilidad, la música se había vuelto estridente y la sala se sumió en un estado de confusión. Entonces noté como varios brazos tiraban de mí y me elevaban en el aire. Mi cuerpo volaba entre las telas a gran velocidad y estaba completamente desorientada. Cuando mis pies tocaron el suelo una mano sujetaba la mía y tiraba con fuerza. Al principio me resistí, pero cuando pude ver la mano me di cuenta de que era la de Moma, por el coris estrellado, corrí tras ella. Abandonamos la sala de festejos por un pasillo que

no conocía, debía ser el que usaban los artistas para salir a escena. La música seguía sonando alta, y seguramente las telas seguían cubriendo casi todo.

Aparecimos en el jardín trasero de palacio, donde una bala con las compuertas abiertas nos esperaba.

—Dame tu estrella ¡rápido! —me deshice como pude de mi colgante. Ella cogió la piedra, y después arrancó la suya del anillo.

Pulsó un botón y un compartimento se abrió mostrando dos orificios donde encajaban las piedras perfectamente. Al cerrar el compartimento las compuertas se cerraron inmediatamente y la nave se elevó a gran velocidad.

Una vez que tomó altura salimos disparadas, por las ventanillas no podía ni distinguirse por dónde íbamos.

En pocos minutos comenzamos a descender, pregunté a Moma a donde nos dirigíamos, me contestó que ella tampoco lo sabía, el trayecto ya estaba programado de antemano. La velocidad se redujo y pude ver bajo nosotras el mar, un mar inmenso que solo conocía a través de las pantallas de entretenimiento de la granja. Después vi que sobrevolábamos una zona de gran vegetación, aquel parecía ser nuestro destino, porque la nave puso la señal de aterrizaje.

XXIX

Las compuertas se abrieron y pudimos ver que estábamos en un pequeño claro rodeadas de árboles altos y frondosos.

Miré a Moma.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

—Cuando Kío vino a verme me regaló el anillo con el coris, y me dijo que si el día de la boda aparecías con uno igual debía sacarte del palacio como fuera. Me entregó un escrito con las instrucciones precisas, y yo las he seguido. Sé que quería que las dos estuviéramos a salvo.

—¿Viste la retransmisión?

—La vi.

—¿Y qué pasó?

—Estábamos viéndola en la sala en la que nos preparamos para las actuaciones, habían puesto una gran pantalla para que pudiéramos seguir el evento hasta que llegara el momento de salir a escena. Me fijé que durante la ceremonia no llevabas el colgante, pero nada más salir al balcón comprobé que te lo habías puesto. Esperé a asegurarme, cuando las cámaras se acercaran a captar el beso. Entonces la señal se interrumpió, y lo que vi allí fue... horrible —se llevó las manos a la cara para ocultar las lágrimas.

—Necesito saberlo.

—Mostraban unos enormes edificios grises con una gran chimenea humeante, y una voz iba diciendo: “Estos son los centros de reposo para los que estáis trabajando, son iguales que los de reciclaje. El gobierno de Rados os está mintiendo. Ellos matan a vuestros padres, a vuestros hermanos y a vuestros hijos. Ha llegado el momento de cambiar las cosas. Luchemos por nuestra libertad. Y el símbolo del coris estrellado aparecía en la pantalla”.

—Entonces lo hicieron, llevaron a cabo su plan.

—No sé de qué plan me hablas.

Le conté todo, desde mi encuentro con Set hasta la última reunión mantenida con los miembros del equipo. Le expliqué cómo habíamos conseguido la información y la necesidad de hacérselo saber al resto del pueblo.

—Esto va a causar muchas muertes —me dijo con tristeza.

—Nos iban a matar igual, pero así, al menos, podemos intentar cambiar las cosas.

—Ellos son muy poderosos, no dejarán que les arrebaten sus privilegios.

—Han cometido un error, han creado mentes de gran inteligencia que pueden ganar esta batalla.

—No creo que todos se pongan de nuestro lado.

—Es cierto, no serán todos, pero creo que sí lo hará una mayoría.

—¿Y dónde estará Kío?

—No lo sé, y tampoco sé dónde está Set, pero espero que volvamos a encontrarnos.

—Yo también lo espero. Ahora deberíamos inspeccionar la zona, pronto se hará de noche.

—Vamos —rasgué mi vestido de novia dejando sólo una de las capas de la falda y caminé con Moma.

Tardamos más de una hora en conseguir salir de aquella arboleda, había comenzado a oscurecer y no encontrábamos ningún rastro de vida humana.

Comenzamos a desesperarnos. Si todo había salido según lo previsto estaríamos fuera de Rados, pero ¿dónde?

Amanecí en una cama mullida arropada con unas mantas de un tejido tosco. Miré hacia ambos lados y no reconocí el lugar. Era una habitación creada en unos materiales pobres, parecían antiguos, nada que ver con cualquier construcción de Rados.

Me levanté y eché un vistazo por la pequeña ventana que había en una de las paredes, estaba empañada, por lo que tuve que pasar la mano para poder mirar a través de ella. Vi a dos niños jugando, saltaban con una cuerda y cantaban canciones mientras lo hacían.

Aún llevaba puesto lo que quedaba de mi vestido de novia, pero no tenía los zapatos, tampoco tenía la diadema de diamantes sobre mi cabeza. Abrí la puerta de aquel cuarto dispuesta a saber dónde me encontraba, al hacerlo noté un olor delicioso, llevaba tantas horas sin comer que mi instinto me llevó a bajar por las escaleras siguiendo aquel aroma.

Llegué a una cocina pequeña, igual de pobre que la habitación de la que venía. Allí estaba Moma, con una taza entre las manos, hablando con una mujer.

—Buenos días —dije.

—Buenos días Vera ¿Cómo te encuentras?

—Un poco mareada ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—Te desmayaste, y tuve que cargar contigo un buen tramo. Menos mal que el marido de Marta nos encontró y me ayudó a traerte hasta su casa.

—No recuerdo nada, pero gracias —dije dirigiéndome a aquella mujer regordeta de pelo enmarañado.

—No habla nuestro idioma, nos hemos entendido por señas y algún dibujo —señaló unas hojas que había en la mesa entre ellas.

Me senté y Marta enseguida me trajo algo para comer. Me sonreía y me preguntaba si me encontraba mejor, o al menos era lo que yo le entendía.

Pasamos la mañana en aquella casa, ayudándola en lo que podíamos, ya que desconocíamos cómo se preparaban los alimentos y muchas otras cosas que parecían formar parte de su vida cotidiana.

A la hora del almuerzo llegó su marido y los dos niños que había visto jugando desde la ventana de la habitación. Se mostraron amables y dispuestos a agradar. También nos invitaron a quedarnos con ellos hasta que yo estuviese completamente recuperada. Aquello supuso un alivio para Moma y para mí, ya que no teníamos a donde ir y nos encontrábamos en un país completamente desconocido.

Marta nos prestó algo de ropa, que nos quedaba corta y ancha, pero era mejor que lo que llevábamos nosotras. Y su marido nos acercó al pueblo más cercano, para que fuéramos conociendo el entorno.

Algo teníamos que hacer, ganarnos la vida de alguna manera. No es que estuviéramos mal en casa de aquella familia, pero veíamos que vivían con lo justo, y dos bocas más que alimentar era demasiada carga para ellos.

¿Qué iba a ser de nosotras? Se suponía que de Rados habían partido varias naves, quizá deberíamos comenzar a buscar al resto, o ponernos en contacto con las autoridades de ese país, aunque eso no nos pareció buena idea en ese momento. ¿Cómo sabríamos lo que estaba pasando allí? Y sobre todo ¿Podríamos volver algún día?

Esas eran las preguntas que nos hacíamos cuando salíamos a recoger frutos y veíamos lo diferente que eran las cosas allí, no sabíamos si podríamos adaptarnos. Gozaban de una libertad que nosotras nunca habíamos disfrutado, y nos sentíamos como un animal liberado después de haber vivido siempre en una gran jaula, sin saber qué hacer.

Pasamos así varias semanas, y ya nos parecía demasiado tiempo para estar aprovechándonos de Marta y su familia. Nunca nos pusieron mala cara, pero sabíamos que sobrábamos en un hogar que no era el nuestro. Yo moldeaba cuencos en barro que después de horneados podían venderse, pero las ganancias no eran suficientes para nuestra manutención. Y Moma era una artista, pero pensaba que sus actuaciones no iban a ser comprendidas en aquel lugar desconocido.

Una mañana volví a sentirme mareada, estaba limpiando el suelo de la cocina cuando noté que todo me daba vueltas. Me levanté agarrándome a todo lo que tenía la capacidad de soportar mi peso y me senté.

Moma enseguida acudió en mi ayuda, me tocó la frente, me miró a los ojos y me preguntó:

—¿Qué es lo que sientes?

—Mucho cansancio, y de repente todo empieza a dar vueltas. A veces me dan asco los olores y me apetece vomitar, aunque nunca lo hago.

—Vera ¿Podrías estar embarazada?

—Podría ser —contesté, aunque en ese momento tuve la certeza de que esa era la razón de mi malestar.

—Vete a acostarte un rato, yo terminaré de limpiar el suelo.

—Gracias.

Subí a la habitación que compartíamos y me metí en la cama. Estaba embarazada, eso sí que no entraba en mis planes. Y tenía dos opciones, que el padre fuera Kío, hijo ilegítimo del rey de Rados y de Moma, o que lo fuera Vadir, mi marido y próximo monarca.

Ahora sí que estaba hecha un lío, pero tenía una cosa clara, no pensaba separar a ese hijo de su padre, fuese quien fuese, esa era una de las razones por las que se había iniciado todo. Mi hijo tendría derecho a saber de dónde venía, y podría vivir con sus progenitores hasta que quisiera irse de casa y formar su propia familia.

Tenía que volver a Rados, no sabía cómo iba a conseguirlo pero tenía que hacerlo, y antes de que esa criatura naciese.

XXX

Pasaron varias semanas hasta que encontramos a otros habitantes de Rados que, como nosotras, habían sido trasportados a un país lejano sin saber muy bien cómo.

Tras el conocimiento de mi embarazo Moma y yo decidimos dejar la casa de Marta, agradecemos como pudimos su hospitalidad y nos despedimos con una pequeña provisión de alimentos y una manta que nos ayudó a soportar las frías noches que pasamos durmiendo en el bosque.

Tardamos en encontrar la bala que nos había traído desde Ígrada, que a partir de entonces se convirtió en nuestro hogar y centro de referencia desde el que salíamos todos los días a buscar frutos con los que alimentarnos. El desconocimiento de mucha de la vegetación que allí había nos obligaba a ser prudentes con lo que nos llevábamos a la boca. Moma era la primera en probar lo que encontrábamos, se negaba a que yo, en mi estado, pusiera en peligro la vida del bebé comiendo algo que pudiera hacernos daño. Fueron varias las ocasiones en las que terminó vomitando lo ingerido, y una vez incluso llegó a tener fiebre y alucinaciones al tomar unos pequeños frutos rojos que abundaban por la zona. Por suerte todo se quedó en una anécdota, y al día siguiente estaba plenamente recuperada.

—Vera, no podemos seguir aquí mucho más tiempo, tenemos que encontrar a los demás. Si queremos volver debemos buscar la manera de hacerlo, y sabes que no va a ser algo fácil.

—Lo sé, pero no podemos seguir aquí sin saber qué está pasando en Rados, y ahora —dije tocándome mi aún liso vientre— tengo que pensar en el futuro de mi hijo.

—¿Y no crees que sería mejor esperar a que vinieran a buscarnos? No sé lo que estará pasando allí, pero no creo que en estos momentos sea el lugar más adecuado para que nazca un bebé.

—En el palacio estará a salvo, el ejército se encargará de que nadie pueda atravesar sus muros, aquello es una verdadera fortaleza.

—¿Y es el palacio el lugar que le corresponde? —ante su pregunta me quedé sin respuesta posible.

No había comentado con ella mi relación con Kío, pero supongo que una madre no necesita saber mucho para sacar sus propias conclusiones, acertadas o no.

El incómodo silencio se rompió cuando percibimos un extraño ruido, Moma me indicó con señales que me mantuviese callada y trató de identificar de dónde provenía. El sonido de la noche en un bosque produce sentimientos encontrados, por una parte gozas de la tranquilidad y la libertad, y te recreas con el murmullo de las ramas mecidas por el viento, o con las llamadas de las aves. A veces buscas con la mirada de donde vienen los chasquidos producidos por el pisar sobre las hojas del suelo, pero es raro que se consiga ver al pequeño animal que los produce. En esta ocasión el chasquido fue mucho más fuerte, y lo acompañó un silencio que me hizo sentir miedo.

Moma siguió escuchando, pero no logró identificar el origen de aquel sonido. Seguimos sin hablar, expectantes, hasta que notamos unos pequeños golpes sobre el fuselaje de nuestra bala. Nos acercamos una a la otra, como queriendo protegernos, y nos quedamos mirando hacia una de las ventanillas. Volvieron a sonar los golpes, comencé a temblar, no sabía que era lo que había allí afuera. Entonces, cuando ya estaba a punto de no poder contener un grito vimos una pequeña cara asomarse por la ventanilla, era un niño, de unos diez años, que daba golpecitos en el cristal para llamar nuestra atención. Moma apretó mi brazo indicándome que no me moviera de mi sitio y se acercó a abrir la compuerta, al hacerlo nos quedamos inmóviles, decenas de pequeñas caritas estaban mirando hacia el interior de nuestra nave.

—¿Sois sólo dos? —preguntó uno de los chicos mayores acercándose a donde estábamos aún sorprendidas por su presencia.

—Sí, estamos solas ¿cuántos sois vosotros? —preguntó Moma recorriendo con la vista el grupo de muchachos.

—Casi doscientos —contestó el mismo chico—, las madres están en el campamento con los más pequeños, algunos chicos mayores se fueron hace varios días a buscar ayuda, pero aún no han vuelto.

—¿Vivís en el bosque? —pregunté.

—En las balas, como vosotras. No sabemos muy bien lo que hay por ahí, por eso un grupo fue a inspeccionar la zona y a buscar un sitio seguro.

—¿De dónde venís?

—La mayoría somos de las granjas de Alpe y Zen, aunque también hay una bala de Tarisa, pero no viven con nosotros, prefirieron quedarse en su bala, son unos treinta, y hay varios bebés muy pequeños. Fuimos encontrándonos a las semanas de llegar, cada una aterrizó en un sitio diferente, seguramente encontraremos a más.

Si los planes de Set no habían fallado tendrían que haber salido de Rados unas cien balas con distintas rutas, quizá el país en el que nos encontrábamos no había sido el único destino, y puede que alguna hubiera sido abatida antes de conseguir atravesar la salida abierta en la zona de seguridad.

Tras dejar que los pequeños observaran nuestra bala y nuestras cosas decidimos recoger lo poco que teníamos y acompañarles para reunirnos con el resto.

Fuimos despacio, la oscuridad no ayudaba a mucho. Los niños andaban en silencio, volviendo de vez en cuando la vista atrás para ver si les seguíamos.

Llegamos a un claro en el bosque, al lado de un pequeño río en el que se reflejaba la redonda luna que lucía en el cielo. Parecía no haber nada allí, pero ante nuestra llegada, numerosas compuertas comenzaron a abrirse bajo unos montículos de ramas y hojas, estaban bien ocultos.

Nos hicieron pasar a una de las balas, donde dos madres enseguida se atearon para darnos algo de comer. Nos pusieron delante unos trozos de madera que contenían pequeñas tajadas de carne mezcladas con hojas. Lo comimos con las manos, llevábamos tantos días a base de fruta que aquello nos pareció delicioso.

Se presentaron como Mina y Nora, dirigieron principalmente sus comentarios y atenciones a Moma, a mí apenas se atrevían a mirarme. Era fácil entender por qué, no hacía mucho tiempo mi rostro aparecía habitualmente en las pantallas de comunicación de Rados, y mi presencia en aquel lugar debía resultarles extraña.

Nos facilitaron un sitio para dormir, en una de las esquinas de la zona de carga de la misma nave donde nos recibieron. Me acurruqué al lado de unos niños cuya acompasada respiración

denotaba que llevaban un buen rato dormidos. Estaba exhausta, pero apenas conseguí conciliar el sueño, aquellas personas ya no me veían como un igual, y se notaba que mi presencia no les resultaba grata.

Cuando comenzó a hacerse de día uno de los pequeños se despertó, y no tardó en comprobar que yo también lo estaba, así que vino a mi lado con una gran sonrisa en la cara buscando mi atención.

—Hola ¿Cómo te llamas pequeño?

—Nahir.

—Yo me llamo Vera —le sonreí.

—Eres muy guapa, tu pelo tiene luz —dijo el niño acercando su manita a uno de los mechones que caían por mi cara.

—Gracias Nahir, tú también eres muy guapo.

—Ya sé leer, casi tan bien como Nahir el mayor —me dijo orgulloso.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Somos tres chicos y dos chicas. Yo soy Nahir2, el pequeño aún es un bebé.

—¿Y cuántos años tienes Nahir2?

—Cuatro, pero muy pronto cumpliré cinco. Mamá me ha dicho que haremos una pequeña fiesta, aunque no podré tener un pastel dulce.

—Seguro que encontraremos algo para hacerte un pastel muy rico —el pequeño me sonrió.

—Nahir2 ¿quieres dejar de molestar? —la voz de la que supuse era su madre nos interrumpió.

—No molesta, es encantador —contesté a la mujer intentando que nos dejara seguir con nuestra pequeña charla.

Ella me miró con desaprobación, estaba claro que más bien era yo a quien quería mantener alejada de su hijo. Acaricié la sucia carita del niño y me dispuse a levantarme para salir de la bala y respirar un poco de aire fresco, allí dentro el ambiente estaba muy cargado por tantas personas durmiendo juntas. Salí con cuidado de no pisar a nadie, y me sorprendí por el efecto que el campamento tenía a la luz del día. Habían conseguido ocultar las balas de tal manera que quedaban integradas en el paisaje, desde el cielo sería imposible distinguirlas del resto de los árboles, habían hecho un gran trabajo.

Caminé hacia el río, con la idea de refrescarme un poco, desde que había vuelto al bosque con Moma las oportunidades de asearnos habían escaseado. Apenas había tocado el agua cuando escuché unos pasos que se acercaban detrás de mí. Me giré y vi a la madre de Nahir que se acercaba con cara de pocos amigos. No dije nada, esperé a que ella comenzara a hablar.

—No sé qué haces tú aquí, pero espero que no nos pongas en peligro.

—No es mi intención hacerlo.

—¿No ha sido ya suficiente? ¿Queréis acabar con todos nosotros?

—Yo soy como vosotros —contesté con toda la rabia.

—Vera ¿podrías esperarnos en la bala? —la voz de Moma interrumpió nuestra conversación. Estaba de pie, con el semblante tranquilo, y miraba a la otra mujer fijamente. Cuando me levanté y me dirigí hacia la nave se quedó en silencio, esperando a que me alejara lo suficiente para no oír lo que iba a decirle a la madre de Nahir.

XXXI

La mayoría de los niños ya se habían despertado, y Mina y Nora se afanaban preparando en una pequeña hoguera una especie de infusión de hojas moradas que serviría de desayuno para los pequeños. La mayoría estaban demasiado delgados, pero en el bosque a pesar de que, como habíamos podido comprobar por la cena de la noche anterior, el grupo cazaba y pescaba para alimentarse, había carencia de casi todo tipo de alimentos.

Entré en la bala y comencé a recoger las telas y mantas que habían servido para taparse durante la noche, las fui doblando y poniéndolas en una esquina para dejar libre el mayor espacio posible. Cuando terminé me quedé sentada, esperando la vuelta de Moma, no quería incomodar a las madres ofreciéndoles mi ayuda, bastante difícil era para ellas vivir en aquellas condiciones y sacar adelante a todos sus hijos.

Vi a la madre de Nahir acercarse al grupo de mujeres que se encontraban alrededor del fuego alimentando a los bebés, hablaron en voz baja, no pude escuchar ni una palabra de lo que decían. De vez en cuando alguna giraba la cabeza hacia donde yo estaba tratando de asegurarse de que no me acercaba a donde estaban ellas.

Me sentí triste. No encajaba allí, ya no encajaba en ninguna parte. Mis ganas de volver a Rados crecieron en ese momento tanto como el arrepentimiento por haber iniciado todo aquello. No entraba en nuestros planes que los habitantes del país que fueran evacuados tuvieran que vivir de aquella manera, y estaba segura de que la peor parte se la habían llevado los que no habían tenido sitio en las balas para escapar de las granjas.

Observé como una de las madres se llevó a los pequeños hacia otra zona, mientras otra puso más agua a calentar. El resto de las mujeres desaparecieron en el interior de una de las naves escondidas bajo las ramas, y al rato pude ver como dos de ellas se dirigían con algo en las manos hacia donde yo estaba. Venían serias, sin mediar palabra, supuse que iban a echarme de allí, para ellas yo era la princesa de Rados, ya no era un espécimen de una granja, sino que había subido de categoría y pertenecía a la élite del país.

Cuando se acercaron no pude evitar retroceder con todo mi cuerpo hasta quedar con la espalda pegada al fuselaje. Me miraron, calladas, esperando, luego bajaron la mirada y comenzaron a desenvolver algo que traían dentro de un paño. Era una especie de cuchillo puntiagudo y afilado ¿Qué pretendían hacerme? Estaba paralizada ante aquello, si querían que me fuese me iría, pero ¿pretendían matarme?

—Estoy embarazada —conseguí decir mientras las lágrimas comenzaban a caer por mis mejillas.

—Lo sabemos —dijo una de las mujeres.

—Mi bebé no se merece esto.

—Los nuestros tampoco se lo merecen.

—Yo no quería...

En ese momento llegó Moma y les preguntó si lo tenían todo listo, ellas asintieron. Yo estaba confusa ¿iba ella a formar parte de aquello? Otra mujer llegó con un recipiente con agua hirviendo. Pude ver como lo separaba de su cuerpo para evitar que el vapor le fuera hacia la cara. Las fui mirando a todas, una a una, sus expresiones me desconcertaban, porque no parecían agresivas, aunque sí contrariadas. Comencé a sentirme mareada, y a continuación me desmayé.

Desperté con la mano de Moma sobre mi frente preguntándome cómo me encontraba. Me dijo que llevaba horas durmiendo, que seguramente habría pasado la noche en vela y mi cuerpo se sentía agotado.

—No te preocupes, todo irá bien, ellas van a ayudarnos —la miré sin saber muy bien a qué se refería.

—Lo tenemos todo preparado —dijo la madre de Nahir, acercándose a la montaña de mantas que cubrían mi cuerpo.

Me incorporé despacio, desorientada, no tenía muy claro qué había pasado.

—Ven siéntate aquí —me indicó Moma ayudándome a levantarme y señalando uno de los sillones de la bala.

Varias mujeres estaban de pie junto al sillón, mirándome con cara de preocupación.

—¿Qué vais a hacerme? —pregunté.

—Te ayudaremos a volver, alguien tiene que sacarnos de aquí —dijo una de ellas.

Volví a mirar a Moma, como exigiéndole una explicación a todo aquello. Se limitó a poner una mano sobre mi hombro para tranquilizarme, mientras asentía con la cabeza indicando al resto de las mujeres que ya podían comenzar.

La madre de Nahir cogió el afilado cuchillo y lo acercó a mi cabeza.

—¡No! ¡No podéis hacer esto! —empujé su mano para retirar aquel arma lo más lejos de mí.

—Tranquila, el pelo vuelve a crecer, lo importante es conseguir que no te reconozcan —me dijo con suavidad mientras comenzaba a cortar con el cuchillo mechones de mi cabello.

—Entonces, ¿no vais a matarme?

La carcajada fue generalizada.

—¿Matarte? Nos han educado para sobrevivir, no para eliminar a los demás, de eso ya se estaban encargando los del gobierno hasta ahora —dijo la madre de Nahir—. Por cierto, creo que no me he presentado, me llamo Dila, y siento lo que pasó esta mañana, sólo conocía una parte de la historia.

Todas fueron presentándose, contándome de dónde venían y quienes eran sus hijos. Mientras, los mechones de mi pelo iban cayendo al suelo, y algunos niños venían a recogerlos y se los llevaban como si fueran un trofeo.

Nos contaron como fue el día de su salida de Rados, como fueron empujadas hacia las balas por los padres y los hijos mayores. Como habían estado mirando con atención las pantallas durante la boda, sin darse cuenta de que el nerviosismo que se respiraba en el ambiente era por algo.

—El padre de Nahir me dijo la noche anterior que había llegado gente de Ígrada, y que esa misma noche se reunirían con los sementales y con algunos de los trabajadores de la granja. No sabía sobre qué querían hablarles, pero noté que estaba nervioso.

—¿Sabes de lo que hablaron? —le pregunté.

—No, pero al día siguiente estaba serio y distante durante la retransmisión de la boda. Cuando se interrumpió la señal y a continuación pusieron el video de las actividades ocultas del gobierno

corrió hacia nosotros y nos apremió a dirigirnos a la bala que estaba preparada. Todo ocurrió muy rápido, los hombres que habían llegado de Ígrada gritaban dando indicaciones, y los nonen parecían desprogramados, ninguno se movió. Después cerraron las compuertas de la nave y aparecimos aquí. No había capacidad para todos, muchos se quedaron allí, algunas madres se quedaron bloqueadas en cuanto emitieron las imágenes y no se movieron del sitio.

—Debió ser muy duro.

—No hay noche en la que no se me vengan a la cabeza las expresiones de terror de aquellas caras, asombradas ante lo que estaban viendo.

—Espero que estén a salvo.

—Yo también, pero supongo que las granjas habrán sido arrasadas tras nuestra marcha.

No pude contestarle, no sabía que palabras utilizar, porque ni yo misma sabía cuál había sido el futuro de Rados tras nuestra marcha. Toqué mi cabeza, con el pelo ahora corto, me sentí extraña, como si el aire pudiera meterse en mi cerebro.

—Te acostumbrarás —dijo Dila poniéndome una mano sobre el hombro—. Ahora vendrán a cambiar el color, han hervido diferentes plantas que ayudarán a ello, de lo que no están muy seguras es de cuál será el resultado definitivo.

—Tampoco importa demasiado —contesté mientras miraba a una mujer que removía un líquido oscuro dentro de un cuenco.

Aplicaron el líquido sobre mi cabeza, frotando con los dedos las raíces de mi cabello. Las gotas caían por mi cara, y de vez en cuando las limpiaban con un trozo de tela humedecida. Cuando terminaron dijeron que debíamos esperar antes de retirar el resto. Volví a quedarme dormida, mientras pasaba el tiempo, y cuando me desperté ya habían comenzado a lavar con agua mi cabeza ennegrecida.

Cuando terminaron me trajeron una placa metálica que seguramente habían arrancado de la bala, no era un espejo, pero podía hacerme una idea del resultado del cambio de imagen mirándome en ella.

Mi larga melena rubia ya no estaba, ante mis ojos se reflejaba una persona totalmente diferente, con el pelo muy corto y oscuro, que hacía parecer mis ojos más grandes y claros. Sonreí, no estaba mal sentirse diferente.

—¡Están de vuelta! ¡Han regresado! —gritó un pequeño corriendo hacia nosotras.

Dila salió en la dirección que indicaba el niño y yo la seguí.

Un grupo de adolescentes avanzaba hacia el campamento rodeado de los niños que habían corrido a su encuentro. Me quedé en un segundo plano, dejando que las madres fueran a saludarles, aunque la bienvenida no fue muy efusiva, habíamos sido adoctrinados para no manifestar nuestros sentimientos y, aunque ya estábamos lejos del control del gobierno, era algo difícil de cambiar de un día para otro.

Los jóvenes parecían cansados, y su aspecto invitaba pensar que llevaban varias noches durmiendo al aire libre. Sus pasos hacían crujir las hojas secas del suelo y ese era el único sonido que se escuchaba.

Cuando llegaron al centro del campamento una de las madres se acercó al que parecía mayor de todos ellos.

—¿Cómo ha ido todo?

El joven bajó la mirada y luego la dirigió al resto de los compañeros que le habían acompañado en el viaje. Una chica de pelo largo y ondulado se adelantó hasta ponerse a su lado, y le apretó suavemente el brazo como pidiéndole la palabra. El chico asintió y la joven comenzó a

hablar.

—Llegamos a un pueblo donde fueron muy hospitalarios, nos dieron de comer y beber, e incluso nos ofrecieron un sitio para dormir. No hicieron preguntas, aunque apenas podíamos entendernos con ellos. Intentamos explicarles de donde veníamos, y que necesitábamos ayuda. Les contamos que había niños pequeños que habían llegado con nosotros de otro país y que no estaban viviendo en las condiciones adecuadas. Nos ofrecieron más comida, y mantas, aunque ellos tampoco tenían demasiado. Les dijimos que no era eso lo que necesitábamos, sino ponernos en contacto con su gobierno para que nos ayudara, para que ayudara a los que habían quedado en Rados. Se mostraron temerosos, nos indicaron por donde teníamos que ir, pero ninguno se ofreció a acompañarnos.

Seguimos el camino siguiendo sus instrucciones, cargados de provisiones, y con la esperanza de encontrar quien nos ayudase, pero al llegar al siguiente pueblo entendimos por qué tenían miedo. El pueblo estaba abandonado, o al menos eso nos pareció al principio, pero después...— se paró un momento antes de seguir hablando— después vimos algo horrible.

En una de las casas encontramos cadáveres, decenas, con signos de violencia. Había cuerpos mutilados, sangre seca por todas partes, el hedor era insoportable.

Nos alejamos de allí, no entendíamos qué había podido pasar.

Entonces nos encontramos otro pueblo, no era muy grande, cuatro o cinco casas. Delante de una de ellas había un gran vehículo con ruedas que tocaban el suelo. Unos hombres arrastraban a una mujer a su interior, dos niños lloraban y gritaban llamándola. Uno de los hombres empujó a uno de los pequeños contra la pared al intentar apartarlo de la mujer. Entonces llegó un hombre corriendo y gritando, suponemos que era el padre de los niños, pero de la parte delantera del vehículo salió alguien armado que le disparó sin pensárselo dos veces. No era un nonen, pero era igual de cruel.

Ante esto las madres que escuchaban comenzaron a hablar entre ellas. ¿Qué sitio era este al que las habían enviado? ¿Acaso aquí iban a estar más seguros que en las granjas?

La joven continuó hablando:

—Seguimos al vehículo, iba despacio, porque paraba en cada casa habitada, y la escena volvía a repetirse. Pero al acabar el día cerró sus compuertas y salió a una velocidad que nos hizo imposible seguir con la persecución.

—¿A dónde les llevaban? —Preguntó Mina.

—No lo supimos hasta días después, cuando llegamos a uno de aquellos edificios. Los llevan a campos de trabajo, donde día y noche están en líneas de producción, sin apenas descanso. Pudimos ocultarnos y vimos que muchos caen rendidos, y cuando eso pasa nadie se atreve a hacer nada, llegan los hombres que vigilan, se los llevan y ponen a otros en su lugar.

—¿Quieres decir que les matan a trabajar?

—Sí, cuando necesitan nuevo personal van a los pueblos en busca de más, y si se niegan o causan problemas acaban con ellos en el acto.

Se hizo un silencio, algunos se miraban con lágrimas en los ojos. Habían sido evacuados de Rados en busca de una vida mejor y más segura, y ahora estaban en un país extraño que trataba a sus habitantes con la misma crueldad, pero sin tanta tecnología.

Aquella noche volví a desvelarme, no era capaz de dejar de pensar en todo lo que habían contado. Parecía que en todos los países los gobiernos sólo miraban por sus intereses y utilizaban a la población a su antojo, sin tener ningún tipo de miramiento a la hora de terminar con la vida de

quien no colaborase.

Di vueltas en mi rincón, y observé a Nahir durmiendo con una sonrisa en los labios. Los chicos habían conseguido traer un poco de azúcar y harina para que pudiera tener su pastel dulce para celebrar el cumpleaños, al menos él vería cumplido su sueño, ignorante de todo lo que estaba pasando y que los mayores si comprendían.

Decidí salir de la bala, necesitaba respirar aire fresco, si la noche no era muy oscura incluso podría ir hasta el riachuelo a refrescarme un poco la cara. Puse mis pies descalzos sobre la hierba, acariciando inconscientemente mi vientre, mientras pensaba qué tipo de vida sería la que le tocaría conocer a quien vivía allí dentro.

Hacía un poco de frío, pero comencé a caminar con la idea de llegar al riachuelo. Fui despacio, sin hacer ruido, suponía que tras las noticias recibidas muchas madres estarían con el sueño ligero, alerta por si pasaba cualquier cosa.

Estaba a punto de llegar cuando escuché unas voces bajas, hablando como en un susurro, me oculté para que no me vieran, e intenté acercarme lo máximo posible para ver de quien se trataba.

Mis ojos tardaron un rato en adaptarse a la oscuridad, pero allí estaba Akín, el joven que encabezaba al grupo que había regresado, y la chica de melena ondulada que había contado lo ocurrido. Él la rodeaba con un brazo, mientras ella apoyaba la cabeza en su hombro.

Aquella escena me entristeció, no por lo que veía, sino porque me di cuenta de que me gustaría estar en aquella situación con alguien, alguien que me dijera que nada malo iba a ocurrir y que todo se solucionaría, alguien que me protegiera y que cuidara de mí, pero no fue en Vadir en quien pensé, ese alguien quería que fuera Kío. Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas y empecé a sentir frío. Volví a echar un último vistazo a la pareja, que permanecía inmóvil, abrazada, ajena a los ojos que les observaban, y regresé a la bala, donde por un momento dejé de dar vueltas a lo complicado que era todo y soñé despierta que estaba en los brazos de Kío, y así me quedé dormida.

XXXII

Amaneció lloviendo, por lo que todo el mundo se apiñaba dentro de las balas, los niños estaban irascibles. Algunos insistían en salir a jugar, pero no había suficientes mantas ni ropa como para cambiarles a todos una vez terminasen. Tampoco había agua caliente para hacerles entrar en calor si llegaban destemplados y con la piel rugosa por estar tanto tiempo al contacto con el agua.

Las madres se mostraban preocupadas porque no había donde calentar los alimentos, las hogueras se habían apagado, y dentro de las naves no era seguro encender un fuego. Los pequeños tenían hambre, se mostraban excitables al intentar ser calmados con piezas de fruta, y el nerviosismo se palpaba en el ambiente.

Moma se sentó a mi lado.

—Con buen tiempo esto puede ser agradable, pero si llegan las lluvias y el frío no podrán sobrevivir en este lugar, tenemos que darnos prisa —me dijo casi en un susurro.

—¿Cómo lo haremos? ¿Cómo conseguiremos salir de aquí?

—Con esto —y asegurándose de que nadie la miraba levantó un poco su vestido, y pude ver que atada en la pierna llevaba mi diadema de boda, la que la reina me había ofrecido para llevar durante la ceremonia, y cuya piedra principal era un gran coris en forma de corazón.

—Moma, me había olvidado completamente de ella, ese coris tiene que tener suficiente energía para hacer que una bala vuelva hacia Rados, pero ¿cómo conseguiremos programar el itinerario? Ni tan siquiera sabemos dónde estamos.

—He estado haciendo averiguaciones, Akín tenía buenas calificaciones en mecánica, y Lira, la chica que ayer contó lo que habían visto destaca en sistemas. Sé que son muy jóvenes y todavía no habían terminado la formación, pero mejor tenerles a ellos que no tener nada.

—¿Están dispuestos a colaborar?

—Las madres van a hablar hoy con ellos, pensamos en ocultarles tu identidad, pero seguramente los más pequeños acabarían contando algo, así que esperemos que sepan entender la situación.

—¿Y si no lo conseguimos? ¿Qué pasará si no logramos volver a Rados?

—Hay que lograrlo, tenemos que conseguir que alguien lleve a toda esta gente de vuelta, o al menos que les pongan en un lugar seguro, donde no tengan que vivir encogidos cada día que llueva.

Asentí, y me quedé mirando el espacio en el que estábamos, los niños se empujaban aburridos por estar en el mismo sitio tanto rato, algunos lloraban, mientras Mina trataba de calmarles.

—Tranquilos, seguro que pronto deja de llover y podremos salir todos a estirar las piernas —les decía separando a dos de ellos que se mostraban más agresivos que el resto.

Moma le dijo que no se preocupara, que ella se encargaría de los niños, les pidió que se

sentaran cerca de ella y empezó a cantarles una canción, la canción era como un cuento, que narraba la historia de unos niños que encontraban un castillo de nubes de algodón en las que podían saltar y saltar sin hacerse ningún daño. Los pequeños estaban extasiados escuchándola. Cuando terminó empezó a enseñarles la letra y todos acabaron formando un pequeño coro que cantaba “Entre nubes de algodón pom pom pom” mientras con las manos imitaban los saltos que los niños de la canción daban de una nube a otra.

A la hora de comer una de las madres nos indicó a Moma y a mí que nos esperaban en otra de las salas. Cuando llegamos un grupo de jóvenes nos esperaba, Mina estaba de pie, frente a ellos, que permanecían sentados en el suelo. Los chicos nos miraban expectantes, seguramente esperando que les aclaráramos las muchas dudas que les habían surgido tras la conversación con Mina.

—Estas son Moma y Vera, nuestra única esperanza para salir de aquí, espero que todos lo entendáis y colaboréis con ellas para conseguirlo.

Se mantuvieron callados, mirándonos como si fuéramos dos bichos raros. Noté que no estaban convencidos con lo que les habían contado y que no confiaban en nosotras.

—Suponiendo que todo funcionara, que consiguiéramos programar una ruta en la nave, que obtuviéramos toda la energía necesaria para hacerla volar hasta Rados —preguntó Lira, la chica de pelo ondulado que la noche anterior era abrazada por Akín en la orilla del riachuelo—, ¿cómo se supone que sabremos hacia donde tenemos que programar esa ruta? No sabemos dónde estamos, no sabemos dónde está nuestro objetivo, jamás se nos mostró más allá de las fronteras de Rados. Somos un punto en el infinito ¿no os dais cuenta?

Su energía y decisión al hablar consiguió que en mi cabeza se formara un bloque incapaz de encontrar una respuesta razonable a su planteamiento. Lira estaba en lo cierto, habíamos volado a toda velocidad, pero no sabíamos hacia donde, ni a qué distancia habíamos llegado. Estábamos en un país que hablaba un idioma distinto y cuya estructura era completamente diferente a la del nuestro. Nuestros avances tecnológicos estaban a años luz de los suyos, y aunque creíamos que al menos gozaban de libertad, los chicos habían podido comprobar que eso no era cierto.

—Llegamos aquí por una ruta marcada en los ordenadores de la nave ¿no es cierto? —intervino Moma. Lira asintió— Entonces lo primero que habrá que hacer será tratar de descifrar esa ruta y hacerla a la inversa.

—Eso es imposible —alegó la joven apartándose un mechón de pelo que le caía sobre la frente.

—No hay nada imposible.

—El sistema de codificación de las rutas de transporte está encriptado de tal manera que nadie pueda acceder a él, con eso se aseguran de que nadie puede saber a dónde se dirigen las balas. Sólo el ordenador principal de la central de transportes puede traducir, por decirlo de alguna manera, ese código.

—¿Estás segura de eso? —pregunté.

—Al menos era lo que nos enseñaban durante las clases de formación.

—No deberías creerte todo lo que te contaron, como pudiste comprobar, el sistema de Rados no es precisamente muy sincero.

—Tiene razón —intervino Akín—, podemos intentarlo, no perdemos nada, lo que está claro es que no podemos quedarnos aquí de brazos cruzados.

—¿Y qué pasará cuando se vaya? ¿Cómo conseguiremos que vengan a por nosotros?

—Tendré que encontrar a quienes nos hicieron llegar aquí, y hacer que venga una bala con

coris suficiente para dar energía a todas las balas de vuelta.

—¿Y cómo lo harás? Todo el país debe estar preguntándose dónde estás. En el momento en que pises Rados y los nonen te encuentren te apresarán, y te harán pagar la traición. ¿Qué pasará entonces con nosotros?

—La idea es aterrizar en una de las granjas, no en Ígrada, donde seguramente la vigilancia se haya intensificado —dijo Moma—. Los que se han quedado seguramente estén en las granjas, o cerca de ellas.

—Y ¿por qué iban a estar allí? ¿Por qué iban a quedarse a esperar a que acaben con ellos?— preguntó otra de las chicas.

—No pueden deshacerse de las granjas, sin ellas no podrían crear más humanos, y la mano de obra se les acabaría. Los miembros del gobierno no son suficientes para repoblar un país.

—Pero tendrán a muchos trabajadores de Ígrada de su parte, ellos viven bien, no tienen por qué meterse en una revuelta que no les interesa.

—No sabemos cuántos se habrán puesto de su parte —admití—, pero recordad que cualquier hembra que llega a Ígrada está esterilizada, por lo que estoy de acuerdo con Moma, no pueden prescindir de las granjas.

—Pero ¿y si te apresan? ¿Cómo conseguirás que el príncipe no te castigue por huir de él?

—Yo no hui de él, hui del sistema, y no me castigará —me acaricié el vientre con la mano— porque aquí dentro crece un hijo suyo.

—Entonces...—dijo Lira rompiendo el silencio que mi confesión había causado—...debemos darnos prisa para tenerlo todo listo, dentro de poco no estarás lo suficientemente ágil para todo lo que te espera.

Acordaron que la bala sobre la que se trabajaría sería la que nos había traído a Moma y a mí, al ser la más pequeña necesitaría menos energía para llegar a su destino y, además, se vería menos. Aunque tampoco sabíamos hasta qué punto los radares estarían funcionando, o si las barreras de defensa estarían activadas y la nave se destruiría nada más llegar a ellas. Todo era una incógnita, pero merecía la pena arriesgarse.

Partimos al día siguiente hacia el nuevo emplazamiento: Moma, Akín, Lira, un muchacho de unos 12 años que era el hermano pequeño de Akín, pero que en vez de llamarse Akín2 se hacía llamar Ak, y yo. Con la luz del día el camino se me hizo mucho más corto que cuando nos encontraron los pequeños, las naves habían aterrizado a poca distancia, pero los árboles habían impedido que nos diésemos cuenta de ello antes.

Desde el campamento nos enviarían todos los días agua y comida, nosotros sólo teníamos que preocuparnos por trabajar en la bala y pensar cómo íbamos a actuar al llegar a Rados.

Akín revisó la bala entera y dijo que no tenía ningún desperfecto que la impidiera volar de nuevo, el único problema que se presentaba era el contenedor de coris, el que había estaba diseñado con forma de estrella, y no de corazón, como la piedra que tenía la diadema.

—Tenemos que adaptar el espacio para que encaje perfectamente, tendría que anular uno de los espacios de las dos estrellas que utilizasteis y conectar todos los cables de salida a uno solo, que es el que contendrá la piedra en forma de corazón —nos explicó el chico.

—¿No hay forma de tallar el corazón en forma de estrella? —preguntó Lira.

—Una vez que el coris se vuelve sólido solo puede utilizarse otro coris para tallarlo, y no disponemos de otro —expliqué—, y sólo se desintegrarán una vez que hayan perdido toda su energía.

—Creo que será más sencillo adaptar el contenedor —opinó Akín—. Sería más sencillo si tuviéramos las herramientas necesarias, pero tendremos que arreglarnos con lo que tenemos.

—Bien, pues manos a la obra —intervino Lira—, mientras tanto intentaré descifrar el código, a ver si así podemos hacernos una idea de donde estamos y marcar una ruta de vuelta.

—¿Cómo podemos colaborar? —preguntó Moma.

—Podéis ir haciendo fuego y preparar todo para pasar la noche. Creo que esto nos llevará tiempo— contestó Lira.

Así que Moma y yo nos dedicamos a buscar frutas, limpiar la nave de las ramas y hojas que se habían ido pegando en ella, y a atender las peticiones de Akín, Ak y Lira, que trabajaban sin descanso.

Pasaron cinco largos días, en los que los avances fueron insignificantes. A pesar de estar formados en esas actividades, los chicos no tenían experiencia ninguna, y muchas veces se guiaban por su instinto para acelerar el proceso, lo que no siempre daba un resultado deseado.

Las noches las pasábamos en silencio, cada uno meditaba acerca de lo que tenía delante, y yo sólo pensaba en qué sería lo que me encontraría en Rados si conseguía volver.

Había planeado con Moma cambiar mi nombre hasta saber a lo que nos enfrentábamos, adquiriría el nombre de mi madre, Nala, ya que al haber ido a un centro de reposo —no quería ni pensar en la palabra “exterminada”— habría quedado fuera de registro y, por lo tanto, podría ser utilizado de nuevo. Con el nuevo color y corte de pelo ya no era tan sencillo reconocerse como la esposa del príncipe Vadir, pero quedaba un último detalle: el tatuaje de mi muñeca, que me identificaba con ciudadana de Ígrada y que al pasar por un escáner contaría toda la verdad.

Durante esos días lo llevaba tapado con un trozo de tela, y mi vestimenta era propia de una granja. Una de las madres había cambiado conmigo sus ropas, era ella quien vestía ahora los trapos que nos había dado Martha cuando estuvimos en su casa.

Pensé en ellos, aquella familia que nos había acogido a nuestra llegada, ofreciéndonos lo poco que tenían. En ningún momento percibimos miedo en sus ojos, pero supongo que uno tiene que acostumbrarse a vivir como si nada malo fuera a pasarle, porque lo que tiene que llegar llega, lo tenemos más o menos.

Akín nos enseñó satisfecho el molde que había conseguido hacer. Había utilizado el contenedor de una de las balas del campamento, cuya forma era cuadrada, y más fácil de modificar. Moma le entregó el coris en forma de corazón, y el chico y su hermano esbozaron una sonrisa de orgullo: encajaba perfectamente.

Lo que no parecía avanzar era el trabajo de Lira, que cada vez se frustraba más.

Esa noche, mientras todos dormían vi que se levantaba con cuidado y salía de la bala sin hacer ruido, esperé unos minutos y al ver que no regresaba salí a su encuentro. Estaba sentada en un tronco, con la cara apoyada en las rodillas.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —pregunté.

—Hay cosas que no me cuadran, tengo que estar haciendo algo mal.

—Si quieres podemos hablar de ello —me miró con cara de que aunque lo hiciese no iba a entenderla.

—Sólo conseguiría preocuparte más.

—¿Te parece preocupada?

—Yo en tu lugar lo estaría. ¿Qué piensas hacer si conseguimos hacerte volver? ¿Plantarte en el palacio y decirle a tu marido que saliste a dar un paseo pero que ya estás de vuelta?

—Espero poder solucionar unas cuantas cosas antes de ir a palacio. En primer lugar tengo que lograr que alguien os saque de aquí.

—Me parece justo, pero ¿y el bebé? ¿Crees que él va a esperar?

Me toqué el vientre, recordando una vez más que ahora las decisiones que tomara no afectarían solo a mi vida, sino a la suya, y me sentí culpable por todo lo que había consentido que ocurriera ¿Qué tipo de futuro le esperaba a mi hijo?

—Espero que todo se solucione antes de que nazca.

—¿Y después qué? ¿Vas a vivir con un hombre al que no amas sólo porque sea el padre de tu hijo?

—¿Por qué dices que no le amo? —pregunté a la defensiva.

—Porque una mujer jamás abandona al hombre al que quiere —bajó la mirada consciente de todo lo que daban a entender sus palabras.

—A veces la vida te hace tomar decisiones complicadas, es todo más difícil de lo que piensas.

—Yo nunca...

—Lira, has vivido unas semanas de libertad, pero pareces olvidarte de dónde venimos. Nos educaron para que no tomáramos decisiones, ellos decidían por nosotros. Nos enseñaron que no debíamos mostrar sentimientos, por eso yo no supe distinguir en muchas ocasiones lo que pasaba en mi interior. Poco a poco voy aprendiendo que sobre mi mando yo, y que nadie puede exigirme que sienta una cosa u otra. Pero no puedo borrar lo ocurrido hasta ahora, no puedo dar marcha atrás a algunas cosas.

—Perdona, yo no quería... Es que lo que yo siento por Akín es tan importante para mí que pensaría siempre en él antes de tomar una decisión.

—Lo sé —le toqué el hombro, cuando en realidad me apetecía abrazarla.

—¿Crees que podremos volver a Rados?

—Seguro que lo conseguimos.

—¿Cómo crees que serán las cosas allí ahora?

—Sean como sean debemos seguir trabajando para mejorarlas.

Nos quedamos un rato más hablando, me contó como Akín había cuidado de ella y la había protegido durante todo el tiempo en el que estuvieron buscando ayuda en aquel país. Me dijo que tenía volver a Rados y que allí tuvieran que separarse de nuevo para volver cada uno a su granja. Le dije que por eso era por lo que habíamos iniciado la revuelta: necesitábamos conseguir nuestra libertad.

Durante nuestra conversación pude ver en sus ojos miedo, pero también valentía, y sobre todo un brillo especial cuando hablaba de Akín, y entonces envidié no tener tan claros mis sentimientos como los tenía ella

Al día siguiente Moma me preguntó si quería ir al campamento a pasar el día, me pareció buena idea, ya que allí no hacíamos demasiado. Pedí a Ak que nos acompañara, sería una buena oportunidad para que Lira y Akín estuvieran unas horas a solas.

Los pequeños salieron corriendo a nuestro encuentro y le pidieron a Moma que les enseñara más canciones, mientras que las madres se afanaban colocando piedras sobre la hoguera, de forma que pudieran formar una especie de horno, en el que esperaban dar una mínima forma a la masa que habían preparado con la harina, el azúcar y el agua, para preparar un pastel dulce para Nahir por su cumpleaños.

Pensé en que si aquellas mujeres hubiesen nacido en Silopos no sabrían cocinar nada, en otras

granjas sí recibían ese tipo de formación, porque al ser consideradas de clases inferiores se suponía que podían terminar trabajando en la factoría de alimentación, desde donde se hacían los preparados alimenticios para todo el país.

Entonces recordé que me habían hablado de otras naves que habían encontrado pero que no habían querido unirse al campamento. Pregunté por ellos, pero las madres poco pudieron decirme de su ubicación. Hablaría con Akín más tarde sobre el asunto, si conseguíamos volver a Rados teníamos que dar la oportunidad al resto de poder hacerlo.

Nahir tuvo su fiesta de cumpleaños. El pequeño pastel fue adornado con flores, y los niños hicieron guirnaldas con hojas para engalanar el campamento. También recibió regalos: una piedra completamente redonda, pulida por las corrientes del riachuelo, un muñeco hecho con un trozo de manta, y un caramelo, que una de las madres había hecho quemando parte del azúcar y poniéndola en un palo.

Los niños cantaron y bailaron con Moma, y alguna de las madres se animó a unirse al grupo. Fue un día fantástico, donde pudimos disfrutar sin normas ni vigilancias, donde empezamos a notar como era la vida siendo libre.

XXXIII

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo! —gritó Lira saliendo de la bala.

Akín dejó de atender la hoguera y aceleró el paso hasta donde estaba ella. Moma y yo nos levantamos también y fuimos a su encuentro.

—¿Tienes la ruta? ¿Has podido leer el código? —pregunté.

—Sí —dijo con una gran y orgullosa sonrisa en el rostro.

Gritamos de alegría y la felicitamos por haberlo conseguido. Aquello era un gran paso hacia nuestra vuelta a Rados.

—Pero hay algo que quiero explicaros —nos indicó el camino hacia la bala, donde vimos extendidas por el suelo unas planchas llenas de puntos y rayas, al lado la pantalla en la que trabajaba Lira.

—Estos símbolos indican la línea que siguieron las naves, en concreto la que despegó desde Tarisa, que es la que tomé como muestra. Tardé varios días en descifrarla porque cada vez que encontraba un patrón de avance me hallaba con algo que me hacía desestimar mis teorías: las balas parecían dar la vuelta en un momento determinado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Moma.

—Hemos avanzado sobre el mar —explicó Lira—, pero no lo hemos atravesado, en un punto determinado han dado la vuelta.

—¿Quieres decir que hemos vuelto a Rados? Eso no es posible, tú les oíste, aquí ni tan siquiera hablan nuestro idioma —añadió Akín desconcertado.

—No estoy sugiriendo eso, os lo explicaré de otra manera. Esto es Rados: colocó una de las planchas frente a nosotros, el suelo es el mar, y esta es la bala —se quitó uno de sus zapatos y nos lo mostró—, que despegó de aquí —tras colocar el zapato sobre la plancha lo hizo despegar con la mano y lo elevó a la altura de nuestros ojos—. Sale del país, sobrevuela el mar, y entonces, comienza a girar —volvemos a ver el zapato pasando delante de nuestros ojos pero en sentido contrario—. Pero, el giro hace que la nave vuelva al mismo punto pero a muchos kilómetros al sur, lo que quiere decir...

—Que entre nosotros y Rados no hay un mar que nos separe —dijo Moma aún con la boca abierta.

—Exacto —confirmó Lira con una gran sonrisa—. La ruta marcada es una gran C a la inversa. Y aunque no tengamos un mapa que corrobore mi teoría, todo me hace pensar que quien trazó las rutas sabía perfectamente donde nos llevaba, y que si no podíamos volver por el cielo podríamos hacerlo por tierra.

—Y, exactamente ¿a qué distancia estamos de la frontera con Rados? — pregunté.

—La distancia a la frontera no puedo saberla sin un mapa pero, si mis cálculos no fallan,

estaríamos a unos 1000 kilómetros de Tarisa.

Traté de recordar en qué punto se encontraba la granja de Tarisa cuando Set nos mostró el mapa del país en su despacho, estaba hacia el sur, pero no tan al sur como la granja de Crom, por lo que la distancia a la frontera podría ser incluso la mitad de lo calculado por Lira.

—Supongamos que estemos a 500 kilómetros de la frontera. Andando tardaríamos semanas en llegar. Con los niños deberíamos descansar cada poco, eso sin contar con el peligro que supondría exponernos al gobierno de este país —dije.

—Podríamos ir poco a poco, los jóvenes iríamos primero buscando sitios seguros, tanto de paso como de acampada, y volveríamos a recoger al grupo. Lo mejor sería avanzar por la noche, y mantenernos escondidos durante el día —intervino Akín.

—Eso llevaría mucho tiempo, incluso meses —opinó Moma.

—Siempre será mejor que quedarse aquí a la espera de que llegue el mal tiempo —contestó el muchacho.

—De todas formas creo que Vera debe volver antes. Aún puede solucionar muchas cosas en Rados, y no cuenta con demasiado tiempo.

—Estoy de acuerdo. En cuanto llegue puede conseguir ayuda. Se necesitará para pasar la frontera, y también habrá que conseguir alimentos para los niños, se están quedando muy delgados —dijo Lira—. En unos días puedo tener la ruta programada. Si quieres —esta vez se dirigió hacia mí—, puedes volver a Rados en una semana. Es tiempo que ganamos, será bueno para todos.

—Bien, volveré en la bala. Pero me gustaría que antes de que partáis por tierra aviséis al mayor número de personas. Me refiero a las que llegaron en todas las naves. Todos tienen derecho a elegir si quieren volver o quedarse.

—Me encargaré de ello —dijo Akín levantándose—, y me ocuparé de que nuestro campamento se vaya preparando para la partida. Por otra parte, hay algo en lo que he estado pensando. Cambiarás tu nombre, y han cambiado tu pelo, pero si Moma viaja contigo siempre habrá alguien que la identifique y os asocie con el palacio. Creo que debería acompañarte Lira, Moma vendrá con nosotros, los niños lo agradecerán.

—¡Akín! —gritó Lira con cara de asombro—. ¡No pienso dejarte!

—Es lo mejor para todos. Si algo falla en la ruta, sólo tú podrás solucionarlo, y necesitamos que lleguéis y consigáis ayuda para el resto.

La muchacha con lágrimas en los ojos corrió hacia el exterior de la bala, él salió tras ella, dejándonos a Moma y a mí a solas.

—El chico tiene buenas ideas —dijo ella.

—Sí, yo también creo que es lo mejor.

Sólo una semana después, las compuertas de nuestra bala se cerraban, y la nave comenzaba a elevarse, llevándonos a Lira y a mí de vuelta a Rados.

LOS OJOS DE KÍO

XXXIV

Despertar en Rados cada mañana era como despertar en una pesadilla. Los alimentos faltaban, y la población tenía carencias de todo tipo, menos los miembros del gobierno, que se habían hecho con casi todas las reservas, dejando al resto en una situación complicada.

El día de la boda de Vadir y Vera las cosas no habían salido mal. La minuciosa planificación del equipo al mando de Set había realizado un trabajo impecable, sacando a un número elevado de madres e hijos de la granja, anulando la programación de los nonen, y creando un estado de confusión que nos sirvió para ganar posiciones, aunque no habíamos contado con la reprogramación de seguridad con la que respondieron. En menos de media hora, los vigilantes estaban preparados para devolver el orden en todas las granjas. Comenzaron a disparar a todos los humanos que se pusieron en el punto de mira, y las bajas fueron elevadas. Niños, padres, madres, trabajadores del complejo, cualquier blanco era declarado peligroso por el programa, y las descargas de energía caían sobre ellos fulminándolos al momento.

Recuperaron las conexiones, y en todas las pantallas del país podía verse la masacre en directo, lo que hizo que el miedo creciera en la mayoría de la población y acatasen las nuevas órdenes del gobierno: entregar a los rebeldes.

Intenté localizar a Set, pero no me fue posible. Sabía que los gobernadores le habían capturado para presionar a Vera, pero no había logrado averiguar hasta qué punto le identificaban con lo que habíamos planeado y después llevado a cabo.

Creí que sería buena idea volver a mi trabajo para no levantar sospechas, de esa manera estaría cerca de los coris y podría comunicarme con las personas del equipo que trabajaban en Ígrada, muchos, como Ismo, habrían tenido que esconderse tras realizar su trabajo, esperaba que pudieran haberse hecho con los equipos necesarios para continuar su tarea desde otro lugar, aunque una vez reiniciados los nonen todo me parecía imposible.

Tras los primeros momentos de caos me acerqué a la zona 1, quería ir con el pretexto de proteger la sala de Coris, pero no logré entrar, allí, todavía con su vestido de fiesta, estaba Lulú, que al verme llegar me hizo una seña indicándome que me marchara, mientras ella hablaba con varios miembros del equipo del gobernador Turo. Habían tomado el edificio para proteger todos los archivos y, sobre todo, la gran piedra de reserva que había en la sala que hasta aquel día habíamos compartido Vera y yo.

Vera ¿cómo estaría? Hasta el último momento no tuve clara su decisión. Para mí no era sólo que eligiera entre el plan de Set y las normas del gobierno, para mí era algo más: estaba eligiendo entre mi hermano y yo.

Al menos eso era lo que quería pensar en esos momentos, cuando me encontraba a muchos

kilómetros de Ígrada, con el estómago vacío y con la cegadora luz de la última explosión aún reflejada en mi retina.

No sé qué me atrajo de ella, está claro que era la mujer más hermosa que había visto en toda mi vida, pero lo que más me atraía era su inconformismo y, aunque a mí no me hubiera beneficiado, su necesidad de cambiar las cosas. Si no la hubiesen invitado a aquella fiesta quizá las cosas habrían sido diferentes, seguramente Rados seguiría jugando con las vidas de los humanos, y estaríamos controlados en todo momento, pero a lo mejor ella estaría a mi lado.

No conseguí comunicarme con nadie del equipo, suponía que se habían puesto a cubierto mientras veían el siguiente movimiento del gobierno. Habíamos marcado un punto en el mapa, suficientemente alejado de la capital, para encontrarnos en cuanto nos fuera posible si teníamos que huir de Ígrada, pero aún no había logrado llegar. Tras varios días vagando por caminos que no conocía, y durmiendo en edificios abandonados o en zonas con frondosa vegetación había conseguido llegar a Pasua, una granja que había cerrado años atrás por la baja calificación de los humanos que allí se criaban, pero que había sido usada como refugio para varios de los que escapábamos de la ciudad.

Me encontré con caras cansadas y ojos hambrientos. Nadie sabía muy bien lo que había pasado y como debían actuar, pero habían visto una oportunidad para escapar de la opresión y empezar una nueva vida en libertad.

Reconocí a algunas personas, de verlas en el edificio donde vivíamos o en la zona de ocio. Nos saludábamos con un leve movimiento de cabeza pero no entablábamos conversación. Estábamos demasiado cansados para ello, y la falta de alimento hacía que quisiéramos guardar nuestras mínimas fuerzas por si se presentaba una situación difícil.

Pasua olía a abandono y a escombros, el silencio que reinaba entre sus paredes era desgarrador. ¿Qué habría pasado con los que vivían allí? ¿Habrían sido reciclados? Me imaginé a aquellas madres intentando proteger a sus hijos, o despedirles con alegría desconocedoras de un trágico final. Habíamos vivido demasiado tiempo engañados, sirviendo como juguetes a un gobierno sin escrúpulos capaz de cualquier cosa con tal de mantener su nivel de vida. Y en aquellos momentos era a lo único que me aferraba, tenía hambre, frío, y estaba solo, pero era libre.

Me dediqué a explorar la granja, no era muy grande, pero lo suficiente como para dar paseos en solitario sin tropezarme con el resto de recientes inquilinos. Las pistas deportivas habían sido devoradas por la vegetación, e incluso había una bala antigua abandonada sobre una especie de raíles.

Había una gran piscina aún con agua, pero tan oscura y tan llena de hojas que era imposible ver nada en ella. Una nube de insectos voladores vivía sobre ella, y una gran rata estaba agarrándose a uno de los bordes tratando de llegar al mugriento líquido.

Me vio llegar, y levantó su hocico puntiagudo hacia donde yo estaba. No me moví, al rato siguió intentando beber. Miré a mi alrededor, hasta que vi una piedra suficientemente grande para dañarla y suficientemente pequeña para que mi brazo pudiera lanzarla hasta allí. Me agaché con cuidado, la cogí y, aprovechando el impulso según me levantaba, la lance hasta el animal, que chilló y se revolvió, pero no se movió de su sitio. La rematé con otra piedra, y después, sin sentir el asco que ahora siento al recordarlo la cogí y la llevé a donde estaban el resto de humanos.

Nos bastaron segundos para ponerla al fuego, unos cuantos salieron a hacerse con más

ejemplares, que nos sirvieron para llenar nuestros vacíos estómagos. Nadie hablaba, nadie protestó por lo que se estaba metiendo en la boca, todos tratábamos de sobrevivir. Tras la cena, y con el hambre un poco más calmada, entablé conversación con León, un especialista en sistemas unos años mayor que yo al que había visto en alguna ocasión.

Estábamos en el patio, sentados en el suelo, con la espalda apoyada en una de las paredes con la pintura desconchada.

—¿Hacia dónde te diriges? —le pregunté.

—No lo sé, sólo pensé en huir de allí. En alejarme lo máximo posible de Ígrada.

—¿Sospechabas lo que estaba ocurriendo?

—Siempre creí que había cosas que no cuadraban, compañeros de trabajo que desaparecían sin más. Los superiores nos decían que habían promocionado a otros puestos, pero nunca volvías a verlos, y no era posible ponerse en contacto con ellos tras su marcha. Ahora sé que llegaron a saber cosas que el gobierno nos mantenía ocultas y pagaron por ello —me fijé en su rostro, agotado, y la mirada triste de quien no sabe cuál es el siguiente paso a dar.

—¿Crees que les convirtieron en nonen?

—No lo sé. Puede que simplemente se deshicieran de ellos. Por mucho que un nonen esté programado y tenga una parte robótica no hay que olvidar que la otra parte es humana. Imagínate un experto en sistemas con parte de su cuerpo computarizado, sería un verdadero peligro —se rio imaginándose a sus antiguos compañeros reprogramándose a si mismos.

—Realmente —prosiguió—, los nonen fueron creados para alargar la vida de los humanos. Si perdías alguna parte de tu cuerpo o algún órgano fallaba te ponían uno nuevo, aunque no fuese humano. Pero los nonen fueron creados para salvaguardar la vida, no para destruirla. La programación posterior fue obra de alguno de los jefes del gobierno. Era la mejor forma de tener controlados a todos.

—No me sorprende lo que me dices.

—Si al principio cambiaban un ojo, una mano o un riñón, luego se dieron cuenta de que podían instalar un chip en el cerebro, por eso todos tienen la mirada perdida, ya no pueden sentir, solo actúan.

—¿Quieres decir que sin ese chip volverían a tener sentimientos humanos?

—Esa es mi teoría, lo que no quiere decir que sea la acertada —se levantó y se sacudió el polvo de sus pantalones de uniforme, aunque estaban tan sucios que no se notaba demasiado—. Demos un paseo, tendremos que ejercitar las piernas si queremos salir de aquí.

—Buena idea —me levanté y caminé al lado de León, queriendo saber más sobre lo que me estaba contando.

—¿Y tú de dónde sales? —me preguntó.

—Trabajaba tallando coris.

—Vaya, se supone que eso es alto secreto.

—No hay secretos, ya no hacen falta.

—¿A dónde piensas ir?

—A alguna de las granjas. Puede que allí estén más organizados.

—¿No has visto las pantallas? Han asolado muchas de ellas.

—Por eso, si creen que no queda nadie se habrán convertido en el mejor refugio posible.

—Puede que tengas razón, a veces echo de menos Silopos —al oír aquel nombre el corazón me dio un vuelco.

—¿Vienes de allí?

—Sí, hace más de diez años que llegué a Ígrada, pero es difícil olvidar los orígenes.

—¿La conocías?

—¿A quién? ¿A la princesa? —asentí—. Cuando me marché ella aún era una niña, por lo que no la recuerdo. Ya sabes que el programa de formación de los adolescentes es muy amplio, y pasaba la mayor parte del día en clases. Sí recuerdo a su madre, era muy hermosa, y siempre parecía triste. Con alguno de sus hermanos seguramente coincidiría en las clases, pero por entonces era muy introvertido, sólo pensaba en sacar las mayores puntuaciones para salir de allí.

—Y luego lo echaste de menos.

—Sí, creía que en la capital iba a encontrar cosas que después no encontré.

—¿Libertad? ¿Amor?

León se rio con mi pregunta, pero no contestó.

—¿Sabes? Me imaginaba que algo estaba pasando. Los días anteriores a la boda los ordenadores iban lentos, a veces no respondían, y eso nunca pasaba. Pregunté a mis compañeros si alguien estaba realizando cambios, pero nadie lo admitió. Pero el equipo de programadores se pasó días tecleando sin parar. No era lo habitual.

—¿Qué fue de ellos? —pensé en Ismo, y me pregunté dónde estaría.

—El día de la boda yo estaba de servicio, el jefe de programadores también. Seguíamos la retransmisión a la vez que controlábamos que en nuestros puestos de trabajo no saltara ninguna alarma del sistema. Entonces comencé a ver puntos rojos en casi toda la pantalla, algo estaba pasando, y era grave. Iba a pulsar la señal de alarma cuando mis ojos se levantaron hacia la gran pantalla de retransmisión, y vi los crematorios, y escuché aquellos mensajes que contestaban a muchas de las preguntas que me había hecho durante toda la vida.

—Y ¿qué hiciste?

—Nada. Miré hacia el puesto del jefe de programadores y ya no estaba en su sitio. Sea lo que fuera que estaba haciendo había logrado terminarlo. Tardé en reaccionar, no comprendía nada, así que me quedé embobado mirando a las luces rojas parpadeantes. Después aproveché la confusión y salí del edificio sin que nadie me viera, y aquí me tienes, comiendo ratas y contándole mi vida a un desconocido —me miró como dándome el turno para que comenzara a hablar.

—León, pareces un buen tipo, pero no puedo hablar, te pondría en peligro. Sólo puedo ofrecerte que vengas conmigo.

—Eso también me pondría en peligro ¿no?

—Tienes razón —sonreí de mala gana—, pero creo que ya no podremos estar seguros en ningún sitio.

—Kío, si puedo ayudar ayudaré, pero necesito saber qué está pasando, tienes que entenderlo.

Pensé en ello durante otro trayecto del camino, y concluí que León podría servirnos de ayuda. Conocía el sistema, el funcionamiento de los nonen, y no había nada que le atase a Ígrada. Podía ser un buen aliado. Le conté los planes que teníamos, no dije nombres, no quería que Set o Vera pudiesen verse comprometidos, pero León era inteligente, y enseguida pudo hacerse una composición acertada de lo ocurrido.

—Fue ella ¿verdad? La que inició todo esto.

—No, no fue la que lo inició, colaboró para liberarnos a todos, incluso poniendo su vida en peligro. Al menos pudimos sacarla de allí.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo sé, Ismo programó las rutas fuera de Rados, pero sólo los miembros de su equipo conocían el destino.

—¿Cuántos sois?

—Tampoco sé decirte. Desde Ígrada éramos un grupo reducido, pero cada uno tenía su red de contactos. Sé que introdujeron armas en las granjas, para que llegado el momento pudieran defenderse.

—Parece que no les sirvió de mucho.

—No te fies de los videos que emiten, está claro que pueden modificarlos.

—Tienes razón, tendremos que llegar allí para ver lo ocurrido. ¿Cuándo partimos?

—Al amanecer, antes de que el resto se despierten.

—Me parece bien.

XXXV

Partimos al alba, con el cuerpo aún entumecido por el frío. No llevábamos ni un kilómetro andado cuando vimos las luces de una bala que volaba por encima de nosotros. Corrimos para escondernos. Entonces vimos cómo se situaba sobre Pasua y emitía una potente luz de coris. La explosión hizo que algunos trozos de metal llegasen hasta donde estábamos nosotros. Acababan de aniquilar a decenas de personas sin tan siquiera preocuparse por quienes eran.

Vimos como la nave volvía y aterrizaba cerca de la granja, y de ella se bajaban varias personas armadas, unos eran nonen, otros humanos. Miraron entre las ruinas, tomaron imágenes, y escanearon los cadáveres, o las partes de ellos que habían quedado desperdigadas por la deflagración y, tras ello, volvieron a subirse a la bala y despegaron.

—Cuentan con equipos térmicos —dijo León—. El cuerpo emite calor, y con esos equipos pueden saber dónde hay grupos de personas o animales. Da igual que sea de día o de noche, no necesitan luz para hacerlos funcionar. Cuando mayor sea el grupo antes lo encontrarán.

—Nos hemos salvado por poco.

—No te lamentes por lo que podría haber sido, estamos aquí y es lo que cuenta. Ahora tenemos que buscar la manera de poner fin a este genocidio.

Andamos durante varios días, alimentándonos de lo que podíamos, y bebiendo el zumo de las escasas frutas que encontrábamos. Teníamos que estar cerca del punto de encuentro, pero la debilidad me impedía orientarme como era debido, y no sabía si estábamos en el camino correcto o andando en sentido contrario.

Las conversaciones eran escasas, el cansancio y la debilidad hacían que camináramos en silencio durante jornadas completas. Durante la noche no dormíamos demasiado, hacía frío y aunque siempre buscáramos espacios ocultos, no siempre conseguíamos encontrar el lugar adecuado para prender un fuego sin ser vistos. Teníamos los pies en carne viva, nuestro calzado no era adecuado para caminar durante tanto tiempo, y cuando parábamos nos arrancábamos trozos de tela de nuestra vestimenta para cubrir las heridas y protegerlas de más rozaduras. Cuando la sangre secaba sobre la tela se pegaba a las carnes, y al tratar de quitarlas el dolor era insoportable.

Por el camino fuimos testigos de más explosiones, y encontramos algunos lugares donde semanas atrás debía haber existido algún edificio, pero ahora sólo quedaban ruinas tras haber sido atacados. No era capaz de imaginarme el número de personas que habían aniquilado en todo ese tiempo.

Nos adentramos en un bosque espeso. Las copas de los árboles eran tan altas y estaban tan pobladas que probablemente nos protegerían de ser vistos, el radar térmico podría confundir el calor de nuestros cuerpos con el de animales que vivían en aquel paraje. Por eso caminamos más

despacio y tranquilos, más pendientes de donde pisábamos y del peligro que supondría encontrarnos con algunas especies que de los propios nonen.

Llevábamos andando pocos minutos cuando vimos la primera señal. Grabada en el tronco de un árbol había una estrella, el símbolo que se había adoptado para comenzar esa revolución que tan destructiva estaba resultando. Le dije a León que estuviera atento por si veía más, estaba seguro de que habíamos encontrado el camino que nos llevaría al resto del grupo. Pero eran tantos los árboles que nos llevó varias horas encontrar una nueva señal, apenas habíamos avanzado. A ratos nos quedábamos quietos en un sitio, en silencio, tratando de escuchar algún sonido que nos diera una pista de por dónde teníamos que continuar, esperando encontrar señales de vida. Lo único que escuchábamos eran los sonidos de las aves al pasar de un árbol a otro, o las pisadas de algún pequeño animal que no conseguíamos ver.

Cuando empezó a oscurecer comenzamos a buscar frutos con los que alimentarnos, y después decidimos subir a un árbol de ramas gruesas para pasar la noche. Nos turnaríamos en el sueño, para estar atentos a cualquier señal que nos hiciera encontrar al grupo.

Le dije a León que yo haría la primera guardia. Aunque el cansancio que sentía era grande, el nerviosismo por estar cerca de mi objetivo tras tantos días de viaje me hacía mantenerme despierto. Además, tenía frío. La imposibilidad de hacer una hoguera a aquella altura seguramente me mantendría en vela toda la noche.

Eché de menos una ducha caliente y una cama confortable, también un buen plato de comida en la zona de ocio. Y, como no, eché de menos a Vera. Necesitaba saber de ella, asegurarme de que estaba bien y de que no estaba pasando ni el hambre ni el frío que nosotros. Recordando nuestra noche juntos casi me quedé dormido, pero un ruido, de pisadas me hizo reaccionar y volver a abrir los ojos.

Estaba oscuro, no vi a nadie. Me volví a mirar a León, que dormía inquieto, cuando advertí una pequeña luz roja que apuntaba desde abajo hacia una de sus piernas.

—¡No! ¡No disparéis! —grité lo más alto que pude. Tan alto que León se despertó sobresaltado y se cayó desde la rama al suelo.

Bajé del árbol todo lo rápido que pude. Mi compañero se quejaba y se sujetaba un brazo con expresión de dolor.

—¿Te duele? —déjame mirar.

No acababa de decir eso cuando detrás de mí una voz afirmó:

—Seguramente se lo ha roto.

Hasta que no se acercó un poco más fui incapaz de distinguir su rostro, después confirmé que estaba armado y que nos estaba apuntando. Era un chico moreno, delgado, con un uniforme que seguramente no era suyo, porque le quedaba demasiado ajustado y corto. Estaba tranquilo, aunque frente a un hombre herido y otro desarmado no era difícil estarlo en sus condiciones. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad pude ver una pequeña estrella pintada en el bolsillo de su chaqueta.

—Me llamo Kío, él es León. Venimos a encontrarnos con el resto.

—¿Qué resto? —dijo el muchacho sonriendo enigmáticamente.

Señalé la estrella de su bolsillo, se quedó un rato observándonos y me dijo:

—Ayuda a tu amigo. Vosotros iréis delante, os iré indicando el camino.

A León le costó levantarse. Además del brazo, que posiblemente estuviera fracturado, se quejaba del dolor que sentía por todo el cuerpo. Cada vez que intentaba sujetarle para mantenerle en pie emitía algún tipo de gruñido. Con el chico apuntándonos con su arma no resultaba muy

acertado gritar, por fuerte que fuera el dolor que estaba sintiendo.

Avanzamos despacio, siguiendo las indicaciones que nos iba dando. León estaba jadeante, según pasaba el tiempo el dolor se intensificaba.

—¿Falta mucho? —pregunté cuando el camino empezó a parecerme eterno.

—Lo sabréis cuando lleguemos —contestó el muchacho con un tono de pasotismo en su voz. Parecía estar divirtiéndose actuando de aquella manera.

Tardamos aún un rato más en saberlo. Llegamos a una zona rocosa y se adelantó a nosotros. Miró a ambos lados antes de desaparecer entre unos matorrales. Al poco asomó la cabeza y nos indicó que le siguiéramos.

León estaba pálido y tiritando, tuve que apartar las ramas con cuidado para que no le rozasen el brazo, lo que resultó difícil por lo frondoso de aquellos arbustos. Una vez pasados me percaté de que estábamos en la entrada de una gruta. Todo estaba oscuro, y hacía más frío que en el exterior. El chico sacó un dispositivo de uno de sus bolsillos e iluminó tenuemente el camino. Le seguimos. Al andar podía ver el vaho que salía de mi boca. El suelo estaba húmedo y pegajoso. Traté de evitar los pequeños charcos que había a cada paso, pero no pude impedir que mi calzado quedase empapado. Cada vez que pisaba notaba como salía líquido por el tejido, y como los pies me pesaban por todo el barro que se estaba pegando en las suelas.

—Esperad aquí —nos indicó, marchándose con la poca luz de la que disponíamos y dejándonos a oscuras en aquel pasadizo.

León temblaba cada vez más. Me pegué a él intentarlo darle un calor que seguramente ni sentiría. Intentó decirme algo, pero sus dientes castañeaban con fuerza impidiéndole hablar.

—Shhhhh —le dije—, encontraremos algo que te haga entrar en calor.

Entonces escuché unos pasos rápidos, eran varias personas las que venían hacia nosotros, portando pequeñas pantallas a modo de linternas que iluminaban el camino según avanzaban. La luz se posó en mi rostro, cerré los ojos y puse mi brazo delante para protegerme de los destellos.

—¿Kío? —no reconocí la voz

—¡Están empapados! Pide que preparen ropa seca y algo caliente para comer —volvió a decir la misma voz.

Bajé el brazo con cuidado, esperando a que hubieran alejado la fuente de luz de mis ojos. Entonces la vi, algo cambiada y desmejorada, pero era ella.

—Lea, no te imaginas lo que me alegro de verte.

Sonrió, y me dio un pequeño apretón en el hombro, aunque no me habría importado que hubiese sido un abrazo.

—Este es León. Ha sufrido una caída, y puede que tenga el brazo fracturado.

—Haremos que le vean —dijo mientras examinaba el rostro de mi compañero que seguía tiritando—, pero lo primero será que entre en calor, no tiene buen aspecto.

Caminamos con Lea hacia el interior de la gruta, lo que nos encontramos nos dejó atónitos.

Una gran cueva albergaba un montón de equipos de trabajo, con gente manejándolos. A primera vista me resultaron familiares algunas caras, pero a la mayoría no les conocía.

—Esta es la sala central, pero mejor vamos a la zona de descanso. Cuando os recuperéis os enseñaré todo esto.

Pasamos a otra zona de la cueva, donde había una gran hoguera encendida. Dos hombres se afanaban preparando alimentos y poniéndolos sobre un gran tronco cortado sobre la mitad que servía como mesa. Entonces vimos al joven que nos había llevado hasta allí, traía unos paños y papeles térmicos. Los había visto en la granja alguna vez, sobre todo en las temporadas de frío.

Eran unas hojas finas de color verde que proporcionaban mucho más calor que las fibras naturales. Me ofreció una, que enseguida desplegué y puse sobre los hombros de León. Lea me indicó donde podía tumbarse. Le ayudé a hacerlo, después le descalcé con cuidado, sus pies estaban llenos de heridas. Los sequé y los envolví en unos paños. Después le tapé con más hojas térmicas y dejé que descansara.

Uno de los hombres que cocinaban nos acercó un cuenco humeante que contenía trozos de carne y vegetales, no pregunté lo que era, lo devoré.

—Come despacio, o te hará daño —me advirtió Lea.

No le hice caso, así que no habían pasado ni unos minutos cuando todo lo que había ingerido salió de mi boca de la misma manera que había entrado.

Me sequé, me cambié de ropa y me tumbé al lado de León bajo otra hoja térmica. Me quedé dormido al momento.

XXXVI

Cuando desperté, estaba solo, me levanté y di una vuelta por la sala, donde algunas personas estaban durmiendo. Me acerqué a la mesa de los alimentos, y cogí un trozo de pan. Lo fui masticando despacio mientras caminaba hacia la sala central que habíamos visto a nuestra llegada. Allí vi a León, de pie junto a uno de los monitores. A su lado había alguien sentado manejando un teclado.

—Hola Kío —me dijo nada más verme. Me mostró su brazo vendado y entablillado—. No sé qué me han dado pero me encuentro mucho mejor, ya no me duele. Aunque llevar esto creo que va a resultarme bastante molesto.

Quien estaba sentado se dio la vuelta al oír mi nombre, era Ismo, que me dedicó una gran sonrisa.

—Me alegro de verte, ya creíamos que te habíamos perdido.

—Sólo me desorienté un poco —bromeé

Me contó que la mayoría de ellos habían llegado en balas. Al igual que había programado la ruta de las balas que saldrían fuera del país había preparado las que ayudarían a escapar a los miembros de la resistencia que pudieran resultar más sospechosos a ojos del gobierno.

—Gracias por informarme —dije al conocer la noticia.

—La idea de Set era que él y tú os mantuvierais en Ígrada. Si no sospechaban de vosotros seríais muy útiles allí. Pero apresaron a Set y todo cambió.

—¿Sabéis dónde está?

—He intentado rastrear su código dentro de los archivos oficiales. Muerto no está, o al menos no lo han registrado, pero no he conseguido averiguar donde le retienen.

—¿Cómo consigues conectarte al sistema sin que se den cuenta?

—Si te lo dijera sabrías tanto como yo —me guiñó un ojo y siguió tecleando.

Di una vuelta por la sala y miré algunas de las pantallas en las que trabajaban, pero todo estaba codificado y no entendí nada.

Busqué a Lea, necesitaba que me pusiera al corriente de cómo estaban las cosas y cuál era el paso a dar a continuación. Pregunté por ella y me indicaron que se encontraría en la sala de visión. Supe que había llegado cuando accedí a un entrante de la gruta con una gran pantalla, en la que se recibía la señal del canal oficial de Rados.

—¿Cómo habéis conseguido traer todo esto?

—Set fue muy previsor, la verdad es que dadas las circunstancias no podemos quejarnos de nada. Tenemos armas, comida, medicinas y equipos para conectarnos con quien queramos —me dijo ella sin quitar la imagen de la pantalla.

Me senté a su lado y contemplé horrorizado las imágenes que emitían. Gente apresada, granjas destruidas... Lea me miró y me explicó que no todo era real. Tenían gente en comunicaciones que

les informaba tras analizar los vídeos cuales eran reales y cuales eran montajes.

—¿Y siempre aciertan?

—No nos queda más remedio que confiar los unos en los otros.

—¿Sabéis algo del resto?

—¿Te refieres a los que sacaron del país? —asentí.

—Ismo no consigue contactar con ellos, la señal de radio sería interceptada, bien por nuestro gobierno, bien por el del país donde se encuentran.

—¿Sabes dónde están?

—Salieron en dirección al otro lado del mar, pero en realidad se encuentran al sur de Rados. Set quería que les mandaran lejos, pero Ismo sugirió que estuvieran lo más cerca de la frontera por si tenían que volver.

—¿Es un sitio seguro?

—¿Quién sabe? Tenemos poca información del exterior, pero seguro que quedarse aquí habría sido menos seguro.

—¿Y si necesitan ayuda?

—Todos necesitamos ayuda, los que nos hemos quedado y los que han podido salir, pero lo único que podemos hacer desde aquí es tratar de establecer un sistema justo para todos. Cuando ese día llegue habrá paz en Rados.

—Aún no me habéis contado qué vamos a hacer ahora.

—Tenemos que encontrar a Set y traerle con nosotros. Nadie conoce mejor que él como funciona todo, lleva muchos años en la cúpula y se ha criado entre ellos.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? Le tendrán oculto, tratando de sacarle toda la información.

—No saben que fue él quien organizó todo esto.

—Entonces ¿por qué iban a secuestrarle?

—Por Vera. Seguramente descubrieron su parentesco. Creo que fue una forma de ejercer presión sobre ella, de decirle: no podrás hacer lo que quieras aunque vayas a reinar, porque nosotros lo controlamos todo.

—Pero ahora que ella ha desaparecido...

—No lo ha hecho.

Las palabras de Lea hicieron eco en mis oídos.

—¿Cómo has dicho?

—Mira —señaló la gran pantalla, y mis ojos se abrieron asombrados por lo que estaban viendo. En el balcón del palacio real estaba el príncipe Vadir, pidiendo la tranquilidad del pueblo y su colaboración para restablecer la paz. A su lado estaba ella, con su pelo dorado cayéndole por los hombros, un traje elegante, aunque demasiado serio, y la mirada puesta en su marido. El corazón me dio un vuelco, no entendía nada. Ella había subido en aquella nave con Moma ¿Cómo pudo regresar? ¿Y dónde se encontraba mi madre?

—No es posible —acerté a decir sin dejar de mirar la pantalla.

—O bien interceptaron la bala antes de que saliera de Rados, o se arrepintió en el último momento...—Lea tampoco parecía muy convencida por las opciones que proponía.

—Tengo que ir a palacio, debo hablar con ella. Sólo Vera puede saber dónde está Set, y qué le ha ocurrido a mi madre.

—¿Y cómo piensas volver? Es peligroso. Tenemos que trazar un plan. Ya hemos tenido bastantes bajas. Además, varios miembros de la resistencia se han trasladado a las granjas para organizar a los supervivientes. Debemos encauzar todos nuestros esfuerzos en la misma dirección.

—Dijiste que llegasteis en balas ¿dónde están? Podría utilizar una para llegar a Ígrada. Buscaré la manera de hablar con ella. En cuanto sepa dónde está Set volveré.

—¿Cómo piensas hacerlo sin que te intercepten? Además, no sé si la nave contará con suficiente energía para el trayecto.

—Si me lleva a la ciudad es suficiente, allí ya veré como consigo coris para volver.

—¿Y qué harás para llegar a Vera?

—Aún no lo sé —admití—, pensaré en ello y te lo comunicaré cuando tenga alguna opción razonable.

XXXVII

El resto del día estuve deambulando por el interior de la cueva, viendo cómo se habían organizado y tratando de saber cómo funcionaba todo. Se trabajaban las 24 horas del día, por turnos. Unos se encargaban de las comunicaciones, otros de la vigilancia exterior. Los encargados de preparar la comida también se ocupaban de la recolección de hierbas y frutas, y ponían trampas para la caza que estaban en el recorrido de vigilancia, así que en cuanto caía alguna presa era llevada de inmediato a la gruta para servir de alimento a todos los que allí vivíamos.

El aseo era complicado, aunque a nadie parecía importarle, toda la vida desinfectándose a diario habían bastado para tomar la situación actual como otro símbolo de libertad.

Ismo y Lea parecían estar al frente de todo aquello, ante la ausencia de Set parecía ser la sucesión natural. Él se dedicaba a coordinar a todas las personas que manejaban los equipos y ella a que la vida allí resultara lo más agradable para todos.

Encontré a León charlando con una de las chicas, en cuanto me vio se despidió de ella y se acercó a mí.

—Es increíble lo que tienen aquí montado. Ese chico tiene una cabeza prodigiosa —dijo refiriéndose a Ismo.

—Gracias a él se han conseguido muchas cosas. Esperemos que merezca la pena todo esto.

—Queda mucho por hacer, pero es un gran avance que haya tanta gente creyendo en ello. Hay cientos de personas en las granjas apoyando este cambio. Parece que hemos pasado años dejándonos llevar, pero en el fondo nadie estaba de acuerdo con lo que estaba pasando.

—Sí, solo necesitábamos algo que nos hiciera sentir que merecía la pena luchar.

—¿Y cuál fue tu algo?

—Fue un alguien —contesté, y me fui hacia el pasadizo de salida, tratando de ocultar el dolor que sentía por lo que había visto esa mañana en la pantalla.

Me apoyé a oscuras sobre la pared húmeda, pensando en qué hacer, en cómo llegar a Vera. No sabía que podría decirle ¿Y si ya no estaba de nuestra parte? ¿Qué pasaría con Set? Pensé en la forma de llegar a Ígrada, los coris que abastecían de energía al interior de la gruta no me servirían. No podría dejarles a oscuras y sin acceso a los equipos, además, si ya estaban tallados era imposible hacer nada con ellos, necesitaría más coris para pulirlos, y las herramientas adecuadas, y no tenía nada de eso.

Caminé un poco por el pasadizo, y sin darme cuenta volví a meter el pie en uno de los charcos fangosos de la noche anterior. Esta vez mi zapatilla se quedó atrapada entre el barro. A tientas la busqué. Había quedado sumergida bajo el agua, por lo que tuve que ponerme de rodillas, remover y palpar. Cuando conseguí cogerla volví descalzo al interior de la cueva, tenía que limpiarla y dejarla secar antes de ponérmela.

—¿Dónde puedo lavar esto? —pregunté al primero que me crucé.

—Al fondo hay una pared por la que cae un pequeño reguero de agua.

—Gracias —me dirigí hacia donde me había indicado ante las risas de los que se encontraban en la sala central.

Primero lavé mis pies, con dificultad. El agua que caía era muy poca y tenía que ir por partes. Después acerqué la zapatilla embarrada a la pared, ayudando con mis dedos a sacar todo lo que había almacenado en su interior. Entonces lo vi, una pequeña punta roja apareció entre el barro. No necesité ver más para saber de lo que se trataba.

—¡Lea! ¡Lea ven aquí! ¡Rápido!

Escuché las risas que venían desde la sala.

—¿Está fría el agua chiquitín? —las bromas se sucedieron hasta que Lea apareció.

Iba a decirme algo cuando puso los ojos sobre lo que tenía en mi mano: una piedra de coris del tamaño de una almendra.

—Eso es...—comenzó a decir. Asentí sin dejar de pensar en lo que aquello suponía. Si había más coris en aquella cueva teníamos mucho ganado.

Lea convocó una reunión para explicar lo sucedido, luego pidió que colocaran pantallas de iluminación en el pasadizo, de forma que la zona donde había encontrado la piedra tuviera una visibilidad adecuada para la búsqueda de más piezas. Mientras, yo metía las manos en el charco una y otra vez, en la sala central prepararon una zona para el pulido de los coris. Ante la carencia de herramientas buscaron objetos punzantes, tomaron algunos utensilios de cocina sin tener en cuenta las protestas de los que preparaban la comida y afilaron contra las piedras todo lo que habían conseguido.

Aquel día sólo encontré una piedra más, minúscula, pero sabía que si seguía buscando encontraría las suficientes como para abastecernos una buena temporada.

Después de cenar estuve charlando con León, le conté lo de Set, y mi intención de volver a Ígrada para averiguar su paradero. También le dije lo que había visto en la pantalla, y cuando vio mi cara de decepción apoyó la mano que tenía libre del cabestrillo en mi hombro y me dijo:

—A veces las cosas no son lo que parecen. Parece increíble que hayas vivido toda tu vida en Rados y aún te creas todo lo que ves por las pantallas.

—Creo que en esta ocasión no había duda, era ella.

—¿Y también podías saber que no estaba allí por la fuerza?

—Tenías que ver cómo le miraba, embelesada. Como si cada palabra que saliera de sus labios fuera la primera que escuchaba en su vida.

—No sé qué decirte amigo, pero si quieres saber la verdad tendrás que ir a buscarla.

—En cuanto encuentre coris suficientes para garantizar una buena reserva para la resistencia me dedicaré a tallarlo, y cuando termine volveré a la ciudad.

—¿Así de sencillo?

—No se me ocurre otra forma de hacerlo.

—¿Con un cargamento de coris preparados para detonar en la sede del gobierno?

Me reí amargamente, ojalá fuera todo tan sencillo: cargar una bala con una bomba lo bastante grande como para volar todo el edificio del gobierno. Pero para eso se necesitaría coris, y un detonador programado para activarse en el momento preciso.

Miré a León, estaba serio, mirándome fijamente, mientras yo entrelazaba su propuesta y mis pensamientos.

—¿Tú podrías...? —comencé a preguntarle.

Asintió con la cabeza, y nos quedamos callados, esperando a que nos venciera el sueño, pero pensando en todo momento en el plan que había comenzado a fraguarse en nuestras cabezas.

—¡No!— gritó Lea—. No podemos ser como ellos y destruir todo lo que nos venga en gana. No podemos volar un edificio sin saber quiénes están dentro. ¿Os dais cuenta de que podrían tener a Set allí retenido?

—No tenemos más opciones —la contradije—. Si no acabamos con ellos serán ellos quienes acaben con nosotros.

—Sólo necesitamos un poco más de tiempo para organizar a la gente de las granjas, después estaremos preparados para hacer las cosas a nuestra manera.

—¿Y cuál es esa manera? ¿Dejar que lleguen con sus balas a aniquilarnos? Nosotros vimos como destruían una granja en segundos ¿Acaso se pararon a mirar quién estaba dentro?

—El equipo de Ismo está trabajando para anular la programación de esas naves.

—¿Y cuánto crees que tardarán en volver a programarlas? Ellos también tienen a gente de su lado, harán todo lo que les pidan.

—Tiene razón —intervino Ismo—. No es lo ideal, pero sería el principio del cambio.

—Y después ¿qué? ¿Qué haremos? ¿Vanagloriarnos de haber terminado con cientos de vidas y tomar el poder?

—No, será el pueblo quien elija quien debe gobernarles, de eso se trata, de poder decidir. De acabar con las granjas de humanos, con las esterilizaciones, con el exterminio cuando una persona no alcance los niveles que desean que tenga. Podremos tener familias, vivir donde nos plazca, trabajar en lo que nos guste y se nos dé bien.

—Kío, lo que dices suena muy bien, pero ¿de verdad crees que todo podrá cambiar de la noche a la mañana con una simple explosión? —dijo Lea con lágrimas en los ojos.

—Al menos tenemos que intentarlo.

León se puso en pie y pidió que le escucharan. Todos se volvieron hacia donde estaba, mientras Lea y yo nos mirábamos a los ojos manteniendo una conversación sin palabras que pasaba desde el miedo hasta las ansias por creer.

—El plan sería el siguiente —comenzó a decir León—, una bala, de las dos que tenemos, partirá hacia Ígrada con una potente bomba, cuyo mecanismo os explicaré más tarde, a bordo. Irá con dos tripulantes: uno será Kío, que se encargará de llegar a palacio e intentar averiguar donde se encuentra Set. Creemos que es probable que esté retenido en la sede del gobierno, pero dado su tamaño y su número de dependencias será muy difícil dar con él.

Mientras tanto, otra persona, que determinaremos entre todos, se llevará la bala a un sitio oculto, y a no ser que reciba otro tipo de indicaciones, a la hora que determinemos se dirigirá hacia el edificio del gobierno, donde dejará caer la bomba y la hará detonar.

—¿Y si Kío no logra encontrar a Set? Es posible que no pueda acceder al edificio del gobierno o, de hacerlo, que no pueda salir de allí antes de la explosión —preguntó uno de los presentes.

—Será un riesgo que tendremos que correr —contesté.

—Estás loco —escuché decir a Lea antes de que abandonase la sala a paso rápido. Ismo fue tras ella.

—¿Quién está a favor? —preguntó León.

Al principio fueron elevando las manos tímidamente, pero después toda la sala se puso de pie levantando una mano mostrando sus cinco dedos abiertos y comenzaron a gritar eufóricos “Por

Rados, aquí y ahora, por siempre.”

XXXVIII

Los días siguientes se trabajó duro. Conseguí varios coris de gran calidad, que pude pulir toscamente con las herramientas de las que disponía.

León se dedicó al diseño de la bomba, Ismo a programar un dispositivo que conseguiría mantenernos invisibles a los radares y Lea a organizar una patrulla de ayuda que partiría hacia la granja de Tarisa y luego hacia Crom, la situada más al sur del país y donde yo había nacido.

Al resto de las granjas ya habían enviado patrullas en las semanas anteriores, por eso las balas carecían de energía, pero ahora, con el hallazgo de los coris podían planificarse nuevos viajes.

El ritmo dentro de la cueva era frenético, los turnos de trabajo se ampliaron para poder tener todo listo cuanto antes. En los pocos descansos que podíamos permitirnos unos corrían alrededor de la sala central para estirar las piernas, otros se tumbaban para relajarse tras tantas horas delante de las pantallas, y yo iba a la gran pantalla a ver si ella volvía a aparecer.

Vadir apareció en varias ocasiones, pero Vera nunca le acompañaba.

—Todos los días aparecen el rey o el príncipe, pero es raro ver a la reina o a la princesa — dijo una voz a mi espalda. Me giré y pude ver a Lea que se acercaba a mí tras varios días sin hablarme—. ¿Crees que ella querrá recibirte?

—Espero que sí. Sólo ella puede decirme dónde está mi madre.

—Kío, sé que tu madre no es lo único que te preocupa, ten cuidado.

—Lo tendré.

—Ella ahora está casada, con el príncipe. Será la nueva reina de Rados, si el pueblo lo permite...

—No sé qué es lo que le ha podido pasar, pero Vera jamás nos fallaría, intentaré que no corra peligro.

—Me parece bien, pero no intentes nada que te ponga en peligro.

—Creo que no queda más remedio.

—Estoy segura de que encontrarás la manera.

Me dejó mirando la pantalla, aquel día ni Vera ni Vadir aparecieron en ella. Quien sí lo hizo fue el rey, llamando al diálogo. Entonces tuve claro lo que tenía que hacer.

XXXIX

Los planes fueron avanzando, León vendría conmigo a Ígrada y se encargaría de tener preparada la bomba para cuando llegara el momento de su detonación. Había creado un sistema sencillo pero eficaz. Se activaría ante la recepción de un código que sería transmitido por ondas desde un control remoto. También tenía un pulsador manual en caso de que fuera necesario, que daría varios minutos a quien lo pulsase para poder alejarse lo suficiente. Nos explicó su funcionamiento varias veces, aunque sería él quien se encargaría de la detonación.

Ismo nos prepararía unos comunicadores que llevaríamos instalados en el interior de la oreja, tan pequeños que resultarían invisibles a la vista de cualquiera. Sólo serían utilizados en caso necesario, ya que las conversaciones podrían ser interceptadas por los sistemas de seguridad.

Mientras nosotros íbamos a la ciudad Lea partiría con una patrulla hacia Tarisa. La radio instalada en la bala la avisaría si su presencia fuera necesaria.

Solamente quedaba esperar, revisar la planificación una y otra vez, y ensayar los tiempos para poder volver sanos y salvos a la cueva mientras en Ígrada se desataba el caos.

La mañana de nuestra partida no vi a León cuando me desperté, seguramente estaría comprobando todo. Tomé una pequeña infusión y me dirigí a la sala central, donde Ismo, con cara de pocos amigos, me dijo que todo estaba preparado. Debía salir de la cueva y un vigilante me esperaría en la entrada para llevarme hacia donde estaban ocultas las balas. No me deseó suerte, solamente me dijo “Cuento contigo”, minutos más tarde sabría por qué.

Seguí el pasadizo hacia la salida, donde el mismo chico que nos había llevado la primera noche hacia la gruta me esperaba. Esta vez no me trató de la misma manera, sino que lo hizo de la forma más respetuosa posible. Caminó delante de mí, mirando constantemente hacia un lado y hacia otro. Pasamos por la ladera de la montaña que ocultaba la cueva, y llegamos a una zona despejada de árboles. Una vez allí me indicó que esperásemos. Entonces, ante mis ojos, vi como la tierra se levantaba, como si fuera una alfombra, y bajo ella aparecían las dos balas. Señaló a la más pequeña y me dirigí a ella. Cuando se abrió la compuerta vi que era Lea quien estaba dentro y no León.

—Cambio de planes —me dijo con una sonrisa.

—¿Tú? ¿Y León?

—León irá a Tarisa. No es que no me fie de vosotros, pero prefiero tenerte vigilado.

—Lea, es peligroso.

—Lo sé, por eso prefiero ir para asegurarme de que todo va bien.

—¿Sabes manejar el mando?

—Está todo controlado, tranquilo. Nos vamos en dos minutos.

Esperamos a que la bala grande despegara, después vimos cómo se cerraban las compuertas y partíamos hacia Ígrada.

—Aterrizaremos detrás del palacio, la nave es invisible a los radares, pero no a los vigilantes. Ismo ha preparado un programa que anulará a los nonen durante unos minutos, lo activaré antes de aterrizar, y tendrás tiempo para entrar en el recinto, después tienes que arreglártelas para salir. Yo llevaré la nave a sitio seguro, prepararé la bomba, y a las 15.00 horas la detonaré. Tras hacerlo te recogeré en estas coordenadas, señaló un punto en la pantalla con el mapa de la capital. A las 15.30 horas la nave despegará de vuelta al refugio. ¿Alguna duda?

—Todo claro.

—Bien, entonces a por ellos.

No sobrevolamos la ciudad, sino que dimos un rodeo para entrar por la zona norte, cuanto menos tiempo estuviéramos en su espacio aéreo sería mejor para nosotros.

Al acercarnos al palacio Lea activó el programa para los nonen, y en segundos aterrizamos en la parte posterior del palacio.

—¡Suerte! —me dijo

—Suerte —y eché a correr por el jardín hasta entrar en el edificio.

El vigilante de la puerta trasera estaba como hipnotizado, no se movía, miraba al frente sin ver nada. Me quedé observándole, sus labios entreabiertos, la respiración pausada, los párpados inmóviles.

Empujé la puerta con cuidado, estaba cerrada. Giré una manecilla que emitió un ruido suave, y conseguí abrir. Estaba en un pasillo, donde cajas de alimentos se apilaban a los lados. Oía ruido de cacharros, posiblemente la cocina estaba cerca, los cocineros no eran nonen, por lo que tendría que tener cuidado, no debían verme.

Caminé despacio, pegado a la pared, buscando el camino hacia la zona principal de palacio. Una puerta se abrió a mi lado, por suerte se interpuso entre quien salía y yo, quedando fuera de su campo de visión. Sujeté la puerta para que no se cerrara del todo y me metí en aquella habitación. Era uno de los vestuarios. No lo pensé dos veces y me quité rápido la ropa que llevaba, cambiándola por un uniforme de palacio, me miré en un espejo, la ropa me quedaba un poco grande, y mi pelo estaba largo y descuidado. Lo mojé y lo peiné hacia atrás con los dedos.

Comprobé que no pasara nadie por el pasillo, bajé la cabeza y comencé a andar. No tenía mucho tiempo, había que actuar rápido.

Llegué a unas escaleras, en cuanto me dispuse a subirlas noté pasos que bajaban. Pasé rápido a su lado, tratando de ocultar mi rostro. Eran dos personas del servicio, que saludaron y siguieron su camino.

Encontré otra puerta, ésta más grande y majestuosa. La abrí con cuidado y vi que daba al salón de celebraciones. Si subía una planta más estaría en la zona de habitaciones, y si no me perdía podría encontrar la de Moma, y comprobar si ella también había vuelto, como Vera.

Subí más escaleras, y salí al pasillo que recordaba. No llamé a la puerta de la habitación de Moma, sino que entré con cuidado. Ella no estaba allí. La cama estaba hecha y todo recogido. Entré y abrí el armario. Un montón de trajes colgaban de las perchas perfectamente alineadas. Me dirigí hacia las ventanas, la puerta por la que se accedía al balcón estaba entreabierta, me agaché y salí con cuidado para echar un vistazo. El jardín estaba vacío. Miré a un lado y al otro, y entonces la vi, en el balcón, absorta en sus pensamientos estaba Vera. Conté los balcones que nos separaban y corrí hacia el pasillo para encontrarme con ella.

Entré en su habitación, pero para mi sorpresa ella no estaba sola. La mujer que me recibió en mi última visita a palacio se encontraba allí. Se sorprendió al verme, nerviosa miró hacia el balcón para comprobar que la princesa seguía allí.

—¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido?

—Necesito hablar con ella.

—Vete antes de que sea tarde, si el rey se entera de tu presencia hará que te detengan.

—También quiero hablar con el rey, tengo algo que decirle.

—¿Estás loco? ¿Sabes el peligro que corres?

—Ella también corre peligro, por eso estoy aquí.

—Ella no es quien tú piensas, por favor, vete.

—Tengo que hablar con ella —me acerqué al balcón, pero la mujer se interpuso en mi camino.

—Hazme caso, vete antes de que sea tarde. Me vas a crear un problema.

Me di cuenta de que podría haber llamado a los guardias pero no lo había hecho.

—¿Por qué no has pedido ayuda?

—Porque sé que vosotros podéis salvarle, sois los únicos que lo conseguiréis.

—¿Nosotros? ¿Salvar a quién?

—A Set —sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Sabes dónde está? —ella asintió.

—¿En la sede del gobierno?

—Sí, sólo conseguí verle una vez, está en mal estado. Le han torturado para tratar de obtener información.

—¿Vera lo sabe?

—Ella no es...

En ese mismo momento Vera entró en la habitación, me miró como si no me conociera y se dirigió a la mujer.

—Estela ¿es ya la hora?

—Faltan unos minutos. Déjeme acompañar a este joven, tienen un problema en las cocinas que debo solucionar de inmediato.

No podía dejar de mirar a la princesa, el parecido era asombroso, pero sus ojos estaban perdidos y no eran verdes, sino azules, ella no era Vera. Sentí una punzada en el corazón. No sabía que estaba pasando, pero la hermosa joven de la melena dorada que tenía ante mí era un nonen.

Estela me sacó de la habitación.

—Te dije que no era ella, ahora no puedo explicártelo, tienes que salir de aquí.

—Necesito ir a la sede del gobierno, si no saco a Set pronto de allí no podrán hacerlo nunca.

—¿Qué va a pasar?

—Algo importante, por favor ayúdame.

—Hay una retransmisión de Vadir y la princesa dentro de unos minutos, no podré irme hasta que comience —me miró nerviosa—. Después tendré que pedir al rey que me autorice a salir del palacio, aunque en las últimas semanas he podido salir dos veces siempre es necesario una razón importante.

—¿Es allí donde la programan?

—Sí.

—Dile al rey que la princesa está teniendo comportamientos extraños, que necesitas comentarlo con los miembros del gobierno para que rediseñen algunas cosas.

—Eso podría servir. Ahora escóndete, espera al final del pasillo a que salga con la princesa y vuelves a entrar en su habitación, allí nadie te molestará, cualquier persona del servicio requiere mi autorización para entrar en ella.

Así lo hicimos, esperé a que Estela volviera dentro de la habitación en la que ahora dormía

aquel nonen al que hacían pasar por Vera.

XL

León llegó a Tarisa con el resto de la patrulla. Fueron recibidos por miembros de la resistencia que estaban allí desde la retransmisión de la boda real.

—Estábamos tratando de ponernos en contacto con la central —dijo uno de ellos— ha ocurrido algo que pensamos sería importante que supierais, pero parece que los transmisores no funcionan demasiado bien.

—¿Qué ha pasado? —preguntó León.

—Hace unos días llegó una bala con dos mujeres, dicen que vienen a pedir ayuda para uno de los grupos que fueron evacuados de Rados.

—¿Cómo han podido regresar?

—La más joven programó una ruta de vuelta. La otra está enferma, apenas se ha movido de la cama desde que llegaron.

—¿Qué le pasa?

—Se encuentra mareada, y no retiene los alimentos en el estómago.

—Iremos a verla ahora mismo.

Mientras caminaban se fijó en el estado de la granja. Había unas pocas mujeres y algunos bebés, seguramente no pudieron o no quisieron escapar con niños tan pequeños. Les observaban al pasar, pero en cuanto sus miradas se encontraban bajaban la cabeza.

Tarisa estaba descuidada, el polvo llenaba las aceras y las pocas plantas que crecían en aquella zona, tan seca, lo hacían de forma salvaje y desproporcionada. Les informaron de que un grupo de padres, y algunas madres con sus hijos se habían ido de allí en busca de una zona con más agua y, por tanto, más alimentos.

Llegaron a un edificio de color parduzco, y en una de sus habitaciones se encontraban las dos mujeres.

—Hola —saludó León.

—Hola, me llamo Lira, ella es Nala.

Lira estaba sentada a los pies de la cama, mientras Nala, con la cara pálida y grandes ojeras bajo los ojos se encontraba tumbada y tapada con una manta, a pesar del calor que hacía.

León pensó en el nombre: Nala, ¿de qué le sonaba?

Tomó la temperatura a la mujer, no parecía tener fiebre.

—¿Cómo te encuentras?

—No muy bien —dijo susurrando.

—¿Ha comido o bebido algo que pudiera hacerle daño? ¿Alguna picadura de insecto?

—No —respondió Lira—. Hemos comido lo mismo.

—Nala, escúchame bien. Me llamo León, vengo de la central de la resistencia para ayudaros —ante esas palabras las dos mujeres se miraron, pero no dijeron nada.

León se fijó en el extraño pelo de la mujer, lo tenía corto y negro, pero lo que le resultó curioso fueron las raíces rubias que asomaban. Estaba demacrada, pero su rostro le pareció bello y armonioso, se parecía a alguien, y no sabía a quién.

Nala, seguiría pensando en ello, y cuando ella se recuperase seguramente podría sacarle de sus dudas.

—¡Mensaje de la Casa Real! —gritó uno de los muchachos.

Todos corrieron a la sala donde se encontraba la pantalla. Nala pidió a Lira que la ayudase a incorporarse, quería ver el mensaje. León las ayudó y llegaron justo cuando la música daba paso a las palabras del príncipe Vadir.

—¡Pueblo de Rados! En estos días tan difíciles para todos debemos permanecer unidos más que nunca. Tanto el gobierno como la Casa Real estamos abiertos al diálogo, un diálogo que tiene por objetivo conseguir un entendimiento y un acercamiento de las distintas posturas.

Entonces el plano se abrió enfocando también a la princesa. León se fijó en ella, en sus ojos vacíos, en su mirada perdida.

—No puede ser —susurró para sí mismo.

Miró a Nala, que se acariciaba el vientre, se fijó en sus rasgos, en sus ojos sorprendidos y llenos de lágrimas, en las raíces rubias que asomaban bajo el pelo oscurecido. Vio que Lira le ofrecía su brazo para que se apoyara, y que salían de la sala en silencio. Antes de que terminara la retransmisión fue tras ellas. Recordó a Nala, de la granja de Silopos, su larga melena rubia y su mirada triste, y entonces se dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¿Cómo han podido? —León vio como la mujer lloraba entre los brazos de la joven.

—Tranquila, todo se solucionará.

—Nala —interrumpió León— ¿O debo decir Vera? —las dos mujeres se pusieron a la defensiva.

León se acercó y apartó la tela que cubría la mano de Vera, dejando al descubierto el código tatuado que la delataba.

—Tenéis que venir conmigo ¡Daos prisa!

—¿Ir a dónde? —exigió saber Lira.

—Alguien está poniendo su vida en peligro por ti —señaló a Vera—, espero que no sea demasiado tarde.

XLI

Estela vestía un uniforme igual que el que se utilizaban en los centros de trabajo de Ígrada cuando vino a buscarme. Bajamos corriendo por las escaleras de servicio y nos dirigimos a la parte trasera de palacio, cerca de donde había aterrizado esta mañana en compañía de Lea. Los vigilantes ya estaban activos, por lo que ella pasó su muñeca por el scanner e informó al que estaba en la puerta de su destino, mientras yo corría hacia la bala sin ser visto.

Me agaché en el suelo, esperando a que ella llegara, manteniéndome fuera de la vista de cualquier cámara o vigilante, o al menos en ese momento es lo que yo pensaba.

En cuanto Estela se subió a la nave y se sentó, las compuertas se cerraron y comenzamos a elevarnos.

Durante el breve trayecto me contó que, tras la desaparición de Vera, el rey había hecho traer a palacio a una de sus hermanas, ya convertida en nonen.

—Sospecho que la tenían programada desde el mismo momento en que Vera puso los pies por primera vez en el palacio, en previsión de que algo pudiera suceder.

—No dejan de sorprenderme.

—Estudiamos ante las cámaras las poses, tratando siempre de que ella mirara al príncipe, de forma que no se captara su mirada de forma directa, eso la delataría al instante, y el escándalo no ayudaría a calmar las cosas tal y como está todo.

—¿Cómo entraremos en la sede del gobierno?

—Yo iré a hablar con los programadores, tú deberás entrar por la puerta de servicio y conseguir llegar al sótano, es donde tienen a Set. Esta bala tiene programada la hora de vuelta, y me llevará directa a palacio, tendrás que buscar la manera de salir.

—A las tres debes estar fuera del edificio.

—Pensaba hacerlo mucho antes.

—Perfecto.

La bala comenzó a descender y me escondí de nuevo. Estela pasó las manos por los pantalones de su uniforme, tratando de eliminar las ondas que se habían formado al sentarse. Antes de abrirse las compuertas se giró y me dijo:

—Sácale de aquí, por favor, si no lo haces no tiene muchas esperanzas.

Me quedé un rato oculto mientras los vigilantes comprobaban la identidad de Estela. Esperé a que la acompañaran a uno de los ascensores y entonces me dirigí rápidamente a la escalera de servicio. Tuve que esconderme varias veces porque escuchaba pasos y voces por todos los lados. Cuando llegué al sótano vi una compuerta que sólo se abría a través del escáner, por allí era imposible avanzar. Retrocedí escaleras arriba, buscando algún lugar que me permitiera llegar

hasta mi objetivo, pero atravesar cualquiera de las puertas no era seguro.

Bajé de nuevo, y en esta ocasión, ante mi sorpresa vi la compuerta abierta, la atravesé sin pensarlo, tenía que sacar a Set de allí antes de que Lea hiciera explotar la bomba.

Me encontré en un pasillo iluminado tenuemente con unas pequeñas luces a ambos lados, no había ningún tipo de identificación que me diera una idea de por donde debía seguir, así que continué caminando, pegado a la pared, mirando a cada momento hacia atrás. Entonces oí como se cerraba la compuerta, algo no cuadraba en todo aquello.

Seguí avanzando, y encontré una puerta blanca metálica, en la parte superior tenía un cristal por el que me asomé. Sólo conseguía ver un foco que emitía una luz rojiza desde el techo. Me puse de puntillas, tratando de tener algo de visibilidad sobre la zona inferior, pero no alcancé más que a vislumbrar trozos de pared. Al seguir apoyándome en la puerta ésta cedió, haciéndome casi perder el equilibrio y caer hacia adelante.

—¡Kío! —la voz de Set me hizo dirigir la mirada hacia una de las esquinas de la habitación. Estaba delgado, con heridas en la cara, el pelo enmarañado y una barba que hacía difícil reconocerlo.

—Set, rápido, debemos irnos.

—Creo que no va a ser posible —levantó la tela de sus pantalones a la altura de los tobillos y pude ver dos grandes cortes que aún supuraban.

—¿Qué te han hecho? —me acerqué a él tratando de ver las heridas con más claridad.

—Me han cortado los tendones, para asegurarse de que no iba a ninguna parte. Lo hizo el propio Mixo, cuando tras un largo interrogatorio no consiguió que le dijera todo lo que querían saber.

—¿Qué saben?

—Sólo admití que conocía mi parentesco con Vera, me mostraron un registro de mis accesos a los archivos buscando su historial. Habría sido estúpido negarlo.

—La han suplantado.

—¿Cómo dices?

—Una de sus hermanas mayores, es una nonen —la cara de Set reflejó una mueca de dolor.

—¿Cómo has conseguido entrar?

—Estela. Ahora vamos, tenemos que salir de aquí cuanto antes, dentro de una hora todo esto volará por aires.

—¿Qué? No podéis hacer eso, hay inocentes trabajando aquí, gente de nuestro bando que recaba información y distorsiona los informes que llegan a los del gobierno para que no sepan dónde encontrarlos.

—Han arrasado medio país, envían balas con potentes rayos de coris que desintegran granjas enteras en minutos. No podemos quedarnos mirando como todo eso sucede, tenemos que actuar.

—Esa no es la manera.

—¿Cuál es entonces? Porque desde que empezamos esta maldita revolución las cosas no pueden ir peor.

—Kío, debes irte y parar todo eso.

—No me iré sin ti —pasé mi brazo por debajo de los suyos y le ayudé a levantarse. Emitió un gruñido de dolor.

—Esto no funcionará, apenas puedes moverme.

—Tenemos que hacerlo.

Arrastré a Set por el pasillo como pude hasta llegar a la compuerta, que ahora estaba cerrada.

Le dejé en el suelo sentado mientras trataba de abrirla sin tocar el escáner, ya que provocaría que se dispararan las alarmas.

—Estamos encerrados, no lo consigo.

—Kío ¿Cómo entraste?

—Estaba la compuerta abierta.

—Están jugando con nosotros —miré su rostro, él no me miraba, sino que mantenía sus ojos fijos en un punto del pasillo. Entonces la vi, una cámara con una pequeña luz parpadeante enfocaba a donde nos encontrábamos.

XLII

Nos metieron en una gran sala blanca acristalada, de forma circular. Dos nonen habían llevado a Set sujetándolo bajo los brazos, mientras sus pies se arrastraban por el suelo y se golpeaban con algunos escalones. Yo fui escoltado por otros tres vigilantes, uno de los cuales me había inmovilizado las manos a la espalda con algún artilugio de material duro que se calentaba si intentaba moverlas. Estábamos sobre una plataforma metálica, Set en el suelo y yo de pie. Nuestros guardias se apartaron y alrededor de la plataforma se elevaron unas líneas rojas luminosas que debían producir alguna descarga de coris al tocarlas, preferí no hacerlo.

Se abrió una compuerta y vimos como traían a Estela, con la cara golpeada y el rostro lleno de lágrimas. Miró a Set y siguió llorando.

—Vaya, parece que hoy hemos tenido unas cuantas visitas —la voz de Mixo retumbó en la sala en el mismo momento en que una de las pantallas mostraba las dos en punto.

Dio vueltas alrededor de la plataforma en la que estábamos, observándome. Luego dirigió su mirada a los pies de Set.

—No creía que fuera tan sencillo mantenerte quietecito —después se rio enérgicamente—. Tendrías que haber colaborado. Ya ves que al final todo se sabe. Parece que tus amigos tenían la intención de sacarte de aquí. Paseándose por un edificio de alta seguridad como si nadie fuera a percatarse de ello. Fue divertido —me miró—, te abrimos la puerta y entraste como un ratón en busca del queso. Deberías haberte visto en las pantallas, pasamos un rato muy entretenido.

Y ahora... ¿qué se supone que tengo que hacer con vosotros? Os creamos, os dimos una vida cómoda, os integramos en un sistema que funciona y vosotros sólo pensáis en destruirlo. ¿Creéis que todos podemos vivir igual? ¿Acaso hay riqueza para todos? ¿Quién trabajaría? ¿A quién obedecerían?

En ese momento entró Turo en la sala, se acercó a Mixo y le susurró algo al oído. Éste le miró asombrado, y cuando el gobernador de la zona 1 asintió comenzó a hablar de nuevo.

—Según parece hoy tenemos reunión familiar. Turo, ordena que les traigan.

Permaneció en silencio mientras se escuchaban pasos de varias personas que se acercaban a la compuerta abierta. Volví a mirar la hora, sólo llevábamos diez minutos allí, pero si las cosas seguían a ese ritmo no tendríamos oportunidad de escapar antes de que Lea hiciera la detonación.

—Vaya, vaya ¿A quién tenemos aquí? —exclamó Mixo cuando el grupo de personas entraron en la sala.

Dos mujeres, una con el pelo muy corto y la cabeza agachada, y la otra una joven con la melena ondulada se acercaron al centro de la sala seguidas por dos vigilantes.

La mujer del pelo corto levantó la mirada y miró hacia donde estábamos, tardé en reconocerla por lo demacrado de su aspecto, al igual que le sucedió a ella con nosotros.

—¡Set! —iba a encaminarse hacia la jaula de luces cuando se dio la vuelta y arremetió contra

Turo que la sujetó las manos divertido—. ¿Qué le habéis hecho malditos?

Al oír su voz Set levantó la mirada, y murmuró un casi inaudible “Vera”.

Volví a fijarme en ella, en su cara, sus manos, sus ojos, sin duda era Vera, pero más cambiada. Su pelo negro y corto dejaba ver unas raíces rubias, su rostro mostraba un aspecto enfermizo. Me sorprendió mirándola, no hizo falta que dijésemos nada, vi como una lágrima resbalaba por una de sus mejillas.

—Qué reencuentro tan emotivo, así tardaremos menos en haceros desaparecer —dijo Mixo en un tono elevado—. A no ser, claro, que alguien más quiera unirse a esta bonita reunión.

—Sí, creo que estará bien que yo asista, creo que merezco una explicación.

Todos miramos hacia la entrada, para ver de quien era el cuerpo que acompañaba a aquella voz. El príncipe Vadir, sin dejar de mirar a Vera, fue acercándose al centro de la sala.

—¿Alguien puede ponerme al corriente de todo esto? —preguntó tras echar una ojeada a la jaula en la que estábamos.

—Alteza —intervino Mixo, visiblemente contrariado por su presencia—, sospechamos desde un principio de la relación de Set con la revuelta, por eso lo apresamos

—¿Por qué nadie me informó?

—El rey estaba informado —intervino Turo.

—¿Hay algo más de lo que mi padre no me haya informado y que deba saber? —preguntó enojado, nadie contestó—. Set ¿es cierto que tienes algo que ver con la revuelta?

Set le sostuvo la mirada, pero no contestó. Vadir comenzó a ponerse nervioso. Yo miraba constantemente el reloj, el tiempo pasaba y la situación no avanzaba.

—Levántate cuando te hablo.

—No puede —intervine—, le han cortado los tendones para que no pueda ponerse en pie —dirigí mi mirada de odio a Mixo para que Vadir se diera cuenta quien lo había hecho.

Vadir miró a Mixo, después se acercó a Vera, que seguía con el rostro lleno de lágrimas.

—Estela, lleva a mi esposa a palacio, que la bañen, la den de comer y la vistan decentemente, ya aclararé las cosas con ella un poco más tarde.

Los vigilantes soltaron a Estela que corrió a llevarse a la princesa de la sala. Al menos tenía la tranquilidad de que ella estaría lejos de allí cuando todo volase por los aires. Vera me miró antes de marcharse.

—Bien —continuó Vadir—, quiero que alguien me explique todo desde el principio. Llevo toda la vida encerrado en un palacio, enterándome sólo de lo que vosotros, los gobernadores, queréis que me entere. Sé que los informes que envían están manipulados, y que han estado jugando con la vida de los habitantes de Rados a su antojo. Quiero explicaciones, y las quiero ya.

El reloj seguía avanzando, faltaban quince minutos para la detonación. O actuaba rápido o en pocos minutos todos estarían muertos.

—Me llamo Kío. Nací en la granja de Crom hace veintidós años. Nunca conocí a mi padre, y mi madre desapareció cuando yo aún era un niño. Cuando crecí vine a trabajar a Ígrada como tallador de coris, y así conocí a Set y, más tarde, a la princesa Vera, con la que compartía trabajo. Durante la retransmisión de su fiesta de cumpleaños, alteza, vi la actuación principal en la pantalla, y pude comprobar que la primera bailarina era mi madre. Con el pretexto de unas complicadas tallas de coris solicité ver a su esposa, y una vez en palacio aproveché la oportunidad para reencontrarme con mi madre. Yo fui quien le entregó la piedra para salir de palacio durante la boda, y también quien le dio instrucciones para salir de allí.

—¿Y se llevó a mi esposa?

—Su esposa fue raptada para asegurarnos de tener una moneda de cambio en las negociaciones. Aunque, como he podido comprobar, nos equivocamos de táctica... no fue difícil suplantarla.

—¿Cómo te atreves? He estado pensando durante todo este tiempo que mi mujer me había abandonado, abochornándome delante de todo el país, huyendo con quienes quieren destruir el sistema. Ella conocía mis planes futuros, todo esto no era necesario.

—Yo soy el único culpable de lo ocurrido, ni Vera ni Set tienen nada que ver, no conocían los planes que teníamos mi equipo y yo.

—Eso no es cierto —intervino Mixo.

—¿He pedido su opinión gobernador? —Vadir le miró con desdén haciéndole callar.

—Alteza, lleve a Set a palacio y ocúpese de que le curen. Yo contaré a los gobernadores todo lo que deseen saber.

—No pienso irme de aquí sin saber toda la verdad.

Volví a mirar el reloj, quedaban pocos minutos para la explosión, tenía que conseguir sacar a Set de allí. Entonces comencé a oír un sollozo, y reparé en que la chica que había llegado con Vera seguía en la sala.

—No quiero morir. Por favor, no me dejéis morir sin volver a ver a Akín.

El príncipe se acercó a ella, y pasando una mano por su pelo le dijo:

—Nadie va a morir, sólo estamos intentando aclarar las cosas.

Los minutos seguían avanzando.

—El edificio va a estallar ¿No lo entendéis? —gritó la muchacha.

Entonces todo ocurrió muy rápido. Mixo y Turo se miraron, me miraron y salieron corriendo de la sala. Vadir, lejos de escapar se acercó a donde estábamos encerrados, acercó una mano a uno de los barrotes de luz y la apartó con una mueca de dolor.

—¿Cuándo? ¿Cuándo?

—A las tres en punto.

Miró el reloj, no faltaban ni diez minutos para la detonación. Se acercó a uno de los vigilantes y le quitó el arma. Después apuntó hacia un cuadrado en el suelo al lado de la plataforma y disparó. Los cables que alimentaban nuestra celda quedaron destrozados, las líneas de luz desaparecieron, y quedamos libres.

—Vámonos —gritó Vadir cogiendo a Set por un lado, yo hice lo mismo por el otro.

La chica corrió delante de nosotros atravesando la compuerta abierta. Llegamos a un largo pasillo, todo lo rápido que podíamos con el peso de Set, que continuamente nos decía que le dejáramos de allí, que sería la única oportunidad de salvarnos que tendríamos. Al final del pasillo había un gran ascensor. Nos subimos a él en dirección a la azotea, donde podríamos, con suerte, coger una bala que nos llevara lejos.

Al llegar, completamente exhaustos, nos encontramos con una bala con la compuerta abierta, en ella nos esperaba Mixo, apuntándonos con un arma.

—Vaya, vaya, ahora nuestro heredero se dedica a ayudar a los traidores.

—Gobernador, ayúdenos, este hombre no puede caminar.

—De eso estoy seguro, me gusta hacer bien mi trabajo.

—Le ordeno que me ayude a meter a este hombre en la bala, no tenemos tiempo.

—Vosotros no, yo tengo toda la vida. Sin heredero podremos terminar más fácilmente con la Casa Real y hacernos con el control total de Rados. Le diremos a tu padre que perdiste la vida

como un héroe.

—¡Turo! —buscó ayuda en el marido de su tía, pero éste bajó la cabeza y le pidió a Mixo que despegasen inmediatamente.

La compuerta de la nave se cerró, y elevó el vuelo dejándonos allí a esperar la muerte. Lira lloraba amargamente. Nadie decía nada. Sólo seguíamos con la mirada la trayectoria de la bala que habría sido nuestra salvación.

De repente, escuché una voz familiar. Era León, que se acercaba a nosotros sonriendo, mientras decía “Tres, dos, uno...”

Entonces escuchamos el estruendo de la explosión, miramos al cielo, pero los destellos de coris nos cegaban la vista.

EL CORAZÓN DE VADIR

XLIII

Me dirigí al interior de palacio junto a la esposa que me había adjudicado mi padre tras desaparecer Vera. Se parecían, y mucho, pero no era ella. Sus conversaciones estaban programadas y su mirada vacía. Mi esposa me había abandonado el día de nuestra boda para unirse a aquellos que querían terminar con la paz de Rados.

Había rememorado día tras día nuestras conversaciones, y no tardé en darme cuenta de que sus inocentes comentarios eran en realidad un grito de inconformismo. Pero, lo que más me dolía es que no hubiera confiado en mi.

La noche en que se fue entré en la habitación de mis padres pidiendo saber que estaba pasando. El rey, tras dejar sola a mi madre, me indicó que le siguiera a su despacho y allí me contó toda la verdad. El funcionamiento de los centros de reciclaje no era el que yo conocía, y los centros de reposo consistían en una gran incineradora donde terminaban sus días los de la clase obrera. Los miembros de la élite podían quedarse en Rados, o bien irse a una isla perteneciente al país en la que sí existían todo tipo de lujos, pero aquello estaba reservado sólo para unos pocos.

Le grité enfadado por haberme ocultado la verdad, y le eché en cara que permitiera que aquello sucediera.

Me dijo que él tampoco estaba de acuerdo con todo, pero que el gobierno apoyaba aquel sistema, que ya había funcionado con sus antecesores, y que simplemente se había acomodado a una vida que no podía ser mejor.

Le llamé cobarde y me fui a mi habitación, donde aquella noche tenía que haber estado con mi esposa. Pero estaba solo, despertando de un sueño y encontrándome en una pesadilla que acababa de comenzar.

La nueva Vera apareció poco después, cuando tras buscar a mi esposa por todo el país no encontraron rastro de ella. Tanto los gobernadores como mi padre creían que era necesario ocultar su desaparición, eso crearía más confusión entre un pueblo que ahora luchaba por conseguir una libertad que jamás habían tenido.

Estela se encargó de acomodarla en la habitación de soltera de Vera, me negué a que compartiera cama conmigo, y a todos les pareció bien. La primera vez que la vi me dio un vuelco el corazón, de lejos eran idénticas, pero al acercarme pude ver que había rasgos que las diferenciaban, y el color de ojos no era el mismo, ni la voz, ni la forma de moverse.

Intenté olvidarme del nonen que habían impuesto en mi vida centrándome en reconstruir la paz que se había roto en Rados. Pasé horas informándome de la forma de vida en las granjas, en los centros de trabajo de Ígrada, repasando historiales de personas que habían desaparecido y comprobando la identidad de muchos de los nonen.

Cuanto más datos tenía más me asombraba de lo que se había permitido hacer en el país, pero ahora ya no podría hacer nada, sin Vera a mi lado, sin la posibilidad de tener un hijo, nunca llegaría a ser el rey.

Hablé varias veces con mi padre, le pedí que entablara diálogo con los rebeldes, que cediera a alguna de sus peticiones, pero siempre dejaba en manos de los gobernadores la decisión final.

Los informes de bajas en la población llegaban constantemente, a todos les acusaban de traición a la corona, de haber atacado a patrullas del ejército, o de haber asaltado almacenes del gobierno en busca de comida o armas.

Pasaban las semanas y las cosas no parecían mejorar. Dedicé todo mi tiempo a preparar un nuevo programa para Rados, con unas nuevas normativas que permitieran un funcionamiento satisfactorio del país, pero cambiando todo lo que consideraba injusto. Mi padre se rio cuando se lo entregué y me dijo que me faltaba madurez para ver las cosas como había que verlas. Llegó a decirme que en el fondo se alegraba de que mi esposa me hubiera abandonado, porque aún no estaba preparado para ser rey.

XLIV

Una mañana, tras dirigirme al país, volví a la habitación a cambiarme de ropa. Observé que uno de los vigilantes que se encontraba en el pasillo estaba averiado, emitía un ligero zumbido, y sus brazos caían inertes a los lados de su cuerpo.

Pensé en llamar a Estela para que se hiciera cargo, pero no contestó cuando pulsé su código en el escáner. Decidí acercarme a la zona de servicio, donde ella solía estar dando instrucciones. Volví a encontrarme más nonen en el mismo estado que el anterior.

Subí a la habitación de la que se suponía que era mi esposa, su programación era personalizada, por lo que no me pareció raro que estuviera como siempre.

Le pregunté por Estela, y me dijo que no la había visto, que seguramente estaría en las cocinas porque habían tenido un problema durante la mañana.

Llegué a las cocinas, se asombraron por mi presencia, pero enseguida me dijeron que no había ocurrido nada, y que Estela no había pasado por allí. Estaba a punto de ir a su habitación para ver si la encontraba cuando escuché el sonido de unas compuertas que se abrían en el jardín trasero. Pasé junto a otro nonen averiado y entonces vi a un hombre alto y grueso descendiendo de la bala. Sus ropas estaban en mal estado, parecía desaseado y nervioso, por como miraba hacia todos los lados.

—¿Qué hace aquí?

—Príncipe, perdone, alteza —siguió caminando hacia donde yo estaba.

—Si da un paso más llamaré a los guardias.

—Todos están desprogramados, necesitaba hacerlo si quería entrar aquí.

—¿Y a qué se debe la visita?

—Sé dónde está su esposa.

Se identificó como León, me contó rápidamente una historia poco creíble, pero en segundos me vi en la bala volando, por primera vez en mi vida, a un lugar fuera del recinto de palacio. Me dijo que volábamos a la sede central del gobierno, que necesitaba que me ocupase de que no le ocurriese nada a las personas que estaban allí dentro.

—¿Por qué sabes que Vera está allí?

—Porque yo mismo la traje. Era la única forma de asegurarme de que la vida de mis compañeros no corriera peligro.

—Y ¿cómo sabías que vendría contigo? Mi mujer me abandonó.

—Tenía dudas sobre ello, más viendo que no habéis tardado en sustituirla, aunque sea por un nonen —León tenía más información de la que yo suponía—, pero aunque no quisieras saber nada de ella, creí que no ocurriría lo mismo con el hijo que espera.

—¿Ella está...?

—A no ser que tenga una indigestión de semanas...

Un rápido temblor recorrió todo mi cuerpo. Ya no hice más preguntas. Sólo quería hacer lo que León quisiera que hiciera en aquel edificio y volver a palacio con mi esposa para hablar con ella.

Aterrizamos en una zona llena de edificios grises.

—¿Hemos llegado? —pregunté sorprendido por la apariencia gris y rígida de las fábricas que nos rodeaban.

—Aún no, tenemos que hacer un cambio.

Entonces vi que León se bajaba de la bala y me pedía que le siguiera. Al doblar la esquina vimos otra bala de la que descendía una chica con el pelo rojo. Se saludaron brevemente, y la chica se dirigió a la nave que acabábamos de dejar, mientras que nosotros subíamos a la suya.

Volvíamos a despegar, y en unos segundos estábamos en la sede del gobierno. Él se quedó en la bala, me dijo que tenía algo importante que hacer. Por lo que entré en el edificio solo, pasando al lado de unos vigilantes que ni se inmutaron con mi presencia.

Temía encontrar a Vera, no sabía que decirle, ni cómo actuar, quería hablar con ella, pero los dos solos, con tranquilidad, sin tener presentes a los gobernadores.

Aquel edificio era como un laberinto, no sabía por dónde empezar a buscar, así que opté por preguntar al primer humano que encontré. Era un chico cargado con una caja, en cuanto me reconoció casi la dejó caer al suelo. Le pregunté dónde estaban los gobernadores, se acercó a un panel y situó sus códigos en una gran sala de reuniones unas plantas más abajo. Me dirigí al ascensor más cercano y bajé al lugar indicado.

Escuché la voz de Vera que maldecía a alguien. En cuanto atravesé la compuerta vi a dos hombres tras unos barrotes de seguridad, una mujer con el pelo corto sollozaba, no tuve que fijarme mucho para saber que era ella, porque mi corazón reaccionó a su presencia. Sentí un nudo en el estómago, y una ansiedad que me pedía que corriera a abrazarla, no quería volver a separarme de ella. Pero debía controlarme, no mirarla, pensar en frío. Tenía que saber qué pasaba allí, por qué tenían encerrados a aquellos hombres y, sobre todo, qué hacían Turo y Mixo en aquella sala.

Anuncié mi llegada y todos dirigieron sus miradas a donde estaba. No podía dejar de mirar a mi esposa, estaba delgada, pálida y no fui capaz de distinguir ninguna redondez en su vientre.

Me dirigí al centro de la sala.

—¿Alguien puede ponerme al corriente de todo esto? —pregunté observando a los hombres que estaban dentro de la jaula. Al más joven no le conocía, pero el otro, el que estaba en el suelo, aunque se encontraba enfermo y consumido era Set. Sólo tuve que echar un vistazo a la sala y ver a Estela llorosa para confirmarlo. Siempre había sospechado que había algo entre ellos.

—Alteza —dijo Mixo, con cara de molestarle mi presencia—, sospechamos desde un principio de la relación de Set con la revuelta, por eso lo apresamos.

—¿Por qué nadie me informó de esto?

—El rey estaba informado —intervino Turo.

—¿Hay algo más de lo que mi padre no me haya informado y que deba saber? —mi padre, siempre con sus secretos, acomodado en su trono y en su vida de lujos sin preocuparse por nada más. ¿Acaso él sabía lo que estaban haciendo con aquel hombre?—. Set ¿es cierto que tienes algo que ver con la revuelta?

No contestó, ni siquiera se levantó para hablar conmigo.

—Levántate cuando te hablo.

—No puede —intervino el muchacho que estaba a su lado, debía tener más o menos mi edad,

su pelo era negro y rizado, y su piel tostada—, le han cortado los tendones para que no pueda ponerse en pie —miró a Mixo con desprecio.

Volví a mirar a los gobernadores, tratando de entender qué estaba pasando. Entonces volví a verla, tan frágil y delicada, y sentí el deseo de protegerla.

—Estela, lleva a mi esposa a palacio, que la bañen, la den de comer y la vistan decentemente, ya aclararé las cosas con ella un poco más tarde.

Los vigilantes soltaron a Estela que corrió a llevarse a la princesa de la sala. Vera no fue capaz de mirarme, dirigió sus ojos a la jaula antes de marcharse llorando.

Volví a pedir explicaciones, esta vez más enfadado. El chico del pelo rizado comenzó a hablar de forma acelerada, cuando lo hacía miraba hacia el reloj de la sala de forma nerviosa. En su relato quiso justificar a Vera, y se auto inculpó por todo lo sucedido. No le creí, lo que había ocurrido estaba estudiado desde niveles más altos que el suyo. Estaba a punto de decirle que no me creía nada cuando Mixo intervino.

—Eso no es cierto —intervino Mixo.

—¿He pedido su opinión gobernador? —sólo por hacer callar a ese ser despreciable seguiría escuchando al muchacho.

—Alteza, lleve a Set a palacio y ocúpese de que le curen. Yo contaré a los gobernadores todo lo que deseen saber.

—No pienso irme de aquí sin saber toda la verdad.

Entonces reparamos en una chica que lloraba, aunque la había visto a mi llegada me había olvidado completamente de ella. No sabía quién era, pero por su aspecto debía haber llegado con mi esposa. Decía que no quería morir. Me acerqué a consolarla en cuanto nombró a un chico que supuse sería su novio. Yo sabía lo que era vivir con la ausencia de quien amas.

—El edificio va a estallar ¿No lo entendéis?

El terror con el que pronunció esas palabras me hizo comprender que sabía que algo iba a ocurrir. Recordé a León y su enigmático cambio de bala con la chica del pelo rojo sin mediar palabra. Me había dicho que tenía algo importante que hacer. Todo aquello era una trampa, para que yo desapareciera con la mayor parte del gobierno, de esa manera podrían hacerse con el control del país más fácilmente.

Pero ¿por qué iban a dejar a algunos de los suyos allí dentro? Algo no encajaba.

Vi a Mixo y a Turo huir de la sala. Iba a hacer lo mismo, cuando me di cuenta de que aquellos hombres estaban encerrados. Acerqué mi mano a los barrotes de luz y noté como me quemaban.

—¿Cuándo? ¿Cuándo? —pregunté. Necesitaba saber a qué hora habían planificado su ataque.

—A las tres en punto.

Miré el reloj, no faltaban ni diez minutos para la detonación. Cogí el arma de uno de los vigilantes que seguían impasibles y apunté hacia una tapa en el suelo que seguramente encerrara todo el mecanismo de la jaula. Por suerte estaba en lo cierto, tras disparar los barrotes desaparecieron y los dos hombres quedaron libres.

Sujeté a Set por un lado, Kío lo hizo por el otro, y salimos hacia el pasillo todo lo rápido que pudimos.

Teníamos que salir de allí, ahora que había encontrado a Vera quería estar a su lado, quería arreglar las cosas, para ella, para nosotros, para el pueblo. Quería que mi hijo creciese en un Rados diferente.

Al llegar a la azotea Mixo nos esperaba apuntándonos con un arma.

—Vaya, vaya, ahora nuestro heredero se dedica a ayudar a los traidores.

—Gobernador, ayúdenos, este hombre no puede caminar.

—De eso estoy seguro, me gusta hacer bien mi trabajo.

—Le ordeno que me ayude a meter a este hombre en la bala, no tenemos tiempo.

—Vosotros no, yo tengo toda la vida. Sin heredero podremos terminar más fácilmente con la Casa Real y hacernos con el control total de Rados. Le diremos a tu padre que perdiste la vida como un héroe.

—¡Turo! —busqué la compasión de mi tío, pero hizo como si no me oyera. Le odié.

En ese momento la compuerta de la nave se cerró. Entonces una gran sonrisa se dibujó en mi cara. La numeración de la nave era la misma en la que había llegado con León minutos antes.

Él llegó en ese momento, su cara también sonreía, le saludé antes de elevar la vista al cielo y ver como la bala estallaba en una nube roja de coris.

XLV

Desde aquel día pasaron muchas cosas en Rados.

Menar, Jazel y Abamel, los tres gobernadores que quedaban vivos, fueron destituidos de sus cargos, así como gran parte de los responsables de sus equipos.

Se formó un consejo con personas de diferentes lugares, clases y profesiones, y fue a ellos a quien presenté mi plan para Rados. Unas cosas gustaron, otras no, pero fue un principio para el entendimiento y para que el bando revolucionario se pusiera a las órdenes del país. Juntos conseguiríamos que las cosas funcionasen.

Mi padre abdicó, no por que creyera que yo iba a solucionar las cosas, sino por el miedo a que vinieran a echarle de su sitio por haber apoyado el sistema del gobierno anterior. Nuestra relación se volvió aún más fría si cabe, y sólo sentí pena por mi madre cuando decidieron marcharse a una lujosa isla para iniciar su retiro.

Con Vera todo cambió, al llegar al palacio y ver a su hermana convertida en nonen se pasó varios días encerrada en su cuarto sin hablar con nadie. Sólo Lira conseguía que comiese algo y pasar unos minutos con ella. Pero Lira se marchó a las pocas semanas, a esperar la llegada de uno de los grupos que habían sacado del país al sur de Rados.

Intenté hablar con ella cada día, pero nunca quería recibirme.

Estela me aconsejó que le diera tiempo, había vivido demasiadas cosas y necesitaba descansar y poner su vida en orden.

También era Estela quien me informaba de los progresos de Set, su recuperación estaba siendo rápida y satisfactoria. Ahora que la prohibición de salir de palacio ya no existía, ella iba cada tarde a visitarle, y a vivir la historia de amor que hasta entonces habían tenido que mantener a escondidas.

León estaba al frente de un equipo que trabajaba en un programa de recuperación de nonen, basándose en sus historiales se recuperaba a todos lo que se podía, se les quitaba el chip insertado en su cerebro y se les ayudaba a recuperar sus recuerdos, unas veces los resultados eran satisfactorios, otras, se sentían tan perdidos que no se separaban del personal del programa ni un solo momento, por el miedo a no saber qué hacer a continuación.

Cuando Vera volvió a hablarme fue precisamente para hacerlo sobre ese tema.

Apareció en mi despacho, en el que meses atrás habíamos compartido confidencias. Estaba hermosa. Su pelo había crecido un poco y había recuperado su color natural. Había ganado peso, y su pecho y su vientre ya indicaban que dentro de ella estaba creciendo un pequeño humano.

—Quiero pedirte perdón.

—Vera, no tienes por qué hacerlo, entiendo lo que pasó.

—No, no lo entiendes, por eso quiero hablar contigo. Pero antes de hacerlo quiero que me

prometas que permitirás que mi hermana entre en el programa de recuperación de nonen.

—Por supuesto que lo permitiré, sólo esperaba a que tomaras una decisión sobre ello, no quería presionarte con nada.

—Bien, ahora hablaremos, si cuando termine quieres que me vaya lo entenderé, pero creo que es el momento de contarte toda la verdad, no quiero que existan más secretos entre nosotros.

—Yo tampoco quiero eso.

Se sentó a mi lado, intenté coger su mano pero la retiró. Me habló de su infancia, de su vida en la granja. Después me contó su llegada a Ígrada, como había conocido a Set, y su amistad con Lea y con Kío. Continuó con su huida, con las noches en el bosque, el reencuentro con los pasajeros de las otras balas, los planes de vuelta, y su regreso.

Hablaba tranquila, pausada, mirándome a los ojos, esperando encontrar en mi alguna expresión que delatara como me estaba sintiendo por lo que escuchaba.

Cuando terminó me acerqué a ella, esta vez permitió que la tocara, que la abrazara. Hundí mi nariz en su pelo y le susurré:

—Te quiero, y te agradezco tu sinceridad, a partir de ahora no habrá más secretos. Estaremos juntos, luchando por sacar adelante este país. Nosotros, y nuestro hijo —por primera vez puse la mano sobre su abultado vientre. La miré a los ojos, estaba llorando.

—Vadir, hay algo más.

Esta vez sus palabras se entrecortaron.

—No sé si eres el padre de este bebé.

Me levanté, tratando de asimilar sus palabras, intentando borrar esos últimos segundos de mi mente, pero no pude, no pude contenerme y le grité:

—¿Quién es él?

—Lo siento, yo...

—¿Quién es él?

—Fue antes de nuestra boda, yo estaba confundida con todo lo que estaba pasando. No sabía distinguir sentimientos, simplemente me dejé llevar.

—¿Y ahora los distingues?

Sus lágrimas se hicieron más rápidas y abundantes, salió de la habitación corriendo mientras yo maldecía mi suerte.

XLVI

Pasé días metido en mi mismo. Amaba a mi esposa, pero no estaba seguro de que ella sintiera lo mismo por mí. Podía llegar a entender sus encuentros con otro hombre, al fin y al cabo se había criado en una granja donde cada mujer pasaba la noche con un hombre distinto, allí no les enseñaban a guiarse por el corazón, sino por normas. Pero siempre había creído que ella me amaba, y por eso había aceptado mi propuesta de matrimonio.

Empecé a pensar que quizá la había presionado demasiado, que a lo mejor era todo parte del plan para acabar con el anterior sistema de Rados, pensé en tantas cosas que al final no aclaré nada.

Cuando se acercaba el momento del parto Vera recibió una visita. Vi a Estela acompañada de una mujer de piel morena, alta, delgada, elegante. Sabía que la conocía de algo, pero estaba tan centrado en otras cosas que no le di mayor importancia. La visita se alargó, y la mujer morena pasó la noche en el palacio. Cuando vi que Estela mandaba preparar aquella habitación entonces supe quién era: era la señora a la que desde niño mi madre me había prohibido acercarme, la que vivía dentro de nuestra casa y que, con el tiempo supe, ocupaba en el corazón de mi padre el lugar que mi madre hacía mucho tiempo que no ocupaba.

Pensé que se iría al día siguiente, pero no lo hizo, su estancia se prolongó varios días más.

Una tarde vi que Vera se preparaba para salir, desde que había vuelto no se había preocupado demasiado por su aspecto, pero aquel día estaba especialmente hermosa. Le pregunté a donde iba, no me contestó.

—¿Vas a verle a él? —se ruborizó—. Vera, dijimos que no más secretos.

—Sí, voy a verle a él, tiene tanto derecho como tú a saber que el hijo que espero puede ser suyo.

—Sé que eres libre de hacer lo que quieras, pero ¿no crees que podríamos salir de esta duda cuanto antes? Hay pruebas que...

—Conozco esas pruebas, pero no se trata de eso.

—No es quien sea el padre del bebé ¿verdad?

—Vadir, lo siento, pero necesito verle para saber qué siento por él.

La sinceridad duele, duele demasiado. Sus ojos brillaban tanto como los míos tratando de contener las lágrimas. Ella no disfrutaba haciéndome daño, pero no podía evitar hacerlo.

La dejé marchar, y en cuanto lo hizo la seguí sin que me viera.

No salió de palacio, sino que se acercó al jardín trasero, donde al lado de una bala estaba él: Kío, el muchacho que había conocido meses atrás en la sede del gobierno.

Vi cómo se acercaba a ella, le acariciaba el rostro, y dejaba que ella apoyara la cabeza en su hombro. Se quedaron así durante varios minutos.

Me enfurecí y subí a la habitación de nuestra invitada. Abrí la puerta sin tan siquiera llamar:

—¿Has sido tú?

—¿Perdón?

—¿Has sido tú quien le ha hecho venir?

—Ella quería verle.

—¿Es que no eres capaz de respetar nada? ¿Primero te metes en el matrimonio de mis padres y ahora tratas de destruir el mío?

—¿Cómo te atreves? —dijo Moma clavando sus ojos en mí—. Tu padre me llamó a su antojo para divertirse cuando le apetecía. Después, cuando se cansó de tu madre me hizo venir aquí. Viví encerrada en esta habitación durante años, esperando su visita cada noche, porque apenas podía hablar con nadie. He sido como un animal de compañía, a la que ni siquiera sacaban a pasear.

—Lo siento, yo, todo esto me está superando, lo siento, será mejor que me vaya.

—Vadir, siéntate por favor.

Tomé asiento en una de las sillas que se encontraban al lado del sofá y ella comenzó a hablar.

—Yo quise a tu padre, al principio acataba órdenes, pero llegué a quererle. Con el tiempo se fue abriendo a mí, y descubrí a un hombre sensible y bondadoso que tenía los mismos miedos y temores que los demás. Sólo hay una cosa que nunca pude perdonarle: que me separase de mi hijo.

—¿Kío? —en el momento en que formulaba la pregunta muchas piezas empezaron a encajar en el puzle.

—Sí.

—Debió ser duro.

—Él era muy pequeño, su madre desapareció de la granja cuando él aún no había nacido, no tenía a nadie. Tu padre me prometió que se encargaría de que nada le pasara, le aseguraría un trabajo en Ígrada, por suerte, podía tocar los coris sin destruirlos, así que tenía un puesto asegurado.

—No le fue mal.

—No, pero él merecía mucho más que eso. Yo te veía jugar en los jardines, con un séquito a tu servicio, cerca de tus padres, recibiendo una educación exquisita, y disfrutando de las mejores fiestas, y él no tenía nada de eso.

—Moma, nacer en palacio no es tan gratificante como tú lo ves.

—Puede que no, pero él tenía el mismo derecho que tú.

—En eso estamos trabajando, para que las oportunidades sean iguales para todos.

—Vadir, no me entiendes, o no sé si no quieres hacerlo. Kío también es hijo del rey, es tu hermano.

Cuando ya creía que no había más noticias que pudieran perturbarme llegó esta como un jarro de agua fría.

Iba a decir algo cuando Estela interrumpió nuestra conversación de manera acelerada.

—Moma, es Vera, pregunta por ti.

Moma se levantó y salió de la habitación con paso rápido. Después Estela se dirigió a mí:

—Alteza, ha llegado el momento.

El parto fue largo y complicado. Pasé horas dando vueltas a la espera de tener noticias, no me permitieron estar presente, por petición de Vera. Kío tampoco pudo estarlo, también estaba en aquella sala, sentado, retorciéndose los dedos una y otra vez. Le miré: mi hermano, había soñado con tener uno muchas veces, cuando me aburría de jugar solo en aquel recinto enorme, y ahora que

tenía uno nos veíamos en una situación delicada y complicada a la vez.

Al cabo de un rato se levantó y vino a mi lado.

—Vadir, siento mucho todo esto.

—Soy yo el que lo siente.

—No pretendo llevármela.

—Ella se irá si quiere irse, no trataré de retenerla en contra de su voluntad, no soy como mi padre.

—Vera te quiere.

—No, te quiere a ti, os vi en el jardín.

—Somos amigos, y llevábamos mucho tiempo sin vernos, eso es todo.

—¿Tú que sientes?

—La amo, pero ella ya eligió hace tiempo.

—Sólo eligió lo que debía elegir, no lo que quería elegir.

—Podía haberse marchado ya ¿no te das cuenta?

—Entonces ¿Por qué quiso verte?

—Quería hablar conmigo, quería asegurarse de que no estaba confundida de nuevo. Me dijo que durante su estancia en el otro país había pensado mucho en mí, pero se dio cuenta que era su cercanía a mi madre lo que le hacía tenerme presente todo el tiempo. Pero cuando regresó y se dio cuenta de que a pesar de todo la perdonabas, entendió que la amabas por encima de todo, y que ella te correspondía.

—¿Por qué se alejó de mi todos estos meses?

—Porque te había mentido, y no sabía cómo decirte las cosas.

—¿Y si eres el padre del bebé?

—Me dejará verlo siempre que quiera, pero si tú la quieres ella seguirá a tu lado.

—¿Es eso cierto?

—Lo es.

Le di un abrazo tan fuerte que se quejó. Vera me quería a mí, necesitaba oírsele decir a ella. Por eso, cuando la puerta de su habitación se abrió y vi a Estela aparecer, soñé con que fuera mi nombre el que dijera.

—Kío, pasa por favor.

La puerta se cerró durante unos momentos, estuve a punto de marcharme, pero entonces Estela volvió a aparecer.

—Alteza, pase por favor.

Me acerqué con miedo a la cama. Moma seguía recogiendo cosas por la habitación, y Kío estaba al lado de Vera, cogiéndole la mano y sonriendo.

Vera estaba sudorosa, pero con buen aspecto, en sus brazos tenía una mantita de la que salía una pequeña mano. Pidió que me acercara, y ya a su lado me dijo:

—Tienes una hija preciosa.

Tomé la mantita con el bebé emocionado, descubrí su carita y pude ver que tenía la misma belleza que su madre. Era de piel clara y ojos claros, y su diminuto tamaño me hacía temer que pudiera caérseme.

—Vadir, le he pedido a Kío que sea el padrino de nuestra hija, si te parece bien.

—Me parece bien —sonreí mirando a la niña, mientras una lágrima caía por mi mejilla, porque sabía que mi beneplácito formaba parte un pacto, sólo había necesitado contemplar la escena a mi entrada a la habitación para comprenderlo todo.

Miré a la pequeña y puse mi dedo junto a su mano. Ella lo agarró con fuerza. Después comenzó a llorar sin soltarlo.

—Se llamará Valeska.

—Princesa Valeska, me gusta —afirmó mi esposa.

Sujeté a la niña y la llevé hacia la ventana, le enseñé el jardín y le dije:

—Esto es una parte del país, pero hay mucho más, es tan grande que vas a tener que estudiar mucho para que cuando seas mayor puedas ocuparte de que todos vivan bien. Porque tú, mi pequeña, eres la princesa heredera, y todo lo que hagas en el futuro tendrá que ser por Rados, aquí y ahora, por siempre.